

EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

- 1.01. Calendario programado para marzo-abril de 2010
- 1.02. Escuela de Escalada de Montañeros de Aragón
- 1.03. Comités de Alta Montaña, Escalada y Esquí
- 1.04. Comité de Esquí de Fondo
- 1.05. Otras actividades de Esquí de Fondo
- 1.06. Montañeros de Aragón, un club que va con los tiempos
- 1.07. Ascensión al Aneto en julio

II. NOTICIAS DEL CLUB

- 2.01. Notas socioculturales
- 2.02. Noticias desde el cyber-espacio montaraz
- 2.03. Los libros de montaña de nuestra Casa
- 2.04. Los Cazafantasmas
- 2.05. Conmemorando a Rabadá y Navarro
- 2.06. Anexo BD13: las mujeres de Montañeros de Aragón

III. SECCIONES CULTURALES

- 3.01. La Fundación Hospital de Benasque
- 3.02. IIIª Edición de Registros Periodísticos *Santiago Sagaste Ayesa*
- 3.03. Propuestas invernales desde Javalambre
- 3.04. Canelle, la vieja de las manzanas y el oso tuerto del Parque Bruil
- 3.05. Nuestros autores y sus libros: *Las Lágrimas de la Maladeta*
- 3.06. Un texto para el cierre: *La maestra de Vacamuerta*

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

1.01. Calendario programado para marzo-abril de 2010

- 5-7 de marzo: Pirineo francés (Esquí de fondo).
- 7 de marzo: El Burgo-Fuentes de Ebro (Mañanas del domingo con mochila).
- 14 de marzo: pico Cabrera, Illueca (Montañismo, ascensiones y travesías).
- 14 de marzo: GR1 Samitier-Castejón de Sobrarbe (Senderismo).
- 20 de marzo: marcha nórdica (Marcha nórdica).
- 21 de marzo: Trofeo FAM de raquetas de nieve (Raquetas de nieve).
- 21 de marzo: Hoces del Río Piedra y Mesa (Senderismo).
- 28 de marzo: Acumuer-Larrosa-Villanovilla (Senderismo).
- 28 de marzo: Trofeo de Esquí de Fondo Chema Culebras (Esquí de fondo).
- 11 de abril: San Martín de la Valdonsera (Senderismo).

- 17 de abril: marcha nórdica (Marcha nórdica).
- 18 de abril: peña Gratal (Montaña, ascensiones y travesías).
- 18 de abril: Marcha de Regularidad VII Trofeo Jerónimo Lerín (Senderismo).
- 24 de abril: ferrata Riglos (Escalada en roca y vías ferratas).
- 25 de abril: sierra de Santo Domingo (Senderismo).
- 25 de abril: Garmo Negro (Alta Montaña).

1.02. Escuela de Escalada de Montañeros de Aragón

¡Grandes pequeños escaladores! Cada día que pasa alucino más con la motivación de los escaladores más pequeños de Montañeros de Aragón. Llevamos unos cuantos días de frío y de mal tiempo pero para nuestros chicos esto no es un problema y priorizan sus ganas de escalar a las de quedarse en casa jugando a la Wii. Da gusto ver a estos chicos por el salón de Montañeros...

Las dinámicas de entrenamiento siguen siendo las mismas, dos días de entrenamiento, uno en el búlder de Montañeros y otro en el rocódromo Pepe Garcés. Los avances son constatables cada semana que pasa y cada uno evoluciona a su ritmo. Algunos de ellos ya han empezado a escalar como primeros de cordada y lejos de sentir miedo e inseguridad sus sensaciones han sido las de unos valientes que han disfrutado con la verticalidad y el vacío. Escalando de primero existe la posibilidad de sufrir alguna pequeña caída y en consecuencia también se ha practicado como hay que caer... ¡Parece que les gusta!

Juegos Escolares

En cuanto al circuito de los JJEE nuestros mozos siguen cosechando éxitos y avanzando firmemente hacia la fase provincial. En Calatayud se celebró la última de las pruebas que ha habido y allí fue la *Marea Roja* (los chicos ya tienen camiseta oficial). Los nervios se palpaban en el ambiente pero cuando se comenzó a escalar las cosas salieron bien. El resultado final fue el de cinco chicos que disfrutaron a tope del encuentro y dos podios en la categoría Infantil:

INFANTIL

- 1º Jorge López.
- 2º Adrián Molina.
- 4º Salvador Andrés.
- 6º Jorge Escalona.

ALEVÍN

- 8º Sergio García.

Por último y para todo aquel que quiera seguir los ires y venires de la EEMA y de sus chicos puede hacerlo en el Blog de la EEMA en la siguiente dirección: <http://eema09.blogspot.com>.

Juan Corcuera

1.03. Comités de Alta Montaña, Escalada y Esquí

Este año, el ya tradicional curso de alpinismo tendrá lugar los fines de semana del 9-10-11 y 16-17-18 de abril de 2010.

Los viernes se destinarán a clases teóricas, mientras que el primer sábado se realizarán las prácticas en rocódromo cubierto donde se verá todo lo relativo a manejo de cuerdas, nudos, encordamientos, etcétera.

El primer domingo así como el siguiente fin de semana completo haremos las prácticas en el Pirineo, concretamente en el valle de Tena y zona fronteriza.

Para éste segundo fin de semana pernoctaremos en el refugio de Casa de Piedra del balneario de Panticosa.

El número máximo de plazas será de seis personas y el precio incluye además de la media pensión en refugio, cuatro días completos de formación práctica más clases teóricas y material común de seguridad como ARVA, pala y sonda.

Más información e inscripción para este curso, se colgará en la web de Montañeros a primeros de marzo.

¡Animaos!

Txomin Matienzo

1.04. Comité de Esquí de Fondo

Por un lado, la experiencia que se ha tenido con la participación del Comité de Esquí de Fondo de Montañeros de Aragón en la reconocida prueba de esquí de fondo de Marcialonga, ha sido muy buena. Sin embargo, para que podamos organizar la del próximo año, se requiere conocer, antes de agosto, a los posibles interesados. Hay que inscribirse en la prueba, hacer las reservas hoteles, contactar con la organización... Todo hay que plantearlo con mucho tiempo si no nos queremos quedar fuera de número de inscritos. En estas pruebas de prestigio internacional, son muchos los detalles que hay que tener en cuenta para que todo salga bien. Los interesados pueden pedir información en la Secretaría del Club.

Además, confirmamos lo reseñado en los *flashes* informativos de nuestra Web sobre el cambio de zona, de Benasque a Somport, para nuestro próximo el cursillo de esquí. Para una mejor comunicación entre el Comité de Esquí de Fondo y los interesados en las actividades que se van programando, queremos actualizar y ampliar el número de direcciones de correo electrónico como medio para hacer llegar rápidamente las actividades que, en relación a este Comité, se vayan programando. Los que deseen estar incluidos, nos podéis enviar las direcciones a administracion@montanerosdearagon.org, además de a la de comachibosa2003@yahoo.es.

Aprovecharemos también para informar que estamos preparando una charla sobre el encerado de los esquís y qué hay que tener en cuenta para

comprar un buen equipo de fondo. ¡No os lo perdáis! Permaneced atentos a la Web y a los tablones de anuncios de la Sede...

José Luis Molina

1.05. Otras actividades de Esquí de Fondo

Desde el Boletín Digital, me piden que resuma alguna actividad de esquí de fondo... El domingo pasado 7, participé en la 31ª edición de la *Marxa Beret* de esquí de fondo de estilo clásico. Acudimos 1.300 participantes. Hay tres recorridos: de 10, 21 ó 42 km, optando por el del medio. Un día magnífico con una nieve estupenda; nada que ver con el día ventoso y borrascoso sin apenas visibilidad que hizo el sábado previo. El recorrido parte de la estación de esquí de Beret y, tanto para los de 21 como para los de 42 km, tras marchar una distancia de 4 km deslizándonos unas vueltas por el llano de la estación, fuimos a través de un sendero boscoso hasta el bello pueblo abandonado de Montgarri en donde situaron el primer avituallamiento. Desde allí, a los de 21 km nos quedaban tan solo 10 km para llegar a meta, pero había que dosificarse bien porque mayoritariamente era cuesta arriba hasta llegar de nuevo al Pla de Beret en el que a través de otros tantos bucles llegabas por fin a meta.

Es una carrera puntuable a nivel federativo y, aunque la salida es conjunta, se sitúan en primera línea los corredores profesionales y, atrás, vamos los aficionados. En esta edición ha bajado algo la participación siendo lo habitual una media de cerca de 2.000 participantes. A ver si se animan más socios a estas actividades ya que ni siquiera conocían nuestro Club.

Blanca Latorre

1.06. Montañeros de Aragón, un Club que va con los tiempos

Hola compañeros: quería comentaros que nuestro club tiene página en Facebook. La página la crearon Raúl Lozano y Rubén Gimeno Rubenzete, consocios del club, y la administramos cuatro socios. Actualmente, contamos con 160 admiradores. Es un foro estupendo para dar a conocer el club, para intercambiar información de rutas, excursiones, fotos, experiencias, y *charlar* amigablemente con los amigos del club. Parece ser que muchos son socios del club, pero hay gente que no lo es, y como ve el buen ambiente que se respira, se van animando a pasar por el club y apuntarse a hacer actividades con nosotros. Hay algunos socios que viven fuera de Zaragoza, y agradecen el foro de esta página para estar en contacto con gente de la montaña.

Ponemos fotos de las excursiones que hacemos, y hay un ambiente muy agradable, amistoso y jovial. Ya sabéis, los que estéis en Facebook, haceos admiradores de la página de Montañeros de Aragón, y nos veremos por allí...

Isabel Ezquerria

1.07. Ascensión al Aneto en julio

Para el 17 y 18 de julio, tenemos programada la ascensión al Aneto, (3.404 m).

Desnivel: 1.264 m.

Horas: Tenemos todo el día pero pongamos 8 h con paradas. Se va a hacer en plan tranquilo.

La programación prevista es la de salir el viernes tarde para ir a cenar al refugio de la Renclusa, dormir y salir después del desayuno. Si salimos a eso de las 7 h tenemos todo el día para hacer cima y volver a cenar a la Renclusa. El domingo se hace pequeña excursión y se prepara la vuelta.

Los que no quieran hacer cima y quedarse en Portillón Superior (2.850 m) tiene 710 m de desnivel), 5 h entre subida y bajada.

El precio para socios es de 75 y el de no socios de 90 euros.

El precio comprende: dos medias pensiones.

El precio no comprende: transportes.

Material obligatorio: crampones, piolet, bastones. Además del material específico para la actividad.

Para los que les pueda interesar esta actividad les pedimos se vayan interesando por ella y preguntar en la secretaría del Club.

Las reservas en la Renclusa se irán cubriendo por orden de inscripción.

Reunión informativa y de organización el 1 de julio.

José Luis Molina

II. NOTICIAS DEL CLUB

2.01. Notas socioculturales

Hemos de abrir fuego con una buena noticia recabada desde Secretaría: a pesar de la crisis económica que atraviesa nuestro país, ello no ha supuesto una disminución de nuestros asociados. Todo lo contrario: durante el primer mes, en lugar de los 40 nuevos ingresos, enero de 2010 nos ha obsequiado con 143 nuevas incorporaciones. ¡Bienvenidos!

Pasamos a las proyecciones... El 30 de diciembre de 2009 y a las 19:30 h, Carlos Pauner estuvo inaugurando el rocódromo municipal de Monzón. Como parte del acto, nuestro himalayista impartió una charla con coloquio...

Permaneceremos un poco más con Pauner, a quien resulta difícil acompañar en su apretada agenda. Así, Carlos presentó el 3 de febrero su película sobre el Kangchenjunga en el Colegio Romareda, seguida del acostumbrado coloquio.

Ahora, la reseña sobre el audiovisual de uno de nuestros socios más activos: Jesús Vallés, quien proyectó "La montaña y el hombre" el 30 de enero pasado..., en *Tierra de Fuego* (Modesto Lafuente 51, Madrid).

Será muy recordada la proyección de Blanca Latorre, el martes 16 de febrero, sobre las *Islas Galápagos*. Fue en nuestro Salón Social, presentada por Isabel Ezquerro. Un audiovisual muy bien preparado con datos interesantes sobre naturaleza. No es de extrañar que haya pasado previamente por dos clubes más de Zaragoza..., y esté en cola de espera para hacerlo por algún otro.

Otra noticia cultural, sobre el tema de la posible calle dedicada a Alberto Rabadá y Ernesto Navarro en Zaragoza... Al parecer, dicho asunto discurre por buen camino, impulsado por nuestro colaborador, Álex Puyó. Las últimas noticias al respecto han podido leerse en el *Heraldo de Aragón* del 18 de febrero: "Propuesta: La iniciativa del blog Tinta de Hemeroteca de solicitar una calle para los montañeros aragoneses Rabadá y Navarro, muertos en 1963 en los Alpes, ha conseguido un amplio respaldo en el mundo de la escalada deportiva. ¿Una nueva vía para los montañeros Rabadá y Navarro?". Sin embargo, en lo que se refiere a la posibilidad de que en Arcosur se estableciese un barrio dedicado a otros montañeros célebres vinculados con nuestra ciudad, no aparenta discurrir por tan buenos derroteros...

Permaneceremos algo más entre las páginas de *Heraldo de Aragón*... Más en concreto, en la contraportada del 13 de febrero, donde aparecía una imagen de nuestro consocio Quique Mur junto con otros compañeros que, con él, se desplazaron hasta Haití el 17 de enero para colaborar desde *Bomberos Unidos Sin Fronteras*. Podemos sentirnos bien orgullosos de todos ellos...

No queremos despedirnos sin antes recordar que esta añada toca la III Edición del Premio Miguel Vidal de Fotografía. En tanto se hacen públicas las bases, no estaría mal ir seleccionando del archivo imágenes espectaculares... Para esta ocasión, sobre montañas y montañismo en general. Si alguien desea algún avance, que no dude en dirigirse a nuestro querido bibliotecario, Ricardo Arantegui, *alma mater* de este Concurso...

2.02. Los libros de montaña de nuestra Casa

Quienes hayan seguido el cuadernillo de *Artes y Letras* (los jueves, en la vecindad de *Aragón, un país de montañas*) de *Heraldo de Aragón* estarán al tanto de la buena marcha en ventas del libro sobre *Panorámicas del Pirineo aragonés* (Ábaco, 2009) de nuestros apreciados Ignacio Ferrando y Juan Doria. ¡Y tanto! Están a punto de preparar una segunda edición del mismo, tras tener casi agotados los 2.000 ejemplares iniciales. Ya sabéis: los socios podéis obtener esta obra imprescindible al precio más que rebajado de 35 euros, solicitándolo por correo electrónico a Ferrando y pasándolo a recoger por su empresa, Ábaco Digital, por la calle Méndez Núñez... Este libro de dos socios tan destacados como Ignacio y Juan, responsables de los aspectos técnicos de nuestra Web, ha tenido la relevancia adecuada desde las páginas de *Heraldo de Aragón*: en su cuadernillo *Aragón, un país de montañas*, del 7 de enero de 2010, Alejandro Lucea les dedicaba su portada de gran lujo: "El fotógrafo de las montañas".

Hablando de ediciones agotadas... Tal es el caso de la obra de otro consocio nuestro, Alberto Martínez Embid y su trabajo sobre *La nieve de Teruel* (Prames, 2009), que salió a la calle en diciembre pasado. Según fuentes de la editorial, apenas quedan a la venta sino algunos ejemplares dispersos: quien esté interesado en hacerse con este *gran formato*, haría bien en apresurarse, pues no hay prevista reedición. Un detalle curioso: nuestro Club fue utilizado como *plató* para parte del reportaje emitido sobre el esquí turolense... Así se pudo ver en el programa 8 (diciembre) de la temporada 2009-2010 de *Bajo Cero de Aragón Televisión*. Quienes así lo hicieron, ¿pudieron reconocer nuestro Salón Social o la Biblioteca?

Tenemos ahora entre manos un nuevo libro con gente de nuestra Casa implicada: *Las Lágrimas de la Maladeta* (Prames, 2010), la última novela de Marta Iturralde y Alberto Martínez Embid. El prólogo, al igual que su reseña para este mismo Boletín Digital, corre por cuenta de nuestro presidente, Ramón Tejedor. Por lo demás, se trata de una trama de ficción ambientada en la Ribagorza donde la protagonista es la Maladeta de los tiempos de sus primeros ascensionistas. Se puede obtener alguna de sus claves desde los blogs de la página de desnivel.com; más en concreto en "Benasque y la Francesada", rebuscando por <http://albertomartinez.desnivel.com/blogs/>.

Como es de recibo, nuestros socios pueden consultar las tres obras aquí citadas en nuestra Biblioteca... ¡Acercaos además para curiosear por nuestros importantes fondos! Allí os recibirá nuestro amable Bibliotecario, Ricardo Arantegui, con sus buenas recomendaciones de siempre...

2.03. Noticias desde el cyber-espacio montaraz

Cada día se aficionan al ratón más miembros de nuestro gremio. Las páginas web y otros derivados de montaña muestran hoy un vigor inusitado, con número de visitas vertiginoso. Algunos colaboradores nos han pasado varios enlaces de interés, que nos apresuramos a trasladar hasta nuestros lectores...

Álex Puyó, inmerso en el proceso para que el Ayuntamiento de Zaragoza le dedique una calle nueva a Alberto Rabadá y a Ernesto Navarro, nos ha recomendado el enlace con las últimas noticias... Y hablando de novedades, decir que Álex va adelante con este tema: su impresión es que "la calle para Rabadá y Navarro sigue su curso, y que los trámites se están agilizando para que se haga con rapidez". En cuanto el asunto entre en la Comisión, nos facilitará su dictamen... Ah, sí, el *link* al que hacíamos alusión al comienzo:

http://www.heraldo.es/noticias/aragon/zaragoza/una_nueva_via_para_los_montaneros_rabada_navarro.html/.

Por su parte, Eduardo Martínez de Pisón ha tenido la gentileza de enviarnos un "¿conocéis esta página?", que no dejamos de aconsejar a todos cuantos sientan preocupación por los asuntos medioambientales:

http://www.swisseduc.ch/glaciers/earth_icy_planet/index-en.html/.

Finalmente, una sorpresa agradable que Jesús Vallés se ha prestado a compartir con todos nosotros: se trata de un blog infantil de un niño de seis años y medio que, seguramente, dará mucho que hablar. Lo firma Lukas

Viñuales, y aunque acaba de arrancar su andadura, da muestras de una vitalidad sorprendente: sus fotos y vídeos de montaña, sus manualidades... Tanto quienes tengan enanos como quienes sientan pasión por la naturaleza, deberían hacerle una visita... Así, os pasamos el enlace del blog de Lukas por si queréis entrar, darle difusión o imitar su ejemplo:

<http://lukas-gusanito.blogspot.com/>.

2.04. Los Cazafantasmas

Como se sabe por otros Boletines Digitales, entre los conocidos coloquialmente como Cazafantasmas, contamos con algún socio de Montañeros de Aragón. Por eso y por su innegable interés para los tresmileros, en otras ediciones nos hemos hecho eco de sus avatares. Sin embargo, nuestros amigos han dado un paso adelante que nos apresuramos a dar a conocer...

Apreciados compañeros, desde Los Cazafantasmas hemos pensado que había llegado la ocasión de hablar con voz propia en Internet. A tal fin hemos abierto unos sencillos Blogs desde donde divulgar todo aquello que vayamos encontrando. Para quienes no sepan de qué va esto, decir que nos hemos propuesto comprobar la prominencia de los tresmiles pirenaicos. Prominencia que determina su inclusión o no en la lista de cimas confeccionada por Juan Buyse. Desde hace años que sospechábamos que algunos de los nombres allí incluidos no alcanzaban los 10 metros que el hispano-belga requería en sus normas; igualmente nos daba la impresión que existían cotas que destacando más allá de esos 10 metros no habían sido incluidas. Se puede deducir de lo anterior que nuestra mirada se dirige, preferentemente, a los casos límite. Es evidente que no nos vamos a fijar en las cimas principales, sino en aquellas que para muchos no son dignas ni de llamarse cumbres. No entramos en esos juicios de valor, sino en tratar de establecer una coherencia, si es posible, en la conocida lista de 212 nombres.

Después de dos años ha aparecido un significativo número de puntos a tener en cuenta, de ellos daremos cuenta en nuestros Blogs. Nuestros, en plural. No porque cada uno hayamos abierto un Blog distinto, sino porque hemos pensado en ofrecerlos en cuatro de las lenguas que se hablan en los Pirineos. Así podréis, aquellos interesados, leerlos...

En euskera: <http://mamu-harrapatzaileak.blogspot.com/>;

En catalán: <http://elscazafantasmes.blogspot.com/>;

En francés: <http://chassedefantomes.blogspot.com/>;

Y en castellano: <http://cazafantasmas3000es.blogspot.com/>.

Poco a poco iremos poniendo al día los datos obtenidos, cosa que llevará un tiempo. Igualmente trataremos algunos aspectos de la historia pirenaica y pirineísta y en concreto de sus tresmiles. Ni que decir tiene, que esta iniciativa está abierta a cuantas críticas consideréis sea merecedora.

Un afectuoso saludo.

Los Cazafantasmas

2.05. Preparando un aniversario de Rabadá y Navarro

Un grupo de montañeros, en torno a Ángel López Cintero, y nuestro club, Montañeros de Aragón, ha iniciado las gestiones para organizar, en 2013, los actos de homenaje a Alberto Rabadá y Ernesto Navarro, en el 50 aniversario de su muerte. Tendrá lugar en Mezalocha, en septiembre de 2013, lugar donde Rabadá y Navarro se iniciaron en la escalada de dificultad.

Será un encuentro que buscará resaltar la proyección nacional de la cordada aragonesa por lo que contaremos con la presencia de prestigiosos escaladores de fuera y de dentro de nuestra región, como Miguel Ángel García Gallego, Sebastián Álvaro y Jesús Mustienes, quienes ofrecerán sus ponencias en una mesa redonda ("Rabadá y Navarro: un antes y un después en la escalada") moderada por Gregorio Martínez Villén. Se proyectarán películas de la época y escucharemos el relato del alpinista suizo Joseph Henkel, que recuperó los cuerpos de Alberto y Ernesto en la cara norte del Eiger.

Con la colaboración del ayuntamiento de Mezalocha celebraremos una cena de hermandad y se habilitará una zona de acampada en las inmediaciones del pantano.

Al día siguiente se podrá practicar la escalada, bajo la conducción de escaladores expertos, o el senderismo, y, a mediodía, se procederá a descubrir una placa conmemorativa, en un acto institucional que finalizará con la actuación de un grupo folklórico.

Paralelamente, se presentará, en edición limitada, la Guía de Escaladas en Mezalocha, de Fernando Orús, en el marco de una exposición de libros sobre Rabadá y Navarro, y su época, como el escrito por el señor Planas. Pensamos confeccionar unas bonitas camisetas para la ocasión.

Nuestro club, Montañeros de Aragón, editará una revista dedicada a Alberto Rabadá y Ernesto Navarro. Para ello contamos con nuestro magnífico editor Quique Gracia, y de nuestro entregado presidente, Ramón Tejedor, esperamos ayuda para que el Gobierno de Aragón nos financie la placa conmemorativa como ya se hizo con ocasión del 50 aniversario de la escalada al Tozal del Mallo.

Hay otras iniciativas que seguramente llegarán a buen puerto: Que el ayuntamiento de Zaragoza dedique una bonita calle a nuestros adorados Alberto Rabadá y Ernesto Navarro, o casi mejor, una tranquila y coqueta plaza.

En fin, ideas no van a faltar.

Pues sí, estimados montañeros, con la ayuda de todos, 2013 va a ser el año de Rabadá y Navarro.

Jesús Vallés

2.06. Anexo BD13: las mujeres de Montañeros de Aragón

Como todos sabemos, corren tiempos difíciles... Cuando, por desgracia, el fondo de muchos bolsillos suena a hueco, no está de más surtir de lectura gratuita a los colegas en la medida de nuestras posibilidades: que algunas economías de montañeros pasen apuros no debiera ser inconveniente para que

no puedan seguir disfrutando de buenos textos sin poner un duro sobre la mesa. Tal es, en gran medida, la intención de esa serie de Anexos con los que estamos sobrecargando las dimensiones de nuestra página Web, que no las finanzas de *Montañeros*... Por ello, agradecemos enormemente que personas ajenas a esta Casa nos remitan mensajes de ánimo o de reconocimiento. Tal es el caso de Hugo, quien en el mes de enero nos pasaba un e-mail desde la Rioja donde expresaba su fascinación por esas parrafadas que colgamos en 2009; según él, prueba de nuestra "potencia como Club".

Así, seguimos en nuestros trece. Esta vez, va a ser una densa recopilación con artículos representativos de las féminas de nuestra Entidad, que largamos al *cyberespacio* aprovechando la excusa del *Día de la Mujer Trabajadora*. Ha sido su artífice Marta Iturralde, ayudada en algún escaneado por Nuria Moya. Sin duda, toda una referencia para el montañismo femenino. ¡Pasad a hojearla sin que os asuste su paginación, que no muerde...! Un trabajo que, aunque bastante abultado, no es exhaustivo ni mucho menos: hubiese dado para mucho más.

Si de este modo no se reconoce lo que tenemos en las filas de nuestra Asociación, ya entre propios como entre extraños, entonces será preciso recurrir a los oficios de algún *exconjurador* del Sobrarbe...

Desde luego, ¡nuestras chicas sí que son guerreras!

III. SECCIONES CULTURALES

3.01. La Fundación Hospital de Benasque

La Fundación Hospital de Benasque nace en diciembre de 2006, como entidad sin ánimo de lucro, siendo constituida entre el Ayuntamiento de Benasque y la empresa Hospital de Benasque SL.

La Fundación Hospital de Benasque tiene como objeto la investigación, estudio, restauración, divulgación y puesta en valor del patrimonio artístico, cultural, etnológico y natural del Pirineo. Durante estos años, se ha emprendido la tarea de recopilar gran cantidad de materiales acerca del patrimonio que están en diferentes formatos, predominando el de papel (publicaciones, libros postales, fotografías, documentos antiguos, etc.). Como resultado de este trabajo se tiene un gran volumen de información a mantener y conservar, sobre todo una gran cantidad de contenidos difíciles de manejar en los soportes originales.

La Fundación Hospital de Benasque entiende que, además de los fondos documentales, la verdadera riqueza de ellos es la ordenación y la facilidad de acceso para posteriores estudios, recopilaciones, publicaciones web, consultas documentales vía web, colaboraciones con otros fondos documentales y otras acciones de puesta en valor, que sólo son posibles si el contenido es digital. Para llevar adelante este objetivo, las acciones que se están llevando a cabo, son:

Escaneado de los fondos documentales en formatos TIFF y JPG, y creación de PDFs.

Crear una base de datos o índice-digital que facilite el acceso a los contenidos digitales desde diferentes criterios y ordenaciones, facilitando tanto la conservación de los originales, como la velocidad de acceso, la exactitud de los estudios a realizar y la velocidad de divulgación.

La página web que facilita el conocimiento y acceso a los documentos de la Fundación es la siguiente: www.fundacion-hospital-benasque.org.

Aunque la Fundación, desde un punto de vista jurídico, se constituye en el año 2006, se lleva desde el año 1997 trabajando en la línea actual por parte de la Sociedad Hospital de Benasque, bajo el impulso de Jorge Mayoral, esfuerzo que se ha visto reconocido con la entrega en enero de 2010 del Premio Félix de Azara de la Diputación Provincial de Huesca. Desde el principio, el Ayuntamiento de Benasque, el Hospital de Benasque y una serie de amigos que hoy constituyen el Patronato de la Fundación y el grupo de Consejeros, aunaron esfuerzos por hacer realidad el presente que hoy conocemos. Cada día que pasa, se ve recompensada la labor de la Fundación con nuevas aportaciones de personas, se van cerrando capítulos de investigación, abriendo nuevos y gracias a un Convenio de colaboración con el Gobierno de Aragón a través de su Departamento de Medio Ambiente, se va materializando el edificio de la Fundación en los Llanos del Hospital (Benasque) con sus servicios de centro de investigación, biblioteca, sala de exposiciones y centro de acogida de los visitantes del Parque Natural Posets-Maladeta.

El Presidente de la Fundación es Ramón Tejedor y son sus vicepresidentes José Ignacio Abadías y Jorge Mayoral. El Patronato lo forman 12 personas. Cuenta asimismo con un Consejo Asesor de 35 personas.

3.02. IIIª Edición de Registros Periodísticos Santiago Sagaste Ayesa

Nuestros lazos con el montañismo ejeano siempre han sido importantes. Por ello, deseamos que nuestros socios y amigos presten la atención debida a esta convocatoria confiando en que, además, se animen a participar en un concurso en el que nuestra apreciada Blanca Latorre fue galardonada en la edición de 2009... ¡Enviad vuestros trabajos!

El Club de Montaña Exea, convoca el III Premio de Registros Periodísticos "Santiago Sagaste Ayesa" con el lema "Montañas y Naturaleza" con el objeto de sensibilizar a los ciudadanos fomentando los valores de la Naturaleza y de respeto al Medio Ambiente. La convocatoria para la IIIª Edición de 2010, se guiará con acuerdo a las siguientes Bases:

1) El Premio se otorgará a un artículo periodístico publicado en la prensa nacional o internacional, incluida prensa digital, durante el año 2009.

2) Los trabajos que concurren deberán ser originales, escritos en español, o bien ser remitidos con la correspondiente traducción completa a dicho idioma. Se presentarán tres copias de cada artículo con mención del título, periódico o revista, localidad y de la fecha de su publicación. Se

acompañarán del nombre del autor, dirección, teléfono de contacto y/o correo electrónico de contacto. No se podrán presentar más de dos artículos por autor.

3) Los trabajos que no hayan sido premiados no serán devueltos, conservándose una copia en el Club de Montaña Ejea. Aquellos registros periodísticos que entren en la selección de los finalistas podrán ser utilizados para una publicación recopilatoria escrita o digital. En tal caso, cada autor recibirá una copia de la misma.

4) Los artículos se harán llegar por correo certificado a: Club de Montaña Ejea. Polideportivo Municipal Ejea. Paseo Constitución s /n. 50600. Ejea de los Caballeros (Zaragoza). Hasta el día 10 de Marzo de 2010.

5) El premio se estructurará en la modalidad de: "Montañas y Naturaleza": Registros periodísticos, artículos relativos al mundo de Montaña, o bien a explicar itinerarios y lugares concretos.

6) Se elegirán dos premios: El importe del 1º Premio correspondiente será de 500 euros y el correspondiente al 2º Premio será de 300 euros (se aplicarán las retenciones establecidas por la Legislación Vigente).

7) El Jurado estará compuesto, entre otros, por figuras destacadas del montañismo y de la conservación de la naturaleza, designados por el Club de Montaña Ejea, siendo su fallo inapelable.

8) No se podrá declarar desierto el concurso salvo que no se ajustase a las normas de la convocatoria.

9) El fallo del concurso y la entrega de premios se realizará en el transcurso de un acto público a designar, organizada por el Club de Montaña y el Ayuntamiento de Ejea de los Caballeros (Zaragoza), el día 19 de marzo de 2010.

10) La participación en este premio implica de forma automática la aceptación de todas las bases.

Información y Bases en: Club de Montaña Ejea. Ayuntamiento de Ejea. www.ejea.net/deportes@aytoejea.es Tno.- 976677474.

Patrocina con el Club de Montaña Ejea, el Ayuntamiento de Ejea, la Familia Sagaste Ayesa y Cajalón.

3.03. Propuestas invernales desde Javalambre

Es una pena lo poco que se conoce entre los socios de Montañeros este refugio turolense. Debido, entre otros motivos, al nombre que luce, debería ser de visita obligada; máxime, cuando la Autovía Mudéjar ha recortado la distancia de forma tan drástica... Para corregir esta situación, le estamos dando la tabarra a uno de sus amables guardas para que nos presente alguna de las posibilidades de este bello rincón del Javalambre...

Hola de nuevo! Deseaba haceros llegar un par de recomendaciones para el esquí de travesía con base en el refugio FAM de Rabadá y Navarro, a mitad de camino entre Camarena de la Sierra y la estación de esquí de Javalambre, en Teruel...

1ª-. Subida desde el refugio, por el GR10 hasta el Alto de la Chaparrosa, para bajar por la ladera oeste hasta la pista de esquí Portillo. Desde ahí subir hacia las balsas de Javalambre por el lateral de la pista de servicio, y desde ahí, entre las 2 balsas, bajar por el cortafuegos que llega casi hasta el Refugio, y continuar por la pista forestal hasta el mismo Refugio. Desnivel positivo acumulado 650 m. Desnivel negativo acumulado 650 m. Duración 3 horas. Resumen: Refugio-Alto Chaparrosa-pista Portillo-balsas-Refugio. Solamente esquiable a partir de 60 cm de nieve asentada. Precaución en la bajada desde el Alto de la Chaparrosa por grandes piedras ocultas.

2ª-. Subida desde el refugio por el GR10 hasta el pico Javalambre, travesear hasta el Falso Javalambre, bajar por la ladera noroeste, subir de nuevo por la cara norte, y bajar por la cara norte. Vuelta al refugio travesando por la antigua carretera que viene del pico Javalambre, cruzar la carretera y volver por el lateral de la pista forestal que baja al refugio. Desnivel positivo acumulado 1.100 m. aprox. Desnivel negativo acumulado 900 m. Duración 7 horas. Resumen: Refugio-pico Javalambre, Falso Javalambre, cruce con carretera-Refugio. Esquiable con 50 cm de nieve asentada. Precaución en días con niebla.

Para más información de otras rutas, ponerse en contacto con los guardas del Refugio (www.refugiorabadaynavarro.com).

Conócenos en invierno. Ven al Refugio Rabadá y Navarro en invierno, y podrás realizar cursos monográficos de anclajes en nieve, construcción de iglús, uso de crampones y piolet..., así como recibir clases de esquí, snowboard, telemark, esquí de travesía, todo ello con nuestro "Equipo de guías y profesores de esquí". Disfruta de las nieves de Javalambre desde el Refugio. ¡Ven y conócenos!

Daniel Tortajada Casado

3.04. Canelle, la vieja de las manzanas y el oso tuerto del Parque Bruil

Las personas de cierta edad recordarán que en el parque Bruil de Zaragoza había una pareja de osos pardos que vivían enjaulados en un minúsculo recinto. A causa de la alimentación y la cautividad aquellos osos estaban diabéticos perdidos pero su mirada era limpia y serena, aunque unos desalmados le reventaron un ojo al macho golpeándolo con un hierro. La osa murió y el oso fue trasladado a *Rioleón Safari*, en Tarragona. Un amigo me contó que volvía en el tren de Barcelona y una anciana se subió en San Vicenc de Calders cargada con un cesto de manzanas y le explicó que, en Zaragoza, acostumbraba a llevarle manzanas al oso, y que había viajado de propio hasta *Rioleón Safari* para llevarle un cesto de fruta a su oso pero que ni siquiera le habían dejado entrar a verlo. La señora, con pena, repartía las manzanas entre los viajeros de aquel tren.

Treinta años más tarde, René Marquize, el cazador asesino, disparó su rifle al corazón de *Canelle*, la última osa de los Pirineos, que intentaba rescatar a su cachorro acorralado por una jauría de perros en las montañas del valle de

Aspe. Schopenhauer afirmó: "El hombre ha convertido el mundo en un infierno para los animales".

El 28 de marzo, los defensores de la naturaleza nos concentraremos en Ansó. No nos resignamos a que los Pirineos pierdan definitivamente a su más valiosa criatura. Aunque llueva, aunque nieve. No importa, allí estaremos. Rindiendo homenaje a *Canelle*, a la anciana del cesto de frutas y a aquel oso tuerto del parque Bruil.

Jesús Vallés

3.05. Nuestros autores y sus libros: *Las Lágrimas de la Maladeta*

Marta Iturralde Navarro y Alberto Martínez Embid, Prames, Zaragoza, 2010. 154 pg., 130 x 210 cm. 18 euros.

El Pirineo siempre estuvo ahí. Pero durante muchos siglos fue un territorio inhóspito, fronterizo y difícil para la vida en el que, precisamente por esas condiciones físicas de aislamiento, la cultura autóctona se mantuvo *incontaminada*, hibernada de influencias exteriores. No es hasta el siglo XIX cuando aparecen los primeros personajes, generalmente franceses, de extracción social aristocrática, que se aventuran a descubrir el Pirineo y a estudiar el medio físico y las condiciones socioculturales de sus gentes. Nace así el *Pirineísmo* como concepto que une exploración, investigación, deporte y cultura. Son muchos los nombres que quedan para la historia y el de Russell, del que se ha celebrado en 2009 el centenario de su muerte, es el paradigma de una época trascendental en el devenir antropológico de la gran cordillera.

Hago estas consideraciones para poner de relieve que en Aragón han sido muy pocas las personas que han decidido aportar su grano de arena en el pirineísmo. Alberto Martínez y Marta Iturralde son, a mi juicio, el exponente más relevante de la última década de esta faceta intelectual que se articula en torno a nuestros Pirineos. En el año 2000 Alberto publicaba *La Brecha de Rolando*. A partir de ese momento ha sido suficientemente extensa su producción literaria, abarcando desde la investigación propiamente dicha y las guías deportivas de montaña hasta la historia en torno a los grandes macizos pirenaicos y la novela de ambientación alpina. Marta Iturralde, entre otros artículos y trabajos de raíz pirineísta, ha publicado un magnífico trabajo sobre un asunto inédito, *Mujeres y montañas. Nacimiento del pirineísmo femenino*, que además de ganar en 2002 el prestigioso Premio Desnivel de Literatura de Montaña, aportó luces deslumbrantes sobre la contribución de la mujer al descubrimiento de nuestras montañas.

Las lágrimas de la Maladeta es una novela que, dada la trayectoria de sus autores, está naturalmente ambientada en nuestro Pirineo, en esa especie de *Meca* alpina que es la villa de Benasque. La primera y singular característica de esta obra es la de haber sido concebida y escrita conjuntamente por Marta Iturralde y Alberto Martínez. Este hijo literario de ambos, como todo hijo bien amado y mejor concebido, es fruto de una perfecta comunión intelectual de

manera que su escritura no presenta diferencias estilísticas o argumentales. Ya conocíamos la capacidad novelística de Alberto quien también en 2005 recibió el citado Premio Desnivel por otra novela, *El monstruo de Artouste*. Pero la feliz sinergia de Alberto y Marta plasma lo mejor de sus antecedentes literarios en estas *Lágrimas*.

Podríamos despachar con grandes dosis de ligereza el argumento de esta obra, diciendo que se trata de una historia de amor *sui generis* en tiempos convulsos, a caballo de los siglos XVIII y XIX. Pero es mucho más, es un riguroso trabajo de introspección sociológica de esa época, un análisis riguroso de la manera de vivir de aquel tiempo a ambos lados de la frontera, el Alto Ésera y el Luchonado. La aparición de auténticos personajes históricos y la plasmación de muchos diálogos en la lengua local forma parte del rico bagaje intelectual de los autores para dotar de verosimilitud al argumento. El lector no debe perder de vista nunca el contexto histórico de este relato en torno a lo que fue el Castillo de Benasque, del que hemos heredado algunas magníficas litografías, y digo esto para que determinadas afirmaciones, juicios y circunstancias del texto no sean juzgadas bajo el prisma del rigorismo moral sino de la perspectiva histórica y, obviamente, del talante liberal de Iturralde y Martínez.

Como Presidente de la Fundación Hospital de Benasque, que desarrolla su labor en el campo de la puesta en valor de la cultura pirenaica en general y benasquesa en particular, no puedo sino saludar con gozo esta contribución — desde la ficción— al esclarecimiento de nuestras raíces. Tengo el convencimiento de que así se refuerzan nuestras señas de identidad y nuestro amor a unas montañas que son paisaje a preservar, acerbo histórico y patrimonio de la humanidad.

Ramón Tejedor Sanz

3.06. Un texto para el cierre: *La maestra de Vacamuerta*

Como ya se ha anunciado, este Boletín Digital va acompañado de un Anexo dedicado a *las mujeres y la montaña* donde nuestras féminas van a demostrar lo alto que está el nivel en nuestra Santa Casa. Desde la periferia de este trabajo, deseo aportar mi pequeño granito de arena en una temática que no suele ser demasiado habitual: las montañesas... Para ello, voy a servirme de cierta anécdota añeja, recopilada por uno de nuestros más célebres consocios: Pedro Arnal Caveró (Bellver de Cinca, Huesca, 1885-Zaragoza, 1962); pedagogo, montañero y destacado amante de la naturaleza. Antes de arrancar, se impone una breve semblanza de nuestro desaparecido consocio...

Arnal Caveró estuvo entre nuestros pioneros, tal y como se puede apreciar a través de su participación en publicaciones de *Montañeros*. Quienes hayan estado al tanto de la vida cultural zaragozana, sabrán además que, tras vivir en Alquézar, este altoaragonés terminó dirigiendo el Colegio Joaquín Costa, donde realizó una labor encomiable de proselitismo en favor de nuestro deporte. Su producción literaria resultaría asimismo importante, destacando

obras mayores como: *Aragón en alto* (1940), *Vocabulario del Alto-aragonés, de Alquézar y pueblos próximos* (1944), *Refranes, dichos, mazadas, en el Somontano y montaña oscense* (1953), *Aragón de las tierras altas* (1955), *Por los seres indefensos* (1960)... No extraña que Arnal Caveró fuera nombrado en su día Socio de Honor de *Montañeros de Aragón*. Así, recurriremos a una semblanza de 1962 firmada por Ramiro Brufau para acercarnos un poco más a la figura de este referente cultural de nuestra Entidad: "Amante entusiasta de la montaña pirenaica, símbolo de su paisaje, de su historia, de su tradición, de su leyenda, de su fe; vivió y sintió natural y exaltada reacción ante la impresionante naturaleza del paisaje, armonía de luz y color en los abruptos accidentes, bajo ese cielo azul acariciado por la suave brisa de la montaña que entona, sin cesar, toda una melodía de ecos vagos y rumorosos. Don Pedro sintió en lo más profundo de su ser los tenues y más finos aromas de las silvestres matas y de las más humildes flores de estas montañas, en las que él, al ascender a sus cimas, dejó de ser materialista".

Y ahora sí: acudamos por fin al texto de Arnal Caveró, extraído de su *Aragón de las tierras altas* (1955):

"Hoy en Vacamuerta, había hace unos meses una maestra, doña Guadalupe; ni al nombre del cargo ni al de la persona les iría bien un diminutivo que reñiría con la robustez y grosor de la educadora que, desde las suavidades armoniosas de Galicia la dulce, había llegado a lo abrupto y áspero de nuestras montañas bravas. Y porque Aguilar es todavía menor aldea, sin maestra y sin afectos para una huerfanita, la niña, ya menos niña cada día, se refugió en el inmediato poblado, en la sombra de doña Guadalupe, en su escuelita paupérrima, en un rincón de su casa bajita y breve.

"La maestra, la buena y desplazada maestra, tenía que bajar a la carretera una vez al mes para ir a cobrar y a comprar a Campo en los coches de línea, y una vez al año para marchar a su tierra, y alguna vez para ir a misa a lugares mejor plazados...; pero el camino duro para subir es de calvario, es martirizante para bajar la humanidad entera de la maestra; y el rodar, y el voltear, y el caer aparatosamente, al pisar las piedras sueltas en plano inclinadísimo, eran un suplicio, y un potro, y una desgracia cruenta, y un desliz accidentado. Y se lamentaba de ese infortunio, y lloraba, y palidecía la educadora cuando tenía necesidad de descender a los caminos de la civilización y del progreso. También sufría en silencio la huerfanita buena; acompañaba en sus salidas a su protectora y amiga, pero no podían la debilidad y el deseo infantiles evitar derrumbamientos. Ella pensó, planeó, decidió y realizó una empresa: le costó varios días, y calló su obra de benedictino, de ángel, de santa. Quitó toneladas de piedras movedizas de las pendientes mayores en una longitud de más de un kilómetro y dejó practicable lo que era peor del camino; nosotros vimos la proeza, silenciada y silenciosa; nosotros anduvimos el trayecto reparado y limpio, y, emocionados hondamente..."

Como se ha podido comprobar gracias a Arnal Caveró, otras mujeres diferentes a las deportistas han recorrido y recorren sus trochas agrestes...

Alberto Martínez Embid

EN ESTE ANEXO SE INCLUYE:

I. DÍA DE LA MUJER: ¿LAS CHICAS SON GUERRERAS?

II. LA HISTORIA MONTAÑERA DESDE EL PRISMA FEMENINO

- 2.01. Dos mujeres y un *cuatromil*
- 2.02. El despuntar del pirineísmo femenino
- 2.03. Ascensión imaginaria al Vignemale
- 2.04. La primera mujer en la Brecha de Rolando
- 2.05. Una mujer en el Monte Perdido
- 2.06. Una dama en el Aneto
- 2.07. Un pico para Margalida Le Bondidier
- 2.08. Primicia femenina en la Torre de Góriz
- 2.09. Couloir de Gaube en femenino

III. ALGUNAS VIVENCIAS DE NUESTRAS MÁS MONTARACES

- 3.01. La ascensión al Aneto del Centenario
- 3.02. El pico de la Bandera
- 3.03. Aneto, 1954
- 3.04. Mis recuerdos de escalada
- 3.05. Encuentro a medianoche
- 3.06. Marruecos
- 3.07. De la tierra a la luna: Cerro Aconcagua, Cerro Plata
- 3.08. Viendo el amanecer
- 3.09. Piz Bernina
- 3.10. Damenberg
- 3.11. Tormenta en la Grenzkamm
- 3.12. Cumpleaños en la Pany
- 3.13. Esquí irracional
- 3.14. Uhuru Peak
- 3.15. La práctica del esquí de fondo
- 3.16. Välkommen Hill Vasalokppet
- 3.17. Vías Ferratas
- 3.18. The *Big Five*

IV. A CABALLO ENTRE LA CULTURA Y EL DEPORTE

- 4.01. El Portillón de Benasque
- 4.02. Las noches del Balcón de Pineta
- 4.03. El pico de las Tempestades
- 4.04. Chemin de la Mâtüre
- 4.05. La Vuelta a los lagos de Ayous

- 4.06. Ayer y hoy de la *normal* al pic du Midi d'Ossau
- 4.07. Cita en la Gran Facha
- 4.08. La peña Foratata

V. LA MITOLOGÍA Y LA MUJER

- 5.01. El castillo mágico del Monte Perdido
- 5.02. Excelsa, diosa del Balaitús
- 5.03. Cuentos de flores y de pirineístas

VI. PEQUEÑO APÉNDICE MÉDICO

- 6.01. Mujer y montañismo
- 6.02. Análisis de la encuesta a las mujeres de *Montañeros de Aragón*

I. DÍA DE LA MUJER: ¿LAS CHICAS SON GUERRERAS?:

He de reconocer que llevaba algún tiempo dándole vueltas a este proyecto recopilatorio, que no hubiese podido hallar mejor motivo para salir a la luz que con ese *Día de la Mujer Trabajadora* que se celebra cada 8 de marzo... Así, voy a aprovechar las facilidades que brinda *Montañeros* en casos similares, para *colgar* este hito con cuarenta referencias femeninas que he clasificado primeramente por temas y luego por su cronología histórica, que no de edición. Atentos a las variopintas publicaciones donde nuestras socias han colocado sus artículos; tampoco os perdáis los corchetes con los premios recolectados por algunos de ellos...

Sacar adelante un *especial* sobre el tema de la mujer y la montaña, no suele ser labor sencilla por otras latitudes. Sin embargo, en lo referido a este Anexo, construido a base de artículos ya publicados por nuestras chicas, puede decirse que en esta Casa se disponía de buena materia prima sin rebuscar demasiado... ¡Una ocasión más que propicia para presumir de nuestras escritoras!

Mas la presente selección adolece del defecto de ser poco exhaustiva: por motivos estrictamente prácticos, se ha recurrido tan solo a los textos de los Boletines de la III Época (1987-2003), así como a un *picoteo* entre los últimos del Anuario de *Montañeros de Aragón* (1987-2009): parte de los referidos trabajos estaban ya en *word* dentro de nuestros ordenadores, aguardando a que los sacáramos del formato papel para lanzarlos al *ciberespacio*... ¡Pues ya está hecho! No ignoro que, agazapados entre los ejemplares de los años del caminar conjunto con el *Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón* (1929-1950), en los Boletines de la I (1950-1966) y II Época (1967-1986) o en los Anuarios iniciales, queda un buen puñado de trabajos de socias nuestras que habrán de aguardar a otra ocasión...

Así pues: mis disculpas a las colegas, por esta vez, ausentes. En cuanto a esas féminas que todavía no se han estrenado en la aventura de darle a la tecla..., ¿a qué estáis esperando? ¿O es que las chicas no somos guerreras...?

Marta Iturralde Navarro

II. LA HISTORIA MONTAÑERA DESDE EL PRISMA FEMENINO:

2.01. Dos mujeres y un cuatromil

María Eugenia Suárez Lamarca

Boletín de Montañeros de Aragón, 56, enero-febrero-marzo de 1999

Desde su conquista en el año 1786, el Mont-Blanc era *la Montaña*. De hecho, a principios del siglo XIX, los contados alpinistas todavía se limitaban a tentar este *Techo de Europa*, desdeñando todas las demás cumbres alpinas. En cuanto al papel asignado a las féminas en estas aventuras, parecía estar muy claro. Así, Horace Bénédicte de Saussure (el inventor del alpinismo) ya lo insinuaba en la narración de su ascensión al Mont-Blanc de 1787: "En la cima, mi primer vistazo fue a Chamonix, donde sabía estaban mi mujer y sus dos hermanas, los ojos fijos en el telescopio, siguiendo mis pasos con inquietud...". Pero poco más se podía esperar de una época en la que Mary Wollstonecraft, autora en 1792 de los *Derechos de la Mujer*, era tildada de "hiena con faldas".

La irrupción de la primera fémina en este deporte, hubo de esperar hasta el aperturismo relativo que trajo la Revolución francesa. Nuestra discreta pionera en el alpinismo, una robusta campesina del pueblecito saboyano de Chamonix, se llamaba Marie Paradis. Desde los primeros años del siglo pasado, esta voluntariosa *veinteañera* deseaba ardientemente subir la *Taupinière Blanche* (viejo nombre local del Mont-Blanc: la *Topera*, referido a los montoncitos de tierra de sus madrigueras). Lo había solicitado repetidas veces a sus convecinos, guías de montaña, obteniendo siempre negativas rotundas a pesar de que todos la sabían bien entrenada en impresionantes caminatas por los montes circundantes. Esta actitud, por otra parte, no era extraña: las expediciones que habían alcanzado los 4.808 metros del Rey de los Alpes todavía se contaban con los dedos de una mano. Pero Marie podía ser paciente.

En el verano del año 1809, la montañesa logró, al fin, interesar a uno de sus vecinos de Chamonix... Éste, llamado Victor Tairraz, según la tradición era su novio antes de afrontar la aventura. Por fortuna para Marie Paradis, tal pretendiente trabajaba como guía y ya había puesto los pies en el Mont-Blanc en el año 1802, durante la que era, por el momento, última ascensión (y quinta absoluta) al Gigante. Siete años después, la gesta de la pareja de enamorados también se vería coronada por el éxito, a pesar de que Tairraz casi no recordaba la ruta entre los séracs (en realidad, el sérac es un queso saboyano). En cuanto a la valiente Paradis, entonces una chica robusta de veintidós años de edad, no tuvo el menor problema para alcanzar su meta: despreciando los negros augurios que tuvo que oír en su pueblo, no desfalleció en ningún momento ni sufrió mal de altura. Así arrancaba, un 14 de julio de 1809, el alpinismo femenino.

Para desgracia de la campesina saboyana, su hazaña pasó desapercibida en una Europa sacudida por Napoleón. Ganando el primer tercio del siglo pasado, se pensaba que ninguna mujer había subido todavía el Mont-Blanc: tal

vez los intereses comerciales de los guías de Chamonix tenían algo que ver en este olvido. Así, en el año 1827, Miss Lister (una excelente montañera de Halifax, quien luego uniría su nombre al Vignemale), fallaba por poco en su intento en llegar a la *Taupinière*. Sin embargo, la fama inmerecida por tal honor todavía aguardaba a la segunda protagonista de esta historia...

Henriette d'Angeville, noble francesa que residía habitualmente en Lausanne, contemplaba la masa nevada del Mont-Blanc con frecuencia. Pronto despertó en ella "el deseo de ser la primera mujer en alcanzarlo" (la proeza de Marie Paradis, aparentemente, seguía sin ser conocida). Por añadidura, el grupo de íntimas de nuestra Condesa –unas perfectas románticas exaltadas– estaba interesadísimo por las montañas... y por las excentricidades. Así, su amiga la Baronesa Dudevant (alias George Sand) había apuntado tras su visita pirenaica de 1825: "Estoy tan entusiasmada con los Pirineos que no voy a poder sino soñar y hablar, toda mi vida, de montañas, de torrentes, de grutas y de precipicios". La escritora de seudónimo masculino, ¡para envidia de sus amigas!, igualmente se vestía como los hombres para visitar las alturas. Otra de las integrantes del círculo de la Angeville, la condesa Marie d'Agoult, acababa de subir el listón al haberse fugado con el músico Franz Liszt en 1835. Los dos apasionados amantes, ¡no podía ser de otro modo!, eligieron la montañosa Suiza para esconderse, firmando en los registros de los hoteles: "Domicilio: la naturaleza. Procedencia: de Dios". Éste era el contexto de las llamativas aficiones montañeras de lo más granado de la sociedad parisina del momento...

En el año 1838, la condesa d'Angeville se encontraba veraneando en Chamonix. Soltera de veintiocho años de edad, se entera de los preparativos de ascensión al Mont-Blanc del grupo del polaco Stopen. Una idea cristalizará inmediatamente en ella: realizar un viejo sueño y así hacer palidecer de envidia a sus amigas. Antes de enfrentarse con el Techo de Europa, lo consultaría con un viejo amigo, el hostelero Ferdinand Eisenkramer, a quien confía: "Me voy allí arriba, si consentís acompañarme". La suerte estaba echada, y así comenzaron las disposiciones para tan dudosa empresa, pues Angeville era de constitución delicada y no estaba, en absoluto, acostumbrada a la vida dura. Sin embargo, una de las previsiones que más feliz haría a la Condesa, sería la de tener que vestirse de varón, cosa execrable para una mujer en aquella época. De esta manera, se hizo con el traje completo de un joven montañés de su misma talla, si bien para la salida y la entrada a Chamonix, hubo de hacerlo convencionalmente vestida de dama.

La célebre expedición, por lo demás, sería todo un éxito. En contra de todo pronóstico, Henriette d'Angeville coronó felizmente el Monte Blanco un 4 de septiembre de 1838, en lo que constituía la decimoctava presencia de un grupo a 4.808 metros de altitud. Allí arriba, la joven disfrutó con la excentricidad de subirse a hombros de uno de sus guías para poder así presumir de que había estado más alta que nadie en el mundo... Y, para anunciar la buena noticia a la expectante villa de Chamonix, se soltaron desde la misma cumbre palomas mensajeras, sistema tan de moda como poco efectivo pues, tal vez debido a la altitud, estas aves casi nunca llegaban al

valle. Sin embargo, la novel alpinista (no tenía preparación alguna previa), estaba agotada: aun contando con unas condiciones meteorológicas excepcionalmente benignas, la Condesa llegó a la cima del Mont-Blanc al borde de la extenuación. Según alguna versión posterior, Angeville había hecho jurar a sus guías que la llevarían a la cúspide "viva o muerta". Otras fuentes, en cambio, la presentarían incansable y animosa, dando ejemplo de entereza incluso a los montañeses más protestones...

En cualquier caso, la proeza de la francesa resultó notable para su tiempo (para desgracia nuevamente de la inglesa Ann Lister, quien vio eclipsada su *primera* al Vignemale aquel mismo verano). Los médicos, muy interesados en la cuestión de los efectos de las alturas sobre un organismo femenino, explicaron este buen término gracias "a su naturaleza novelesca, por la cual los riesgos de una tentativa insólita pudieron sobreexcitarla febrilmente en su moral, estimulando realmente sus fuerzas físicas". Aunque celebrada a su retorno, la alpinista tuvo también que sufrir algún malévolos ataque directo: "Madame d'Angeville amaba el Mont-Blanc porque jamás amó a un hombre".

El colofón de su aventura lo pondría la anécdota del banquete de celebración en Chamonix. En dichos festejos por la ascensión de Henriette d'Angeville, participó discretamente Marie Paradis (la auténtica vencedora del Mont-Blanc), pero en calidad de camarera del evento...

2.02. El despuntar del pirineísmo femenino

Marta Iturralde Navarro

ABC, 24 de Abril de 2004

En la vibrante crónica de la conquista pirenaica, los nombres masculinos son legión. Sin embargo, el vínculo de las mujeres con la montaña, consiguió establecerse desde el mismo arranque de este deporte. Porque, aun en las difíciles condiciones sociales del siglo XVIII, las pirineístas lograron mantener una presencia que iría mucho más allá de lo testimonial... Así, el repetido aserto de que la exploración de la cordillera fue un asunto exclusivamente masculino, es una falsedad que cada día se sostiene con mayor dificultad.

En la prehistoria profunda de la actividad montañera, aparecen mujeres decididas a subir tan alto como las águilas, incluso en aquellos tiempos en los que el mero hecho de viajar al corazón del Pirineo, era toda una proeza. Y, entre las pioneras de esos peligrosos desplazamientos para realizar curas termales, habría que reseñar a Margarita de Angoulême, quien visitaría Cauterets entre 1541 y 1549. O a madame de Motteville, prudente descubridora del Lavedan en 1660, merced a su periplo hasta la abadía de Saint-Savin. Sin olvidar a la marquesa de Maintenon, que en 1675 se atrevía a desplazarse hasta el aislado balneario de Barèges..., cuando incluso las estribaciones pirenaicas eran el territorio de los bandoleros y de los osos.

A partir del *Siglo de las Luces*, esta relación de viajeras rondando los contornos de la cadena, se dispararía: la duquesa de Choiseul llega hasta

Cauterets en 1761, madame de Jully conoce el lago de Gaube en 1787, Edith de Largemont se maravilla ante el circo de Gavarnie en 1787... Y, en aquella época, absolutamente nadie –ni los cazadores de gamuzas ni los contrabandistas– llegaba más allá.

Así, cuando los precursores del montañismo se decidieron a asaltar las cimas en 1787, tuvieron a su vera a féminas de carácter. Como Rosalie Ramond, que trepó hasta al pico de Entre los Puertos junto a su hermano Louis, en 1792. O como esa Natalie de Noailles –hija de un jacetano–, que visitó el pic du Midi de Bigorre en 1800. Ellas serían las antecesoras de toda una sucesión de montañeras apasionadas, entre las que se podría destacar a Hortense de Beauharnais por su viaje hasta la Hourquette d'Ossoue en 1807, o a María Carolina de Nápoles por su aventura en la Brecha de Rolando en 1828. Y, por encima de todas ellas, a la valerosa Ann Lister, que treparía al Monte Perdido en 1830 y al Vignemale en 1838. Sin desprecio de quienes frecuentaron el Aneto: Anne Marshall en 1848, Ernestine Tavernier en 1849, Alice Alluaud en 1850 o Alice Prévost en 1858. Un soberbio historial cuando, hasta 1870, apenas nadie traspasaba la línea de los tres mil metros de altitud.

En la vertiente sur, se tuvo que esperar algunos lustros para alcanzar este nivel: no se vieron hispanas en el Aneto hasta Montserrat Mestre, en 1902. Sin embargo, en las efemérides de 1942 por el centenario de la conquista del *Techo del Pirineo*, ya hubo dos españolas en la cota 3.404 metros: María de Valenzuela y la actriz madrileña Maruchi Fresno. Aquello no sería sino la punta del *iceberg* del despertar montañero: un año después, María Antonia Simó lograba la *primera nacional* al monolito de la Torre de Góriz. En 1951, Joaquina Baruta conseguía ascender el terrible *Couloir de Gaube* del Vignemale, y Carme Romeu vencía los abismos insondables de la Cara Norte de la Pique Longue.

A grandes trazos, éste ha sido el modo pausado mediante el que discurriría el *abrupto* itinerario que condujo, desde todas estas bravas pioneras de lo vertical..., hasta esas otras anónimas pirineístas que hoy marchan, escalan y esquían por todos los macizos de nuestros Montes de Pirene. Que, no en vano, son montañas que lucen nombre de mujer.

2.03. Ascensión *imaginaria* al Vignemale

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón, 23 de diciembre de 2002

Las escaladas *ficticias* fueron una constante en el Pirineísmo durante todo el siglo XIX. En lo que se refiere al montañismo femenino, esta tendencia se vería espléndidamente reflejada en una aristócrata francesa: Laure-Adélaïde-Constance Permon, casada a los dieciséis años con el mariscal Junot, el duque de Abrantes. En 1809, un problema estomacal llevaría a esta dama a Cauterets, con una inflamación de pílora. Pero, en poco más de un mes, la duquesa de Abrantes ya pensaba ganar la cumbre del Vignemale, entonces considerada la mayor altura del Pirineo galo (supuestamente invicto), y que

dos años antes había sido intentado por otra precursora del montañismo, la reina Hortense.

La expedición de la duquesa de Abrantes

Así, ni corta ni perezosa, la duquesa requirió el consejo de los guías de su antecesora, Martin y Clément, y se hizo con un juego de crampones y un bastón herrado..., en tanto que su criada alistaba toda una completa "toilette de voyage". Mayores problemas le ocasionaría, a esta joven de veinticinco años, hallar un acompañante que no despertase la maledicencia general (a pesar de que sus abundantes lances amorosos)... Al final, se preparó su partida de Cauterets con el médico Joseph Labat (honesto caballero, ¡de cincuenta y ocho años!), un criado personal, dos guías, y seis montañeses más. Sin embargo, la víspera de su aventura, se celebraba un baile en el balneario: la duquesa de Abrantes estuvo danzando hasta la una de la madrugada, por lo que apenas tendría dos horas para descansar. La despertaron a las tres de la madrugada del 28 de agosto de 1809: la animosa Duquesa se calzó unos zapatos gruesos de Argelès, con clavos grandes en los tacones, y salió en pos de la gloria del indomable Vignemale.

Hacia la cima del Vignemale

Tal vez debido a su *trasnochamiento*, la joven esposa de Junot llegó hasta la cascada de Cerisey acomodada en una silla de manos, que portaban dos robustos montañeses. Ya con luz, y a pie, alcanzó el lago de Gaube, y a las diez se allegaba hasta la cascada de Splumous, donde las nieves iniciaban su reinado. A partir de ese punto, la duquesa relataría toda suerte de aventuras, más o menos novelescas... La primera de ellas, fue su ascensión por una pendiente extremadamente escarpada, que exigiría que el guía Martin tallase peldaños en el hielo congelado. Al poco, una avalancha barrió el terreno bajo, donde habían estado hacía pocos minutos. La duquesa de Abrantes recordó las batallas en las que había participado su marido, el mariscal..., posiblemente menos peligrosas que esta excursión. Y así, sin explicar el itinerario que siguió hasta la cima del Vignemale (3.298 metros), la joven dio esta cima por vencida (su Pique Longue no fue *oficialmente* ascendida sino hasta 1838), aunque reconociese que no alcanzó exactamente su remate, sino que se quedó poco menos que a treinta y dos metros por debajo... Desde este *Vignemale imaginario*, que con toda seguridad no sería sino una loma junto a la Hourquette de Ossoue (2.734 metros), la aristócrata habló de las vistas de la Brecha de Rolando, el Bergons, Saint-Sauveur o Jaca..., tras lo cual, se decidió a descender hacia Gavarnie.

Durante la bajada, sus aventuras no se quedarían a la zaga respecto a las del viaje de ida: para descender más deprisa por el valle de Ossoue, su guía Martin se quitó su pelliza e hizo que la joven se sentase sobre ella, detrás suyo, para lanzarse a toda velocidad por las laderas nevadas. La duquesa confesaría que tal sistema le pareció un deslizamiento tan vertiginoso como la caída desde un séptimo piso. Para colmo de males, fueron parar al borde de un precipicio: regresar al buen camino, forzó a que los guías utilizarasen su pericia

con cuerdas y bastones. ¡Todo el mundo tembló de terror al pasar junto a una sima de varios metros de anchura!

Todas estas aventuras montaraces no podrían ser realizadas sin pagar un precio caro, pues el roce de los crampones había roto el zapato y las medias de la dama, alcanzando el pie, ahora "lleno de sangre". Finalmente, la Abrantes hubo de ser descendida cincuenta pies mediante una cuerda, "suspendida en los aires y casi segura de que jamás llegaría a esa pradera que veía debajo, si no era mutilada o privada de vida". Por fortuna, estas escenas espeluznantes cesarían en Gavarnie. Y, como compensación, al llegar al Caos de Coumély, descubrió que todos los habitantes de Cauterets se habían desplazado para recibirla, disponiendo en Luz una cena y una gran fiesta.

El juicio de la posteridad:

El *viaje imaginario* de Laure Permon al Vignemale, levantaría no pocas suspicacias entre los historiadores posteriores (hubo quien la apodó "duquesa de Abracadabrantés"), que supusieron que, en el mejor de los casos, nunca pasó de la Hourquette de Ossoue. Sin embargo, Pierre de Gorsse se mostró favorable a sus andanzas: "Su narración, a pesar de las críticas severas que puedan dirigirse los montañeros despiertos, nos revela esa alegría de niña ante los grandes espectáculos de la naturaleza de las montañas, esa osadía, esa necesidad de acción que nos muestran lo que era una pirineísta romántica". Y otro historiador del Pirineísmo, Alberto Martínez, apuntillaría: "En realidad, la Abrantes nunca debió pisar la Pique Longue. Pero, en estas peripecias de comienzos del siglo XIX, se está seguro bien pocas cosas... ¿Y si subió al pico de Cestrède, que el propio Russell llegó a presentar como el Vignemale de aquella época?".

2.04. La primera mujer en la Brecha de Rolando

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón, 28 de octubre de 2002

Antes de conocer este gran collado tallado en la cálida roca calcárea del Marboré, yo ya había subido a buena parte de las montañas pirenaicas. Sin embargo, no sabía apenas nada de los Pirineos. Por eso mismo, la Brecha de Rolando hoy significa tanto para mí: fue mi primera ascensión *pirineísta*, pues mi acompañante no se limitó a llevarme hasta sus 2.807 metros, sino que llenó mi cabeza con toda una colección de historias montaÑeras maravillosas. Y también significó mi encuentro con una tal María Carolina de Nápoles, nuestra ilustre predecesora en este magnífico boquete entre Francia y España.

Una princesa resuelta

Durante el primer tercio del siglo XIX, era bastante problemático ganar la Brecha de Rolando: el glaciar del mismo nombre, entonces importante, la defendía de toda suerte de curiosos. A pesar de todo, nunca faltaban candidatos a tan ardua excursión; los más de los cuales se quedaban, o bien

en las Escaleras de Sarradets o en los ventisqueros superiores... Acaso, los favorecedores retratos que Louis Ramond regalase a sus compatriotas de este fantástico collado, fuesen los causantes de la peligrosa obsesión por visitarlo de cuantos viajeros se acercaban a Gavarnie.

A mediados de agosto de 1828, una princesa italiana llegó a los Pirineos para completar un largo periplo por los balnearios de la vertiente norte más renombrados. María Carolina de Nápoles (1798-1870) portaba el título de duquesa de Berry a raíz de su matrimonio con el segundo hijo del rey Charles X de Francia, del que enviudó en 1820. Muy al contrario que las "buenas maneras" que se esperaban de las mujeres de esta época, nuestra protagonista no pensaba limitar su actividad a breves paseos por los alrededores de Saint-Sauveur. Así, el día 26 ya se acercaba (en parte a caballo, en parte en *silla de manos*..., y un poquito a pie) hasta el pic du Midi de Bigorre, de 2.872 metros. Desde este balcón excepcional, la princesa vio, a lo lejos, una muesca llamativa en la muralla gris del Marboré: ¡la mítica Brecha de Rolando! A pesar de los consejos en contra, anunció de inmediato que su próxima ascensión sería a dicho portillo...

La gran expedición

El día 29 de agosto de 1828, se puso en marcha el pesado cortejo de la duquesa de Berry, que salió del balneario de Saint-Sauveur rumbo a las misteriosas montañas del sur. Entre caballeros y damas de compañía, guardias, guías y porteadores, eran casi medio centenar de personas. A la caída de la tarde, la vanguardia de tan curioso ejército invasor llegó a las tristes casas de la aldea de Gavarnie.

Con las primeras luces de la mañana siguiente, sería preciso vencer las diversas dificultades de la ruta hasta la Brecha de Rolando. Y sin duda que la más difícil, era la faja rocosa que conformaba el Circo de Gavarnie, entonces sólo vulnerable por un vertiginoso paso llamado de las Escaleras de Sarradets (más tarde, muy dulcificado por los picos de los guías). Calzada con unas abarcas españolas, la princesa superó la dificultad mostrando gran decisión y agilidad, apenas ayudada por los montañeses de su escolta.

Un poco más adelante, aguardaban los hielos del glaciar de la Brecha de Rolando, que exigían tallar escalones con el hacha y crampones. Sin embargo, la duquesa de Berry logró alcanzar su meta sobre las once de la mañana..., algunos dicen que, a tramos, cómodamente sentada en las "sillas de manos" que portaban relevos de fornidos montañeses. Pero esto último, hoy en día, ¿quién puede asegurarlo?

La memoria de una ascensión

Esta aventura de una princesa de la Casa Real francesa, tuvo en su época un relieve extraordinario: no en vano, se trataba de la primera mujer en alcanzar los 2.807 m. de un paraje tan carismático como entonces, antes de la regresión del glaciar. A partir de aquella fecha incluso en las guías de montaña se comentó la posibilidad de que las féminas ascendiesen hasta aquellas u otras latitudes, antes territorio casi exclusivo de los varones. Diversos vestigios

recordarían esta gesta, como el obelisco conmemorativo o el cartel en el hotel de France, ambos en Saint-Sauveur. Pero, sin duda, la inscripción de la Brecha de Rolando sería el *souvenir* más famoso...

No se sabe muy bien quién fue su autor ni cuándo se hizo, pero, al poco tiempo, apareció en la vertiente española del collado (lado del Casco) unos *graffittis* tallados donde se podía leer el listado de participantes de alcornia de la ascensión. Hoy todavía se pueden apreciar, a unos cinco metros de la raya fronteriza, a medio metro del suelo (en total, ocupa una superficie de ochenta por ciento diez centímetros), con letras romanas de unos cinco centímetros:

MARIE CAROLINE DE NAPLES
DUCHESS DE BERRY
DUCHESS DE REGGIO
MARQUISE DE PODENAS
COMTE DE MESNARD
COMTE DE MAILLY
MARQUIS DE VERDALLE
COMTE DE SERRANT
CHEVALIER DE LA ROUZIERE
29 AOUT 1828

2.05. Una mujer en el Monte Perdido

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón, 29 de abril de 2002

La fotografía que ilustra estas líneas muestra a un animado grupo de *Montañeros de Aragón* en la cima del Monte Perdido, en septiembre pasado; entre ellas, está Carmen, monitora de dicha ascensión, que fue realizada en dos días desde Pineta y con vivaqueo en el Lago Helado de Marboré. Mas, a pesar de los catorce años de edad de la mayoría de las chicas de la imagen, ver a tantas féminas juntas ya no es un espectáculo extraño a 3.355 metros, en lo más alto del Macizo Calcáreo. Al menos, desde el lejano estío de 1830...

Miss Ann Lister

Durante mucho tiempo, la cima del Monte Perdido resultó la cumbre más codiciada del Pirineo: no en vano, sus luego *competidores*, el Vignemale y el Aneto, no fueron ascendidos sino hasta 1838 y 1842, respectivamente. Pero, durante el primer cuarto del siglo XIX, todavía se podían contar con los dedos de una mano los montañeros que habían seguido los pasos de Ramond (1802): Béranger (1805), De Marsac (1815), Parrot (1817) y Arbanère (1820). Parecía inconcebible que esta orgullosa prominencia de 3.355 metros, pudiese a recibir la visita de alguna dama. Y, sin embargo, cierta inglesa se iba a encargar de hacerlo realidad.

La protagonista de la primera ascensión femenina al *Gigante Calcáreo* se llamaba Ann Lister, y había nacido en Halifax un 3 de abril de 1791. En compañía de una amiga, lady Stuart, pasaba el verano de 1830 en el balneario galo de Saint-Sauveur. Después de realizar diversas excursiones por la zona con el guía Jean-Pierre Charles, miss Lister pensó en abordar una meta más ambiciosa: el Monte Perdido, al que había distinguido desde la cima del pic Bergons, el día 19 de agosto.

La ruta al Perdido

Su caravana, compuesta por el guía Charles y el cazador Étienne, saldría a caballo de Saint-Sauveur el 24 de agosto, para acercarse hasta Gavarnie, donde pernoctó en el histórico Hôtel des Voyageurs. Al día siguiente, este trío tomó el camino de las Écheltes de Sarradets y superó el circo de Gavarnie, dirigiéndose al difícil glaciar de la Brecha de Rolando. Al atravesar este bello e impresionante portal, Ann Lister pudo apreciar, en el muro oriental del lado español, la inscripción de la duquesa de Berry, su antecesora en la Brecha de Rolando, tan sólo dos años atrás. Nuestra inglesa llegó a dormir a una de las cabañas de pastores de Góriz, donde sus titulares le hicieron un sitio.

La mañana del 26 de agosto, Charles condujo a su cliente por la ruta acostumbrada en 1830, que no era otra que la de las Escaleras del Monte Perdido. Salieron de Góriz a las tres y cuarto de la madrugada: tras superar las tres escaleras de fajas rocosas, lograron alcanzar la cúspide del Monte Perdido a las ocho en punto de la mañana. El *récord* de altitud femenino en el Pirineo quedaría así fijado sobre esos 3.355 metros que, en aquel tiempo, eran la cota más elevada que nadie podía alcanzar en esta cordillera. Gozosa, Ann Lister permaneció media hora en el Perdido, disfrutando de esas bellas vistas desde las alturas que tanta fama le han otorgado a la *Montaña de Ramond*. Mas no tendría demasiado tiempo para saborear su meritorio éxito: le esperaba todavía el duro camino de descenso hasta Góriz, la bajada por Ordesa y consiguiente excursión hasta Torla. Finalmente, esta inquieta viajera británica regresaría el día 27 a Francia a través del puerto de Bujaruelo.

Una primicia relegada

La ascensión de miss Ann Lister al Monte Perdido, en el curso de su primera campaña pirenaica, apenas tuvo resonancia. Durante años, se pensó que esta mujer tan sólo fue la protagonista de la primera visita turística a la Pique Longue del Vignemale, en 1838. Y, aun en esta última aventura, la fama casi le fue arrebatada por la caravana del Príncipe de la Moskowa, posterior en varios días a la suya. El triste destino de esta dama, debía de ser el quedar postergada, de una manera u otra...

En el año 2002, el Monte Perdido está de moda: el bicentenario de la ascensión de Ramond lo ha situado en el centro de atención del mundillo pirineísta. Pero tampoco estará de más que también aprovechemos para recordar a la valiente inglesa que puso presencia femenina en sus 3.355 metros de roca calcárea.

Cierta reivindicación femenina..., falseada:

En algunas crónicas de montañismo, se olvida la gesta de miss Ann Lister en el Monte Perdido, y se prefiere contar cierta anécdota sobre la supuesta primera mujer que se cree que alcanzó esta cima. Según Frédéric Soutras, pudo tratarse de una tal Madame L., que subiría al Perdido sobre 1870, justo para arrojar al viento todas las tarjetas de visita que contenía la botella de su cima. Con este gesto maleducado, se pretendía que tal parisina deseaba que sólo el nombre de una mujer figurase en el Monte Perdido: ¡el suyo! Sin embargo, los historiadores serios del pirineísmo enseguida acordaron que esta historia malévolamente era un tanto falsa..., e interesada. ¡Pobre Madame L., denostada por todos cuantos subían al Perdido por su actuación tan ruin!

2.06. Una dama en el Aneto

Marta Iturralde Navarro

Anuario de Montañeros de Aragón 2005-2006, 20, 2006

En la vertiente sur de los Pirineos, se investiga poco sobre temas montaraces. No sucede lo mismo con nuestros vecinos septentrionales. De hecho, el trabajo pirineísta que aquí se desarrolla es *hijo* tanto del afán de búsqueda de un buen amigo de Agen como de su demostrada cordialidad.

Casi una novela de intriga

En el año 2004, Silvio Trévisan se hallaba rastreando textos sobre espeleología del pionero Evariste Malbec. De ese modo, encontraría en la hemeroteca de *L'Écho du Lot & Garonne* un curioso relato anónimo titulado: "Une ascension au Néthou", del 29 de enero de 1905. El tema le pareció interesante a este veterano investigador, ya que los artículos sobre ascensiones femeninas al *Monarca de los Pirineos* no resultaban demasiado frecuentes en los arranques del siglo XX.

Tampoco era ésta la primera vez que Trévisan sabía de una visita en el macizo de la Maladeta de alguien de su zona a estudio. Y recordó un cruce de misivas con el abate Marboutin de 1904, donde mencionaba cierta excursión... Por ello, sería preciso buscar en el *Libro de Cima* del Aneto del referido período, conservado en el *Musée du Pays de Luchon*. El 24 de enero de 2005, Bertrand de Gorsse respondía a su petición de ayuda, tras localizar la presencia de estos espeleólogos, Malbec y Marboutin, sobre la cota 3.404 metros.

La fotocopia de la página del día 22 de septiembre de 1904, presentaba los comentarios de unos autotitulados "trotamundos furibundos", que se mostraban "encantados ante el espectáculo que nos ofrecen las brumas, felices por haber franqueado ágilmente el Paso de Mahoma gracias a la ayuda de nuestros amables guías". Además de enterarse de que el grupo permaneció poco tiempo sobre la cima debido al "frío que amenazaba con helar sus narices", Trévisan pudo conocer la identidad de la redactora del *Libro de Cima*...

Porque se trataba de una mujer: en concreto, la esposa de Evariste Malbec. Cuando Marie-Louise Laffitte du Treilh (1875-1953) ganó el Aneto, tenía casi treinta años de edad. Además de cuatro niñas, la más joven de tres añitos; vivían en el castillo de Monclar d'Agenais. Ciertos detalles de estilo en el texto de "Una ascensión al Aneto", se confabularían para poner al descubierto a esta discreta pluma femenina.

Pero, tras agradecer a Silvio Trévisan sus cuidadosas investigaciones pirineístas y, más aún, su generosidad al compartir estos datos, es hora ya de acudir al resumen de la transcripción del documento 68-JX-2 de los *Archives Départementales du Lot & Garonne*. Viajaremos junto a la señora Malbec hasta la *Cúspide del Pirineo*, recuperando su olvidada crónica.

El viaje hasta la Renclusa

El matrimonio Malbec pasaba el verano de 1904 en la elegante estación termal de Bagnères-de-Luchon. Como centro mundano que éste era, brindaba excursiones muy variadas a los turistas, ya fuesen en coche, sobre una caballería o a pie. Sin embargo, el máximo prestigio social era para aquéllos que, desembolsando una cantidad de dinero elevada y después de arrastrar ciertas incomodidades, se atrevían a visitar al *Rey de la Cordillera*.

No todo el mundo disponía de la decisión o de la bolsa necesaria para ascender al Aneto. Ni unas buenas piernas. Con frecuencia, el público se conformaba con acercarse para espiarlo desde las balconadas del Portillón de Benasque o del Salvaguardia. En el caso del matrimonio Malbec, tendrían la suerte de contar con los tres condicionantes precisos para esta aventura.

Los tres días de periplo arrancaban en el mismo Luchon. Antes de salir, se llevaba a cabo el rito de acudir ante los guías para que éstos añadiesen a los pretendientes al *Monarca* nuevos clavos en la suela del calzado. Seguidamente, lo habitual era allegarse en coche hasta el *Hospice de France*, donde terminaba la carretera que apuntaba hacia el sur.

A partir de dicho albergue, sería preciso caminar. Vueltas y más vueltas de una senda bien trazada pero que ganaba altura de una manera áspera y sin concesiones. Mientras los turistas hacían chistes y bromas sobre la aventura en ciernes, sus guías solicitaban silencio y reserva de energías. Poco a poco, todos irían cogiendo el paso regular de los montañeses, apoyándose sobre sus largos bastones de punta de hierro.

Con paciencia, se aproximarían hasta los Boums del Puerto. Un poco antes, pasado el *Culet*, era costumbre detenerse ante unas inscripciones en las piedras que señalaban a quienes perecieron por cuenta de las avalanchas. En el llamado *Trou des Chaudronniers*, se decía que habían muerto diez caldereros que regresaban de trabajar en España. Los contrabandistas y arrieros benasqueses que se cruzaban con ellos en el estrecho sendero, saludaban siempre con voces tan rudas como alegres.

Tras dejar atrás los cinco laguitos y sus legendarias sirenas, la caravana llegaba al Puerto de Benasque. Con frecuencia, los viajeros creían sentir ciertos problemas respiratorios "debido a la sutileza del aire": con toda seguridad, simple fatiga. Por desgracia, aquella jornada del 21 de septiembre de 1904, la

Maladeta se ocultaba detrás de una cortina de brumas espesas que apenas permitía entrever nada. El grupo se refugió chasqueado en Casa Cabellut, donde la señora Malbec destacaría su olor nauseabundo y los carabineros de aspecto poco pulcro.

Mas debían adentrarse en tierras benasquesas. Algún desgarrón de la niebla dejaría ver ciertas porciones de esos ventisqueros que brillaban bajo el fulgor de un sol meridional. La caravana apuntaría hacia el valle del Ésera, que desde las alturas parecía una comarca un tanto triste y desértica.

Como era natural, los guías quisieron llevar a sus clientes ante el Forau de Aiguallut, que ellos llamaban un tanto fraudulentamente *Trou du Toro*. Se suponía que dicho socavón, en lugar de constituir el lugar por el que las aguas del glaciar del Aneto pasaban hasta Arán, era una mitológica mina de oro. Pero, como dicha excavación se hallaba alejada de allí, en los basamentos de la Forcanada, los avispados luchoneses preferían mentir un poquito...

Un poco antes de que cayera la noche sobre los agotados turistas, accederían al prado de la Renclusa. En esta ocasión, la señora Malbec no dudó en calificar el lugar como soberbio. Por su costado occidental, una roca extraplomada protegía un cobijo diminuto, justo al lado de la garganta de Turmo. A eso se reducía el refugio de la Renclusa en 1904. Mas, lo que no tenía de confortable, lo poseía de caro: la desorbitante cifra de cinco francos por persona y noche, que al menos daban derecho a dormir sobre un desvencijado colchón.

La excursión hasta el Aneto

Era corriente que los candidatos al Aneto se pusieran en pie a las cinco de la madrugada. Casi de inmediato, los turistas debían resignarse a cobrar altura entre sucesiones de peñascos y neveros hasta el Portillón Superior de la Maladeta. Desde aquella mella prodigiosa abierta en el granito, el Aneto aparecía al alcance de la mano. Un mero espejismo.

Una vez más, el texto de la señora Malbec advertiría sobre las nuevas dosis de paciencia que eran precisas para avanzar entre las pedreras que defendían el glaciar. Por añadidura, desde los muros de la Maladeta se desprendían de cuando en cuando peñas que caían no demasiado lejos. Tras una sesión gimnástica de primer orden, dejarían atrás las rocas de la morrena. Justo en la orilla de los hielos eternos, era costumbre inmemorial almorzar fuerte.

Se entraba en el glaciar con todo el mundo atado mediante una larga maroma, cuan extraños penitentes. Nuestra protagonista destacaría la presencia de una amplia lista de enemigos a batir: el frío y el calor, la sed y el hambre, la fatiga y el miedo..., sin olvidarse ni del viento ni del sol. Desde la vertical del collado Maldito, sería preciso bordear una sucesión de agrietamientos anchos y profundos. No obstante, todos terminaron por llegar indemnes ante la collada Coronas. Un portillo que no dejó de parecerles un siniestro corredor barrido por las ráfagas violentas del viento meridional.

Ahora sí que tenían la meta próxima. Apenas quedaba superar la cúpula final, designada por los franceses como el *Dôme*. Justo en el extremo de sus

últimas rampas, se abrían los abismos del *Puente de Mahoma*, el obstáculo postrero. La señora Malbec la retrató como una arista extremadamente aguda con un terrible precipicio por el glaciar de Coronas, y algo menos por su costado del glaciar de Aneto.

Por fin hollaban la cota 3.404 metros. Sin embargo, esta caravana no tendría demasiada suerte con el clima: las vistas quedaron muy deslucidas por esas brumas que tomaron al asalto la montaña. Así pues, se deberían contentar con firmar en el *Libro de Cima* e iniciar el largo viaje de regreso.

Porque les aguardaba un pesado recorrido hasta la Renclusa, donde pasarían una segunda noche. En el curso de su tercera jornada de aventuras montaraces, la caravana entraría triunfalmente en la villa de Luchon. A fin de cuentas, no todo el mundo podía permitirse el “respirar ese aire enrarecido y puro de una de las cúspides elevadas de Europa”.

Y, menos todavía, una dama...

2.07. Un pico para Margalida Le Bondidier

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón, 30 de diciembre de 2002

El conocido como pico de Margalida, es uno de los *tresmiles* menos visitados del valle de Benasque, a pesar de sus 3.241 metros de altitud. Acaso su posición, engarzado entre el pico de las Tempestades y el de Russell, tenga algo que ver en su mengua de clientela. Sin embargo, esta montaña sita al sudeste del *Monarca Aneto*, merece cierta atención..., al menos, de quienes estén interesados en conocer a fondo la historia del pirineísmo femenino.

Un mes en una tienda de campaña

Una de las campañas pioneras más apasionantes que mujer alguna emprendiera en estos Montes de Pirene, se desarrolló entre el 19 de julio y el 17 de agosto de 1905. Sus protagonistas serían los esposos Le Bondidier, Louis y Marguerite..., esta última, más conocida por su cariñoso sobrenombre en gascón: *Margalida*. Entre sus planes, entraba la exploración de tres macizos de primer orden –Comolo Forno, Maladeta y Posets–, ascendiendo sus últimos grandes picos vírgenes. Pero, para ejecutar estos proyectos, era necesario utilizar la acampada como medio de progresión, en unos tiempos en los que tal actividad era poco practicada en esta cordillera.

Así, las primeras tiendas de campaña en los Pirineos, deberían buscarse en la que se plantó en 1888 en el Vignemale, junto a las cuevas de Russell, por parte de Bazillac y De Monts..., o en las del vizconde de Lassus en Salarons, en 1901 (donde una torre de piedra todavía recuerda su ubicación). Los Le Bondidier habían considerado los otros métodos al uso, a comienzos del siglo XX, para los vivaqueos de altura: el saco de piel de cordero del conde Russell, la tela impermeabilizada de los hermanos Cadier, o la tienda ligera de los Spont. Al final, se decidirían por portar una gran tienda caqui con capacidad para tres personas, de seis kilos de peso. Necesitaba una veintena de piquetas

y estaba confeccionada en tejido encerado. Además, Louis y Margalida llevaban sus sacos de dormir de piel de cordero..., lo que no les impediría tener que acostarse completamente vestidos, y con unas curiosas orejeras para protegerse del frío nocturno.

Muy activos en tierras catalanas, antes de instalar el campamento junto al ibón de Llosás, el grupo de los Le Bondidier había ascendido el Comolo Forno, la Punta Alta de Comolos Bienes, el pic Abellaners, y los Besiberri Norte y Sur.

La segunda al Margalida

El día 29 de julio de 1905, Louis Le Bondidier y su guía Sansuc, ganaron las cimas del pico de las Tempestades, el pico de Russell..., y cierto *tresmil* entre ambos que, a falta de nombre, el primero decidió bautizar con el de su esposa: el pico de Margalida. El pirineísta ya lo había observado desde el Comolo Forno y el Besiberri con ayuda de su catalejo, y estaba fascinado por él. No les resultó sencillo alcanzarlo, pues fue preciso que tanteasen sus murallas meridionales en busca de una ruta asequible. Al final, la hallaron materializada en una chimenea y una cornisa sobre abismos. Tras superar esta canal, que estaba colmada de unos extraños cristales negros muy deslizantes, Le Bondidier y Sansuc llegaron a lo más alto de una cumbre esbelta y bien diferenciada de una cresta que subía hacia el Aneto; en apariencia, no había recibido todavía al ser humano entre sus visitantes. Al regresar al campamento de Llosás, Louis informaría a su esposa del balance de la jornada: “—¿Qué habéis hecho? —Nada, hemos desperdiciado el día. Los rostros se alargan, pero nuestros ojos desmienten nuestras palabras. —Sí, habéis tenido éxito..., ¿en qué? —El pico de Tempestades, el pico de Russell, y la *primera* del pico que está entre los dos: el pico de Margalida”.

Al día siguiente, Sansuc acompañaría a Margalida Le Bondidier a visitar su cumbre, a la que llegó sin novedad, pues era una excelente trepadora. Su marido, entre tanto, se había encaramado al pico de Ballibierna. De este modo, deseaban hacer realidad un viejo proyecto del conde Russell, quien soñó con poder hablar con sus amigos en el Monte Perdido, estando él en la cima del Cilindro. En este caso, eran dos montañas diferentes: los Le Bondidier, como sistema de conversación, hicieron resonar sus cuernos de caza entre el pico de Margalida y el de Ballibierna...

Margalida, la conservadora:

Margalida Le Bondidier (de soltera, Lieuville), una de las más tempranas pirineístas, enseguida se haría con un impresionante palmarés de grandes cimas; por añadidura, fue la primera fémina que calzó unos esquís en esta cadena. Sin embargo, esta decidida mujer sería más conocida en su calidad de *conservatrice* (directora) del Museo Pirenaico de Lourdes, donde tomó el relevo de su marido en 1945, tras su fallecimiento. Hoy en día, todos pueden admirar buena parte de sus realizaciones; en especial, sus bellos dibujos y las maquetas de casas típicas de los Pirineos que se exhiben en el patio del castillo. Margalida logró aunar un espíritu de acción, con las más altas

cualidades artísticas y culturales. Por lo demás, los dos esposos descansan en una tumba situada en el Touron de la Courade, frente al circo de Gavarnie..., y muy cerca del túmulo de su gran amigo, Franz Schrader.

2.08. Primicia femenina en la Torre de Góriz

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón, 4 de diciembre de 2003

El actual vigor del montañismo femenino, eclipsa aquellos otros tiempos en los que la presencia de la mujer en las cimas no pasaba de anecdótica. Así, rebuscando entre los viejos papeles, llama la atención el descubrimiento de una *primera nacional* bien temprana, firmada por una fémina. Y, mucho más, si el decorado elegido para dicha proeza es el de la vertiginosa Torre de Góriz, o Murrión d'Arrablo (2.792 metros).

Conquista del gran muñón

Como era de esperar, ninguna fémina estuvo presente en la primera ascensión absoluta a esa orgullosa Torre de Góriz, el gigantesco tocón que daba inicio a la *vía de las Escaleras del Monte Perdido*. De un modo totalmente previsible, dicha empresa iría a engrosar el amplísimo palmarés de Henri Brulle, el *padre de la escalada pirenaica*. El 17 de agosto de 1892, este galo llegaba al pie del prodigioso monolito calcáreo, en compañía de su habitual Roger De Monts, y los guías de Gavarnie Hippolyte y Célestin Passet. Precisamente, este último la había estudiado desde hacía tiempo y pensaba haber descubierto su acceso más sencillo: una especie de arista vuelta hacia el Monte Perdido, el único sitio que carecía de extraplomos. Al pie de la ruta, se dejó todo el equipaje (chaquetas y zapatos incluidos), para iniciar la trepada. Brulle, siempre tan parco, nos legaría un relato bien rácano de la escalada: "Sin gran confianza, lo debo decir, el ataque comenzó; la lucha fue ardiente, pero, llevando a Célestin, ¿hasta dónde no llegaríamos? De nuevo, la victoria fue nuestra, aunque bastante disputada y obtenida con trabajo". Y nada más: el cuarteto francés tenía prisa, pues el día aún podía dar para mucho. En sus mentes, rondaba la idea de hacerse con otra *primera*: la de cierto resalte desolado al sur del Soum de Ramond, llamado más tarde Tuca de Ramond o Punta de las Olas (3.022 metros).

Llega la primera hispana

El evidente retraso del Pirineísmo ibérico provocaría que ningún escalador nacional hubiese puesto el pie en el Murrión d'Arrablo hasta el campamento organizado por la Federación Española de Montañismo, con motivo del acondicionamiento del viejo refugio de Góriz. Se sabía de algunas cordadas que habían realizado tentativas infructuosas, que generalmente fracasaban por problemas con el clima.

El 10 de agosto de 1943, un potente grupo catalán, formado por Jaime Reñé, Jorge Panyella y María Antonia Simó, efectuaba un reconocimiento de las

paredes de la gran meseta calcárea. Desde la cara sur, realizarían una tan corta como fulgurante escalada, que les llevó hasta la cima sin grandes problemas, y que fue tildada de “un verdadero paseo para nosotros”. Pero, mejor aún, ceder la pluma a su protagonista femenina, quien rivalizaría en destreza y laconismo con el propio Brulle: “Iniciamos la escalada debidamente encordados, por una cornisa muy inclinada y resbaladiza, que nos conduce a una canal y desde allí a una arista que en poco más de una hora nos llevó a la cima”.

Sin embargo, los verdaderos problemas les aguardaban al descenso: al no poder cavar nada en su repisa somital para montar el rápel, tendrían que pasar la cuerda por una roca salediza. Y, para dar más solidez a tan precario seguro, el último escalador, Reñé, se sentó encima de la peña mientras rapelaban sus compañeros... A pesar de tan aventurada bajada, los tres llegaron felizmente al suelo, donde les esperaba un pastor aragonés, testigo maravillado de las proezas de aquellos locos del mundo vertical.

María Antonia Simó Andreu:

Sin duda, el referente femenino de la escalada hispana. Nació en Barcelona, el 22 de mayo de 1915, arrancando con gran fuerza en las actividades montañeras desde 1940. Así, de su abultado historial, destacan las *primeras absolutas* al SO del Anayet o el espolón NE del Gabizo Cristal..., por no hablar de todas las vías de Montserrat abiertas por su cordada. En cuanto a las *primeras femeninas*, puede decirse que las ha acumulado casi todas. Y, esto, sin desdeñar su intensísima actividad como autora de toda clase de libros de montaña, que prosigue en nuestros días. ¡Bien por María Antonia!

2.09. Couloir de Gaube en femenino

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón, 15 de abril de 2004

Durante largos años, la vía de escalada más prestigiosa de los Pirineos fue el *Couloir de Gaube*, en la cara norte del Vignemale. Ante tan duro teatro, la cuestión de la *primera femenina* de esta tétrica canal de hielo suscitó no pocas ambiciones.

Carrera entre mujeres

El *Couloir de Gaube* fue ascendido en 1889, pero sólo en 1933 se pudo realizar su repetición. Desde entonces, diversos clubes galos se propusieron colocar a una de sus féminas en esta vertiginosa chimenea. La *competición* casi quedó resuelta el 1 de junio de 1941, cuando el recorrido sólo había sido escalado en nueve ocasiones. Un potente equipo llegaba tras haber vencido diversas vías de dificultad en los Alpes: el doctor Azéma, Sylvia d'Albertas y la señora Duclos. Esta cordada tardó ocho horas en subir hasta el célebre Muro de Hielo, que deseaban asaltar directamente. Sin embargo, sus terribles dificultades y el hecho de que las murallas del Piton Carré y de la Pique Longue

estuviesen acorazadas de hielo, provocó su retirada. Al igual que les sucediera a Jean Arlaud en 1927, escaparon por donde habían venido, tras seis horas de descenso espantoso.

El triunfo de una dama llegaría de la mano de la señora France Lozes, de Pau, el 15 de julio de 1945. Le acompañaron dos expertos del calibre de Marcel Jolly y Émile Duprat, un poco antes de afrontar, asimismo, la cara norte de la Pique Longue.

Respuesta hispana

Poco después, llegaba la réplica española, gracias a Joaquina Baruta: el 25 de julio de 1947, formando cordada con su marido, Jorge Ferrera, y con su compañero Molina. No fue una ascensión normal, pues hallaron el corredor en un estado pésimo..., y un miembro del grupo sufriría una peligrosa crisis depresiva. Ferrera escribió largo y tendido sobre "la vencida voluntad de un hombre joven, que amargaba su existencia, ¡oh, increíble!, con una latente idea de suicidio a la vez que con ella amenazaba la de mi compañera y la mía propia". Y, para colmo, la víspera del ataque, en el refugio de Baysellance, su proyecto fue acogido de forma "un poco despectiva" por la mayoría de los galos presentes: los hispanos no habían vuelto a visitar esta vía desde 1935. Así, el suspicaz guarda dio parte al Club Alpin Français, por si era necesaria una operación de rescate.

La escalada del lóbrego *Couloir de Gaube* se presentó con toda clase de problemas, agravados por el mal aspecto de la rimaya inicial, que les vetaba las posibilidades de huida por abajo. Además, el hielo del corredor mostraba un color verde que advertía de lo quebradizo que era... No es extraño que la moral comenzara a tambalearse al atacar una zona en la que el hielo se veía interrumpido: "Lo que no está convenido es que Molina, algo fatigado, atormente a Joaquina con insinuaciones morbosas, de una posible caída en conjunto, que yo creo no está muy lejos de sus cálculos. Molina no me asegura, tanto le da, y solamente lo hace Joaquina, situada en equilibrio sobre una insignificante capa de hielo sin adherir a la roca. En estas condiciones y haciendo serias advertencias a Molina, me despojo de los crampones".

El vivac más duro

El *Couloir de Gaube* no haría concesiones a la cordada Ferrera-Baruta-Molina. De vuelta al hielo, deberían soportar una auténtica lluvia de piedras. Pero ya la noche les había tomado, por lo que se vieron forzados a buscar una plataforma donde vivaquear: asegurados a la roca con unos pitones, apretados y con espacio apenas para sentarse. Tan crítica resultó su situación, que sólo Ferrera acertaría a quitarse los crampones; Molina se los aflojó un poco y Baruta, más conformada, resistió con ellos toda la noche a pesar de lo mucho que apretaban las correas. A la mañana siguiente, prosiguieron su terrible aventura, sobrepasando el Bloque Empotrado. No obstante, a pesar de que, a la altura de la Cascada de Hielo, una gran roca casi arrastra a Joaquina, la valiente barcelonesa conseguiría terminar sin problemas la *primera nacional femenina* a la vía más exigente de la escalada pirenaica del momento.

¿El colofón de esta historia?: el empecinamiento en la vertiente sur pirenaica por adjudicarle a Joaquina Baruta la *femenina absoluta* de esta vía...

III. ALGUNAS VIVENCIAS DE NUESTRAS MÁS MONTARACES:

3.01. La ascensión al Aneto del Centenario

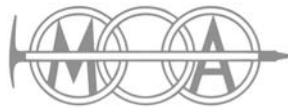
María de Valenzuela, viuda de Gómez Laguna

Boletín de Montañeros de Aragón, 52, enero-febrero-marzo de 1998

En el año 1942, nos comprometimos en Zaragoza, Fernando Almarza, Luis Gómez Laguna –que sólo era amigo mío, nada más– y yo, a subir a la cima del Aneto, pues entonces se celebraba el Centenario de su conquista. Fuimos en representación de Montañeros de Aragón; de nuestra región no subiría nadie más... Tenía entonces veintidós años y, en teoría, iba a ir acompañada de una prima de Luis, María Cruz Español, que vivía en Anciles. Pero fuimos a buscarla y su madre no le dejó: dijo que no, que de ninguna manera subía con nosotros. Yo me había hecho de Montañeros de Aragón para ir al Aneto; antes, las mujeres solas no podíamos salir a ningún lado. A mí, mi madre me dejó porque iba a ir con esta amiga mía... que si llega a saber que voy sola, me dice que ni hablar. Por otra parte, a Fernando ya lo conocía de Zaragoza, y era yo muy amiga de la hermana pequeña de Luis. Por fortuna, antes de esto, ya había andado mucho en las Vascongadas, aunque aquello sólo eran montes, no alta montaña.

Llegamos a la Renclusa con un tiempo malísimo, ya de noche. Por parte española, habían llegado unos montañeros del club Peñalara de Madrid; y franceses, muchos. Amaneció peor el día 20, a las cinco de la mañana, y los del Peñalara decidieron que no subían. Con ellos iba Maruchi Fresno... que los jóvenes no os acordaréis de quién era: una actriz de teatro y, sobre todo, de cine, famosa entonces. Refiriéndose a ella, los madrileños comentaban que “habían subido con un piano, ¿y vosotros?”; pero Luis no decía nada de mí. Como el día era tan malo y parecía que iba a caer una tormenta, nos preguntaron si ascenderíamos nosotros, por lo que ante nuestra afirmación, añadieron: “¿Y subís a la chica?” (la chica era yo). Luis les respondió: “¡Pues claro que sube la chica!”. Por parte de los franceses –con quienes habían venido también otras mujeres–, estaban más decididos, pues como los primeros habían subido al Aneto el 20 de julio de 1842, dijeron que tenía que conmemorarse ese mismo día. Esto animaría más todavía a Luis y Fernando, que comentaron que “si subía un francés, un montañero aragonés no podía quedar sin hacerlo”. Yo no discutía nada: a mí me parecía todo muy bien. Lo mío no era valentía, sino inconsciencia, pues no tenía entonces idea de nada de lo que era la alta montaña.

Aunque amaneció nevando, luego se arregló el día, y al final hizo muy bueno. Nosotros tres fuimos todo el glaciar por delante de los franceses; yo había practicado mucha bicicleta en mi juventud (sobre todo con mi hermana,



que luego se hizo monja) y pedalear hasta cincuenta kilómetros diarios me había hecho las piernas fuertes. Pero en el collado de Coronas se veía la subida al Aneto muy helada, así que nos detuvimos para dejar que pasaran delante y tallaran los franceses, diciéndoles que si hace cien años ellos habían sido los conquistadores, ahora tenía que subir delante otro francés. Fue una astucia para ahorrarnos el esfuerzo, pero los franceses nos quedaron agradecidísimos... El Puente de Mahoma, fue precioso: me encantó. Lo pasamos muy bien, y es que a mí me cuidaban los dos caballeros que llevaba conmigo. Yo no recuerdo que lo cruzáramos encordados, que quizás era peor si no tenías costumbre con las cuerdas. Llegamos a la cima rodeados de franceses. Entonces el Aneto era otra cosa, ya que no se subía tanto como ahora; pero yo confiaba en mis compañeros, así que nunca tuve el menor miedo. En la cima del Aneto, hubo discursos y actos. Y las vistas, una maravilla con toda la nieve que había entonces. Ese mismo día, ya de vuelta, subimos también el pico Coronas, el del Medio y la Maladeta, durmiendo en la Renclusa. ¡Vaya un programa de actos, para empezar!

Los madrileños subirían al día siguiente, que hizo mejor tiempo. Maruchi Fresno creo que también llegó al Aneto, y además muy mal calzada. Bueno: mal calzadas íbamos todas. Yo me había comprado unas botas con suelas de clavos que eran malísimas, porque en la roca te resbalabas constantemente; en el hielo iban mejor. Y luego..., ¡olían, una cosa era horrorosa!, porque aquellas botas eran de un cuero muy mal curtido, y más aún a poco que se mojaban. Yo tenía también un piolet pequeño que me había dado Fernando Almarza; crampones, no se llevaban mucho entonces, que con las botas de clavos se iba muy bien por el hielo. Tampoco llevábamos cremas para la cara, no teníamos nada de nada; a mí se me hizo la piel jirones. Eso sí, cargaba una mochilita pequeña con mis cosas y nada más. Comíamos bocadillos –Luis se llevaba siempre unas almendras– y latas, como siempre; ahora se es un poco más sibarita, pero entonces no. Ah, y el café, que a mí me encantaba, lo hacíamos cuando encontrábamos un poquito de leña, con leche condensada a veces. Me acuerdo que, unos años después, en el Balaitús, nos encontramos con un francés y su guía –yo iba con mis hijos–, e intercambiamos lo que teníamos de comida: lo nuestro era lomo embuchado y tinto..., y ellos nos dieron a cambio un té en una cantimplora de goma que estaba malísimo.

Bajando del Aneto, tuvimos en la Renclusa una cena de confraternización con los franceses y los del Peñalara, para festejar el Centenario de su conquista; recuerdo que entonamos canciones francesas como “Montagnes des Pyrénées”, una muy famosa de nuestros tiempos, que conozco desde niña. Luego, estos amigos franceses cuántas veces me han saludado después, recordando el centenario del Aneto: Sallenave, Santé... Todos se acuerdan – los que aún viven– de que subimos con ellos.

Al día siguiente, Fernando, Luis y yo nos fuimos al pico de Alba. Subiendo esta montaña, nos encontramos un nevero muy inclinado... Entonces, uno de mis compañeros pasó delante, el otro detrás, me sujetaron con la cuerda, y dijeron: “Bueno, ahora pasa”. Y, como yo era una infeliz que no tenía ni miedo ni la sensación de peligro, pasé..., pero me resbalé.

Fernando se despistó un momento y tuvo que sujetarme Luis, pero sólo por un lado, lastimándose la mano al pararme. La cuerda era una de ésas fuertes de cáñamo (pesaba lo suyo y, al estar mojada, más) y se hizo polvo la mano; luego yo tuve que curársela. La excursión siguió por las crestas de Alba, los Ibones del Toro y el collado Alfredo; quisimos seguir, al otro día, al Pico de Mulleres y a la Forcanada –llevábamos precisamente la cuerda para esta última–, pero vimos una tormenta que se venía. A Fernando y a Luis les dio miedo por mí y dijeron de dejar la ascensión, porque nos podía caer una...

Y a mí, después de aquella excursión, me entusiasmó el Pirineo. Aunque bajé deshecha, porque mis piernas iban hinchadas como botos (estuvimos cinco días sin parar) y la cara hecha polvo: la piel estaba negra y me salía debajo de color rosa. A la vuelta, tuve que estar varios días en la cama con las piernas en alto –se me habían puesto rarísimas– hasta que se me deshincharon. Antes de casarme, seguí haciendo excursiones y, después, ya sin parar toda la vida. Me casé con Luis en mayo de 1943: nos pusimos en relaciones a finales de aquel verano. Yo dije siempre, en broma, que me había llevado a esa excursión para ver si aguantaba y cómo era en montaña... que, si no, no se casa conmigo. Pero, como aguanté muy bien, pues se dijo: “Ésta me conviene”. A pesar de que hemos tenido diez hijos, siempre esperábamos el momento que yo dejaba de criar o de esperar, para subir a los picos. Y hemos subido muchísimos. De la parte de Panticosa, los hemos hecho todos: la Facha, el Infierno, las Argualas... Luego, con mis hijos y nietos, pues desde los diez años ya han empezado a hacer tresmiles. Esto lo festejamos el día que hacen el primero: en la cima, el más veterano les pone el piolet en los hombros y les hace Caballeros de la Montaña; abajo, lo celebramos con una cena. Pero es que mis hijos, antes de nacer, ya habían sido montañeros, pues aunque los estuviera esperando, mientras yo podía, subía (picos no, pero excursiones, todas). Nacieron ya montañeros.

Nota: No hemos podido resistirnos insertar, tras este artículo, unas líneas de Fernando Almarza –participante en la ascensión al Aneto de 1942– comentando el papel de la integrante femenina: “No me hizo gracia, la verdad, la compañía de una fémica, de la que no sabía cómo andaba, y menos aún si tendría alguna alergia al vacío o si se sabría manejar en la nieve. Confié en que, cuando Luis la llevaba, su compañía seguro que no causaría ningún estorbo. Y esta confianza se confirmó en cuanto empezamos a andar, ya que demostró tener unas piernas, un corazón y un valor, que para ellos quisieran muchos de los machos que van por la montaña alardeando de ello”.

3.02. El pico de la Bandera

María de Valenzuela, viuda de Gómez Laguna

Boletín de Montañeros de Aragón, 60, enero-febrero-marzo del 2000

Durante muchos años, pasamos los veranos en el Balneario de Panticosa, en la Villa llamada Carlota, una antigua central muy destartada, pero capaz

de albergar a nuestra numerosa familia. Era tradición que el día de la Virgen del Carmen, ondease una bandera blanca en lo alto del pico de Algas, que se veía desde el Balneario, que por ese mismo motivo se llamaba también Pico de la Bandera. Y así, la Directiva nos daba un palo enorme (que yo no sé la de metros que tenía, además de gordo, claro, porque tenía que aguantar el viento), una sábana vieja y unos clavos, para que los subiésemos. Esto lo hacíamos la familia Gómez de Valenzuela, además de toda la gente montañera que quería venir con nosotros. Mi hijo Pedro, que estaba fortísimo, llevaba el palo sobre el hombro, y nosotros todo lo demás. Entonces había mucha más nieve en la montaña, aunque fuese julio. Me acuerdo de una anécdota en la cresta de las Argualas, que es bastante aérea: iba Pedro delante con el palo en ristre, y se volvía a ver si íbamos bien... Yo le tuve que decir: "¡Pedro, por favor, no te vuelvas que nos vas a barrer a todos de la cresta con el palo!". Vaya horror, porque era un palo enorme... En la cumbre plantábamos el palo, y clavábamos la bandera blanca. La verdad es que no subía mucha gente, además de que nosotros teníamos mucho cuidado de a quién llevábamos a la montaña, y más a ese Pico, pues a aquella excursión teníamos que llegar arriba por obligación, ya que debíamos colocar la bandera. Recuerdo que el párroco de Panticosa, mosén Miguel, vino un día a casa la víspera de la ascensión para ver si podíamos subir a otro cura que tenía gran ilusión por ir con la bandera... Le preguntamos: "¿Pero usted ha subido alguna vez a la montaña? ¿Tiene piolet? ¿Y botas?". Y él nos decía: "No, no, no, no tengo nada...". Le tuvimos que responder: "Pues mire usted, lo sentimos mucho, pero es una excursión que tenemos que hacer por fuerza, y no podemos dejar a nadie por el camino". No fue posible llevarlo con nosotros.

Este rito, durante mucho tiempo, lo hicimos siempre todos los veranos. Era prácticamente lo primero que hacíamos desde el Balneario de Panticosa. Aunque la primera excursión era al ibón de las Ranas o al pico de Tebarray, y que era como una prueba, para hacer piernas. Y, al día siguiente a veces, subíamos al pico de la Bandera, porque íbamos a primeros de julio y no nos daba mucho más tiempo para entrenarnos. Luego, muy a menudo, me iba desde el Balneario con todos los chicos que podían subir a la montaña, pues mi marido, Luis Gómez Laguna, ya era Alcalde de Zaragoza, y el pobre casi no tenía tiempo para hacer excursiones con nosotros. Ahora pienso en ello y me horrorizo, pues igual salía con quince críos yo sola: mis hijos y sus amigos, a los Pondiellos, a los Azules y a sitios así. Por cierto, que en cierta ocasión subimos al pico del Infierno con Luis y con dos de sus Tenientes de Alcalde del Ayuntamiento de Zaragoza... Pero el Pico de la Bandera fue una costumbre preciosa que, hasta que mis hijos se hicieron mayores, hicimos todos los veranos, siempre. Antes de nosotros, se habían encargado los Ríos Aragüés, los Borobio y los Higuera, que eran también muy montañeros y tenían muchos chicos, pero que estaban ya trabajando. Nosotros les tomamos el relevo en esta tradición, que de todas formas no era muy antigua. Y, además, era cosa de los veraneantes, en aquellos veranos tan largos que había entonces... porque a la gente de los pueblos le daba horror subir a los picos; no subían, no les gustaba nada. Nos decían: "¡Hala, ya se suben otra vez éstos! ¡Siempre

están en los picos! ¿Pero a qué subís?”. No entendían que nos gustase tanto la montaña. Ellos, si tenían que subir, era hasta donde estaban las vacas; para eso estaban fortísimos..., pero hacer un pico, no les atraía nada.

Ahora, en el Balneario de Panticosa, se sigue celebrando el día de Nuestra Señora del Carmen, el 16 de julio, pero no veo bandera... Aunque las sábanas blancas duraban muy poco, porque enseguida se hacían jirones con el viento que suele soplar en esas alturas. Pronto, sólo quedaban los palos..., y con sus restos, hemos hecho leña muchas veces en las Argualas. Si, además, hacía buen tiempo, tomábamos café y pasábamos un buen rato contemplando el Balneario y las cumbres que nos rodeaban...

Otra costumbre que perdura entre nosotros es que, cuando algún novato hace su primer *tresmil*, la mayoría chicos de diez o doce años, en la cumbre, el más veterano de los montañeros que lo acompañan, pone el piolet sobre la cabeza del neófito, que está con una rodilla doblada, y es nombrado *Caballero de la Montaña*. A los chicos les hace mucha ilusión. Por la noche, organizamos una cena y brindamos por los nuevos *Caballeros de la Montaña*. Así aprenden a querer a la naturaleza y a nuestras cumbres.

3.03. Aneto, 1954

María de los Ángeles Acero Crespo

Archivo de Montañeros de Aragón, 2010

Es agosto de 1954 y una pequeña caravana compuesta por dos personas jóvenes y una de edad indefinida que conduce un mulo de montaña cargado con mochilas y otros paquetes, circulan por la senda que conduce a la Renclusa. Dicha pareja ha salido de Benasque a donde llegaron tras un largo viaje desde la ciudad de Zaragoza, largo y pesado, se han cambiado de autobús en Huesca, Barbastro y Graus llegando a Benasque casi anocheciendo. Alojados en la fonda Abadías Sayo y comentando que no encontraban un mulero que quisiera llevar su pesado equipaje, les dicen que no se preocupen, por la mañana después de desayunar habría uno esperándoles.

El día resulta caluroso en las últimas rampas que les lleva a la Renclusa, pero el pensamiento de cómo hubiera sido con las mochilas a la espalda alivia el cansancio y al fin en una pradera no lejos del refugio allí existente y junto a otra tienda de otros montañeros de *Peña Guara* plantan la suya. El preparar la comida y organizar todos sus enseres así como dar un recorrido por el entorno y visitar el refugio del CEC les deja el tiempo necesario para entablar conversación con sus vecinos de acampada que resultaron ser los escaladores que pusieron las clavijas de la Canal de la Palomera en Vadiello. Se cuentan sus andanzas: que si hemos hecho el Firé con sus cinco puntas, estamos intentando el Huevo de San Cosme... ¿Y mañana, qué? Pues al Aneto, nosotros también. Llega la hora de encender los mal olientes *Petromax* y todos se refugian en sus tiendas para cenar y dormir pronto. La jornada del día 15 se espera que sea larga pues no saben que dificultades van a encontrar puesto que ninguno ha subido a esta cima.

Con las primeras luces del día, que auguran buen tiempo, se aceleran los preparativos para empezar su marcha y una vez tomado el refrigerio matutino abandonan el campamento, primero los muchachos de *Peña Guara* y un poco más sosegados el joven matrimonio de Zaragoza. Naturalmente empiezan subiendo por largas pendientes de hierba y rocas, pendientes que no terminaran hasta alcanzar la cota 3.404 metros. Con facilidad alcanzan el primer Portillón que da paso al glaciar del Aneto, se nota que tienen costumbre de caminar por lugares abruptos. Empiezan a dar vista al glaciar y cuando pisan la nieve endurecida que anuncia el peligroso hielo bajo sus pies se ponen, atándolos a las botas con largas correas de cuero, lo que llaman crampones, que según en conversaciones anteriores han sido confeccionados por un amigo del matrimonio llamado José Luis Álava. El matrimonio, que responde como Angelines y Ricardo, proceden también a atarse con una cuerda de escalada que mide treinta metros tras lo cual reemprenden la marcha por el glaciar, siguiendo las huellas de los que les preceden, en un ascenso continuado hacia el collado del Coronas.

El día es esplendido y caminan con buen ritmo y sin acusar cansancio, pero Ricardo se para preocupado, pues las huellas que siguen parecen marchar por lo que puede ser una grieta del hielo tapada por alguna de las últimas nevadas. Por temor a que si fuese así pudiera ceder esa capa se sale de esa zona y caminando por zona más dura y segura sigue la ascensión llegando al collado del Coronas. Esto requiere un descanso, sentados en unas rocas que sobresalen de la nieve y mientras consumen alguna fruta y diversos frutos secos que sacan de la mochila, contemplan, no sin preocupación, la fuerte pendiente de nieve helada que deberán afrontar para alcanzar la ante cima del Aneto, esto es, el Paso de Mahoma. A Ricardo le preocupa más la pendiente del glaciar que la cresta granítica que llega hasta la cima, debido que en roca tiene más experiencia pues ha escalado en los Mallos de Riglos siendo con sus compañeros de cordada de los primeros en alcanzar algunas de las principales cimas de este conglomerado en los años 47 y 48.

Nuevamente en actividad se les ve acometiendo la fase más inclinada del glaciar, Él marcando bien la huella y tallando con el piolet escalones donde el hielo resulta más peligroso, Ella siguiéndole, cuando con el piolet bien clavado en el hielo la asegura tensando la cuerda que los une. Angelines no muestra sensación de cansancio ni aparentemente de temor, la confianza es absoluta.

Están en el principio del Paso esperando turno para pasar –es una de las Leyes no escrita que se respetaba– había un grupo de montañeros que estaban cruzando sin mucha confianza demostrando falta de experiencia, progresando lentamente, casi arrastrándose, al fin rebasaron la cruz de hierro y llegaron a la cima.

Ricardo le da instrucciones a su pareja: “Voy a pasar hasta la cruz, cuando me sienta y tense la cuerda me sigues”. Dicho esto se pone de pie en la primera de las grandes piedras y pasando de una a otra llega a su objetivo, se sienta y recoge cuerda. Angelines no titubea, sube a la cresta y casi pisando en los mismos puntos llega a la cruz. Los de Huesca y el otro grupo de

montañeros, que estaban observando, le dan una gran ovación. Estaban en el punto más alto del Pirineo: el Aneto.

Después de solazarse contemplando el grandioso espectáculo y obtener la fotografía testimonial pasan a otra actividad más prosaica: alimentar el cuerpo. Ha llegado la hora del retorno y con las mismas precauciones y maniobras de la ascensión vuelven al collado de Coronas donde la progresión por el glaciar es más cómoda y rápida hasta llegar al campamento ligeramente cansados pero altamente satisfechos.

Para celebrar este logro, después de la cena, Angelines invita los vecinos de acampada a tomar café y un postre muy energético: una lata de melocotón en almíbar con media botella de vino puesto todo esto a calentar en el *Primus*. A pesar de la temperatura exterior, en el interior de la tienda del matrimonio, que por ser la más grande sirve para acoger a los cuatro invitados, reina una agradable atmósfera y la conversación no cesa, también se escucha alguna canción montañera.

Reina el silencio en el campamento, la noche iluminada con millones de estrellas es contemplada por dos cabezas que se asoman por la puerta de la tienda de campaña grande y recuerdan aquella canción de campamentos que decía: "A cada estrella un nombre ella quería"...

Nuevamente Angelines y Ricardo caminan por Basurta siguiendo un plan trazado que les llevara al valle de Ordesa, esta vez van más despacio, llevan sus mochilas súper cargadas a las espaldas, el presupuesto no contemplaba la ayuda de un mulo y el arriero. Una vez en Benasque empieza el calvario de los autobuses para llegar a Torla pero esto, como diría el clásico, ya es otra historia que tal vez pueda contarse.

3.04. Mis recuerdos de escalada

María Pilar Sáenz

Boletín de Montañeros de Aragón, 52, enero-febrero-marzo de 1998

Cuando, en el año 1957, me hice de Montañeros de Aragón, la vida en general era diferente; no era ni mejor ni peor, diferente. Los montañeros éramos gente algo loca a los que no había que hacer demasiado caso, *batalleros* incorregibles que, a poca confianza que nos dieran, contábamos la Guerra de los Cien Años como protagonistas... la verdad, creo que en esto seguimos igual.

Las mujeres llevábamos pantalones, lo cual no era un síntoma nada bueno; si eran bávaros, ya era de confesor. Tanto es así, que en Misa de Infantes nos han sacado más de tres veces del Pilar por llevarlos, por lo que optábamos por ir con falda y llevar los pantalones subidos; luego, en el *canfranero*, nos quitábamos la falda y ¡hala, a pecar con pantalón! Ir y volver a Riglos costaba entonces cuarenta y una pesetas, por lo que sólo una vez al mes me podía permitir el lujo de ir. El resto de los domingos, iba a las esclusas del Canal a hacer rápel, a Valdegurriana o a Valmadrid en el tren de Utrillas... luego volvíamos andando, por lo que empleábamos todo el día.

Mi primer contacto con la escalada, en el mismo 1957, fue, como era de precepto, en Riglos. Con Bescós y Pepe Díaz (más tarde, mi marido), hicimos la travesía de las cuatro Puntas del Firé. Me gustó tanto, que hice el resto de los Mallos repetidas veces. Para el buen funcionamiento en la roca, una vez al año hacía un curso de escalada, con profesores tan buenos como Montaner, Bescós, Rabadá, Nanín y también Pepe Díaz. Salí una buena alumna, y pronto me atreví con la escalada en alta montaña, haciendo vías como la primera de la invernal a la Cara Sur del Aspe junto a Pepe. Luego vendrían el Anayet por la Cara Norte y tres o cuatro veces más por distintas vías. A las Agujas de Ansabère, Vignemale, Midi d'Ossau, punta de Aragón, punta Zarra, pico Escarra, Argualas, Néouvielle, etcétera, también he subido varias veces; en los Alpes, he estado en el Cervino... Y no quiero enumerar más, ante el riesgo de que penséis que es un farol, pero es que me han pedido que escriba sobre la escalada que hacíamos las mujeres en los años cincuenta. Creo que yo hice bastante y por vías muy interesantes, generalmente huyendo de las normales, porque con tan buenos compañeros, me permitía el lujo de campar por mi respeto por donde me llevaban.

No creo que las mujeres escaladoras les diésemos muchos problemas: en general, andábamos bien. Pepe se quejaba de que no nos preocupaba lo más mínimo la vertical y de que cuando una chica decía "no puedo más", era literal: estaba al borde del colapso. A pesar de los cursos de escalada, que como ya he dicho, hice, no tenía ni la menor idea de dobles cuerdas, Dülfer, estribos, tacos, clavar... estas cosas corrían a cargo de ellos. Así, nos colocaban el rápel y ya está: primero te daba un poco de canguelo tirarte al vacío, pero el siguiente te lo pedía el cuerpo.

Los viajes en tren eran tan divertidos que hacía duelo casi llegar al destino. Claro que, si ibas a Canfranc, lo pasabas muy bien mucho rato: en alguna ocasión llegaba tan tarde el tren, que no podías salir de la estación porque ya tenías que regresar. La suerte era tener un amigo con coche, rara especie... En mi caso, éste era Eduardo Blanchard, que amablemente me esperaba con Pepe Díaz al salir del trabajo y ¡ea, a correr aventuras por el Pirineo! Luego, el grupo de escaladores se compró un Chevrolet, de apellido el Súper, del que muchos de vosotros tendréis conocimiento o referencias. Eso fue una liberación, porque aunque era de dos plazas, para que el viaje saliese a cuenta íbamos seis. Pero el Súper era como el canfranero: nunca sabías si llegarías, pues cuando no se le fundía una biela, se le partía el palier... Eso sí, junto con sus propietarios, ese coche era lo más famoso del Pirineo francoespañol.

Para finalizar, he de añadir que, ya siendo novia de Pepe Díaz, intenté hacerme del Grupo de Alta Montaña. Aprovechando un día que se fue de despedida de soltero a Canfranc, me fui con Ursi Abajo a la Aguja Roja, donde me dejó hacer de primera: ya tenía todos los requisitos exigidos. Pero, cuando regresó Pepe de su juerga, y con su proverbial mano izquierda, dijo: "Ni hablar, todas las mujeres que hacen eso son unos marimachos". Y, claro..., el GAM o yo...

Bueno, no sé si he escrito lo que me pedían: la mujer y la escalada... Otro día os contaré más cosas. ¡Como coja confianza, estáis perdidos!

3.05. Encuentro a medianoche

Esther Palacios

Anuario de Montañeros de Aragón 1995-1996, 9, 1996

No sé quién tuvo esa idea luminosa, pero a la mayoría nos pareció descabellada. Miranos. Somos una pandilla de novatos armados de un montón de instrumentos que apenas sabemos utilizar. Acabamos de plantar el campamento al pie de Telera, una montaña bordada de corredores. El sol ha desaparecido con una danza exquisita, tiñendo las nubes de un sabor rojizo muy agradable. Cuando el frío se hace más fuerte que el placer de contemplar el reflejo de esa huida, vamos formando corro en el refugio. Entonces comienzan los chistes y las bromas y tratamos de vencer el frío; y algunos también la timidez que causa estar entre desconocidos. Es ahí donde surge la idea de emprender la marcha a medianoche. Se discute si las doce o las dos de la madrugada. Miranos. Rebosamos de ganas de empuñar los piolets y atacar esas lenguas heladas, pero a casi todos se nos ha atragantado el papeo. Sin embargo, creo que nunca estaremos bastante agradecidos de habernos dejado embarcar en una *locura* semejante.

Estamos en un cursillo de alta montaña: el que organiza el Club cada año para principios de marzo. Formamos un equipo de unos quince cursillistas y más de media docena de *profes*. Hemos pasado las últimas semanas pendientes del tiempo y del estado de la nieve, pues esta salida –que es la última– la hemos tenido que aplazar varias veces. Y siempre por lo mismo: “En la montaña hay que ser muy prudentes”. Creo que esto lo hemos aprendido todos muy bien. Antes nos llevaron a las cascadas del Túnel de Bielsa a hundir los crampones en la nieve y dar los primeros *pioletazos*. También tuvimos una intensa jornada de técnicas y consejos. Y durante varios miércoles nos dieron charlas y proyectaron diapositivas.

Hemos descansado tres o cuatro horas y, mientras tanto, la luna ha tenido tiempo de vestirse de señora. Deciden dividirnos en dos grupos unos atacan la *Y*, y otros vamos a la *Diagonal*. La luna está tremenda. Se divierte pintando sombras en la nieve..., pero el hielo resiste firme al cosquilleo. Cuando llegamos al pie del corredor es todavía de noche. “Aquí empieza lo bueno” –nos dicen–. Y tenían razón. Formamos cordadas de dos o de tres, respetando el protocolo de ceder a los maestros el privilegio de encabezarlas.

Nosotros, que ahí sí que no nos la dan, aceptamos la cómoda del *chorizo*, con la cuerdecita siempre por delante (¡alguna habría de tener ser principiante!). Miranos. Son las cuatro de la mañana y estamos callados como muertos. Pero nadie tiene miedo. Ni un suspiro de pánico. Nada. Ni siquiera tenemos sueño. La emoción cosquillea en alguna parte, burbujea, nos arrastra hacia el reino de los enanos que son capaces de disfrutar hasta con una piedra. Y lo pasamos el con el hielo, con esas cascadas esculpidas por un frío experto.

Así vamos trepando poquito a poco, cada más cerca de la cima. En cada reunión nos asombramos un poco menos de que el invento aguante. Sin llegar a darnos cuenta, el silencio de la noche nos abandona. Ya estamos saliendo del corredor y hay vista preciosa. Entonces palabras fluyen mejor. También las risas. Y en seguida escuchamos el canto inmaculado del deshielo. Estar en la cumbre es una maravilla. Sin embargo, desde mi punto de vista, no hay como sentirse parte de esa víbora zigzagueante que no descansa hasta alcanzar su presa.

3.06. Marruecos

Ana Maté

Anuario de Montañeros de Aragón 1996-1997, 10, 1997.

Noto cómo aquellas impresiones tan reales que Marruecos grabó en mí, ya no son tan vivas. Me doy cuenta de cómo, ahora, mis recuerdos se reconstruyen más sobre unos cimientos constituidos por unas pocas fotos que sobre la propia sensación guardada de la experiencia vivida. Es una pena que muchos recuerdos reales se diluyan, incluso lleguen a desaparecer, en pro de unas fotos que, no siempre, reflejan con lealtad la realidad. Pero es así.

En cualquier caso, me acuerdo perfectamente de una ciudad situada ya muy al sur del país: Er-Rachidia. Me acuerdo porque era una ciudad completamente roja y blanca. Rojos los muros de adobe, blancas las almenas que decoraban y remataban estos sencillos muros. Una ciudad relativamente grande y de una sorprendente homogeneidad arquitectónica.

Aquí conocimos a Mohamed; él nos llevó a casa de un comerciante amigo suyo. Ante el interés que despertaron en nosotros algunos artículos, empezó a funcionar la tetera. Al calor de los negocios, acudieron los vecinos, los amigos... Allí todo el mundo tenía algo que decir. Tras las compras, los trueques, una práctica muy habitual en Marruecos. La verdad es que se creó un ambiente magnífico. Y, con nuestras nuevas mercancías, abandonamos Er-Rachidia camino del desierto. El desierto...

Montones y montones de fina arena. Arena seca y ligera que la brisa zarandeaba de aquí para allá, modificando incesantemente un paisaje que, a primera vista, parecía monótono, repetitivo y muerto.

Ante la visión del desierto, creo que nadie puede permanecer impasible. Bien te aburre infinitamente, bien te hechiza. A mí me cautivó por completo. Era estar frente a la inmensidad. Un mar de arena a nuestros pies, el cielo llenando el resto del espacio.

Por la noche, la luna proporcionaba, con su luz plateada, el fondo perfecto donde dibujar el sinuoso perfil de las dunas. La brisa arreció, era viento. La arena se enfriaba rápidamente. Con las primeras luces del amanecer, surgieron los colores. El cielo se tornó de un color añil increíblemente homogéneo. La arena se mostró, inicialmente, naranja, y fue evolucionando hacia un tono más tostado. Con el sol, volvió el calor.

Fue un espectáculo alucinante de contrastes: el viento nocturno y la ligera brisa; el frío intenso y el calor; el silencio absoluto y los ruidillos del ajeteo diario; la noche y el día. Y yo como testigo, soñando despierta y viviendo un sueño. Pero también tuvimos que abandonar el desierto. Al fin y al cabo, nuestro objetivo eran las Gargantas del Todra.

Todo esto y un poco de emoción en determinadas ocasiones, fue más que suficiente para disfrutar de la escalada, este gratificante deporte, excusa ideal para acometer los mil y un viajes.

Ante la visión del desierto, creo que nadie puede permanecer impasible: bien te aburre infinitamente, bien te hechiza.

Poco antes de llegar, se pasa por Tinerhir. Un pueblo construido, al menos su parte más antigua, en un barranco, agarrándose a las empinadas laderas modeladas por el río Todra. Toda esta zona es llamativamente roja. Las casas, también rojas, se funden en el paisaje armoniosamente. Sin duda, es un lugar extraordinario.

A pesar de todo, al adentrarse en las Gargantas, uno aún tiene capacidad para continuar admirándose. Siguiendo la pista, uno se topa de frente con el *Pilier du Couchant*, un gendarme imponente camuflado por las tapias próximas a él. Estas paredes alcanzan los 300 metros y se encuentran surcadas por numerosas vías, todas ellas largas, semi equipadas y con un exótico ambiente.

Subimos la Clásica al Pilier (6a, 300 metros) Aunque descentrados por todas las novedades vividas, pudimos disfrutar de la escalada de fisuras y chimeneas y, sobre todo, de la buena adherencia de la roca. Fue la única vía larga que hicimos; lo demás, bordillos en diferentes sectores: Manssur, Pared de los Holandeses y Petit Gorge. Contábamos con las reseñas de un artículo de Desnivel pero, en la práctica, sólo nos sirvieron a nivel orientativo. Nosotros nos apañamos con la información que nos proporcionaron otros españoles que ya llevaban allí unos días.

La pista existente se sumerge en las profundidades de la montañosa región, recorriendo todo el desfiladero. En un ensanche del mismo, bajo un paredón que los cobija, se encuentran un par de hoteles; suficiente para albergar a cuantos se mueven por el Todra. Recorrer la pista hasta el sector Petit Gorge, resulta un agradable paseo; más sabiendo que allí te esperan unas cuantas buenas vías. Pero escalar en Todra no es sólo escalar, sino también mirar lo que ocurre a tu alrededor: gente que pasa, la que se para, la que te saluda. Es un entorno que se te va apoderando. Marruecos se filtra hacia tu interior y, a la vez, te envuelve. Tranquilamente, te dejas llevar. Armonía y equilibrio se proyectan hacia la escalada, resulta imposible no disfrutar así.

Y es que allí, todo parece un mismo fin: hacerte sentir a gusto.

Sin embargo, no me resisto a decir que en Marruecos, además de todo lo anteriormente expuesto, hay también pobreza, hambre, miseria e injusticia. Yo no pude evitar arrebatos de rabia y resignación ante esa cultura que tanto exige, y tan poco da, a la que, como yo, es mujer. Y lo cuento porque estas cosas, no por más conocidas son menos importantes.

3.07. De la tierra a la luna: Cerro Aconcagua, Cerro Plata

Blanca Palou

Anuario de Montañeros de Aragón 1996-1997, 10, 1997.

Son extrañas todas las razones que pueden llevar a una persona a querer subir una montaña, entre ellas el Aconcagua.

Está el deportista incurable que se prueba en lo que sea, el temerario que desafía sus límites, el solitario que se pierde en el paisaje para escapar de la gente, el que quiere una foto para decorar su pasado, el que pretende amontonar historias... En el fondo, nadie tiene la respuesta; quizás se busca estar más cerca de lo que está lejos. Algunos no vuelven nunca, y se convierten en ángeles o fantasmas. Son los que dan sentido y mística al prolongado esfuerzo y a los largos silencios de arriba, cuando el viento se detiene un momento y el corazón tiene ganas de hacer pun-pun.

Ya estoy en camino al Aconcagua. La película que desde hace unos meses rueda en mi cabeza, entra en su epílogo. Pienso en mis piernas, en mi espalda, me pongo nerviosa. Las cosas se precipitan. Al día siguiente, ya estoy en las puertas del Parque Aconcagua. Es obvio para subir, hay que llegar primero a pie. Esto implica caminar cuarenta kilómetros desde Puente del Inca (2.700 metros) hasta Plaza de Mulas (4.300 metros). La travesía se realiza en dos días, que sirven como parte de la imprescindible aclimatación: el primero, hasta Confluencia (3.500 metros), donde se unen los ríos Horcones Superior e Inferior, después de unas cinco horas de marcha; y el segundo, desde allí hasta Plaza de Mulas. Se atraviesa un corredor cercado por cerros como el Almacenes (4.800 metros), el Ibáñez (5.100 metros), el Pirámide (6.000 metros), y se aprecian, entre los 3.500-4.000 metros, los últimos pájaros y restos de vegetación existentes. Después de Confluencia, viene Playa Ancha (mejor llamarla Playa Larga), kilómetros y kilómetros de piedras, donde ocasionalmente empieza a aparecer nieve bajo las botas. A pesar del fuerte viento, la marcha es constante. Más allá, el refugio Ibáñez y, finalmente, la Cuesta Brava (3.900 metros). ¿Se adivina el porqué de este nombre? Después de cinco horas de marcha, llegamos a Plaza de Mulas. Hay que armar el campamento. Estamos al pie del Centinela de Piedra.

Plaza de Mulas, ciudad de la espera

Plaza de Mulas es el paraíso antes del castigo. Es una pequeña planicie de arena y piedras que se asienta sobre un glaciar, al pie de la cara oeste del Cerro. Gente de nacionalidades insospechadas se sonríen como en el día de la paz mundial. Algunos negocian equipos, otros toman mate o se prestan guantes o revistas *play-boy*. A pesar de lo duro del paisaje, el humor es, casi siempre, excelente. Y es que tienes que llevarte bien con tu cabeza. Todos han venido por lo mismo. Todos (o casi todos) tienen el mismo brillo en los ojos, el mismo objetivo del cazador que ignora que, en realidad, él es la presa. El verdadero cazador es el que mejor espera: el Centinela.

Como en toda ciudad, hay personas que ya son parte de la geografía: son los *plazamuleros*, tipos silenciosos piel curtida.

Afuera, ha empezado a nevar, y el blanco es la síntesis de los colores que ya no están.

Llega la noche y, ya en la tienda el cerebro es como una película Geneway, con el incierto *the end* de la cumbre. Hay que dormir, la jornada ha sido dura. Va a ser duro. Hay que estar fuerte.

Nido de Cóndores: nido de nubes

Enormes y empinadas bandejas de arena y piedra con cicatrices en zigzag, eso es el Aconcagua. ¿Me duele el pecho? Sí, me cuesta respirar, llevo demasiado peso y todavía me falta aclimatar; pero sigo. Ya a esta altura, se piensa más o menos así –textual–: “¿Qué mierda estoy haciendo en un lugar como éste?”. Pero llega otro descanso, te tomas una chocolatina, un poco de zumo, te fumas un cigarrillo. Superas el cansancio y sigues hasta llegar.

Cambio de pendiente (5.200 metros), un gran planchón de nieve. Media hora más de tortura y..., bienvenidos a Nido de Cóndores (5.350 metros), nido de nubes, ya ni de cóndores. Duelen las piernas, el pecho, la espalda y, a algunos, la cabeza, pero ¡qué importa! Cinco minutos de después, dejamos los equipos y la comida. ¡Hay que bajar! Mañana es día de descanso y, en teoría dentro de dos días empieza la final.

El tiempo no acompaña; el Cerro está encolerizado y nos azota con toda su furia, lanzando ráfagas de viento que aterrorizan. El infierno mayor está en tu cabeza: el zumbido incesante del viento la incertidumbre. Nada, sólo queda esperar; sólo queda que el Centinela acceda a ser profanado. ¿Por qué a mí? La montaña no nos quiere, nos escupe con crueldad. Nuevos porteos, nuevos intentos... El Centinela ha puesto su límite. Sólo queda la retirada, después de doce días de espera; pero importa (aunque sí duele): la cima estará siempre ahí, esperando a que vuelva.

¡Pero qué narices!, en Argentina, la cordillera de los Andes tiene más quebradas, más cerros, y muchos de ellos todavía vírgenes y, si me apuran, más bellos que el Aconcagua..., y así fue como me dirigí al Cordón del Plata, para intentar hacer cumbre el Cerro Plata. Cordón que forma parte del sistema frontal de los Andes Centrales, constituido por diversas quebradas (Vallecitos, Angostura, del Salto) y abundantes cerros con atractivos cresteríos y desafiantes corredores (Vallecitos, 5.750 metros; La Muela; El Rincón, 5.500 metros). Se accede desde Potrerillos, lugar de veraneo y reposo, con baños termales y montones de árboles, entre ellos frondosos sauces y chopos, que rompen el árido y pedregoso paisaje reinante. Al disponer de una *Trafic* (furgoneta), nos ahorramos dieciséis kilómetros. Ya en el punto de partida (estación de esquí de Vallecitos, 2.850 metros), para unos había miedo, para otros, nuevas expectativas; pero los chistes, risas y comida no faltaban, así que se inició la marcha. La mochila, aunque muy pesada, todavía era soportable. El paisaje era extraordinario: flores, insectos y el mundo constante del arroyo, ¡qué delicia para los oídos! Instalamos las tiendas en Piedra Grande; Campo I a 3.500 metros y, tras disfrutar un buen rato de un cielo y luna generosos, a dormir, que mañana hay que ganar metros a la montaña. La mitad del grupo tiene problemas, por lo que no suben. Salimos y, aunque el

cielo no está prometedor, sí que está alta la moral, así que me calzo las botas y empiezo de nuevo la marcha. Dejamos atrás el San Bernardo, el Mausy y el Stepaneck, verdaderas moles de piedras. Nos paramos a comer en Salto de Agua; Campo II a 4.200 metros aunque, después de unas galletas y unos tragos de Tang nos asalte una locura pasajera: ¿por qué no vamos hasta el Campo III? ¡Déjate de tonterías! ¡Quieres reventar! ¡Loca!..., pues yo sí, aunque también voy doblada. Tengo ganas de llegar y, en parte (ése era mi secreto), yo sabía que cuanto antes llegase al porteruelo Plata-Vallecitos, me enfrentaría de nuevo, cara a cara, con el Centinela. Así que de nuevo en marcha, para arriba. Los ojos están locos, no saben dónde mirar: por todas partes asoman picos, cresteríos desafiantes. A mi derecha, el Cerro Vallecitos con su glaciar, por cierto, algo roto y sucio, pero es que ha escaseado la nieve en los últimos cuatro años. La Muela y el Cerro Rincón, con sus también tres glaciares, llenos de séracs y desembocando en la portezuela un magnífico corredor: el *Reloj de Arena*. Volviendo la cabeza, al fondo quieren insinuarse los cerros que dejamos atrás esta mañana y, ahora, desde aquí disfruto de la vista del famoso y temido *Infiernillo* (sí que se merece el nombre). Con cada paso, el paisaje se hace más majestuoso: ¡es imponente, qué grandiosidad! Llegamos a la Ollada (5.100 metros, Campo III), pero hace ya rato que sopla un viento incesante, de los que impiden andar y te cortan la respiración y, por ser zona de embudo, allí seguro que nadie va a dormir, así que decidimos seguir para arriba. Eso sí, teníamos que ponernos las pilas: quedaban ya pocas horas de luz. ¿Pero seguro que vamos hasta el Campo IV? ¡A mí me duele la cabeza! ¡Yo no puedo con la espalda! ¡A callar y para arriba! Arriba, arriba, arriba... La verdad es que, cargada con una mochila de quince kilos, da una profunda alegría. Así que iniciamos la marcha para Lomas Amarillas (5.300 metros); a partir de aquí, mis piernas empezaron a acusar las horas de marcha y, además, la altura comenzaba a poner sus límites. Este último trozo se me hizo costoso y largo, pero... Al fin, sí, lo logré. Medio corriendo y asfixiada, crucé el portezuelo y allí estaba, desafiante, altivo, él, en el centro, sobresaliendo del resto..., el Aconcagua... ¡Cómo puede ser tan hermoso! Teníamos que darnos prisa (montar la tienda, derretir la nieve), ya que empezaba a hacer verdadero frío y teníamos que rehidratarnos. Después de tomar unos cuantos mates: a deliberar. Algunos de nosotros se sentían mal, con dolor de cabeza, vómitos. ¡Qué injusto, después de una jornada agotadora y cuando casi tienes en la mano el objetivo, saber que ya no vas a continuar! Por mi parte, ningún problema de altura, pero..., miedo, angustia al... ¿Cómo amanecerá? ¿Llegaré? ¿Aguantarán mis piernas? Toda la noche pareció un carnaval-vómitos, insomnio, risas absurdas, lloros, subir y bajar la cremallera de la tienda. ¿Estás mejor? No, no y no. Qué pena, verdaderamente estaban fastidiados.

Escalera al cielo: últimos peldaños

Sonó el despertador a las cuatro de la madrugada. Ni Daniel ni yo nos podíamos levantar, por lo que decidimos esperar una hora más pero, de pronto... ¡Corre! ¡Deprisa!, nos habíamos dormido: eran las seis. No me podía

ni mover, como si me hubieran apaleado y, encima, por todas partes ropa, botas, piernas. Nos fuimos vistiendo, intentando no recibir más codazos que los imprescindibles, lo que nos demoró treinta minutos. A las siete menos cuarto, ya estábamos en marcha; ¡uf, qué frío!, y el maldito viento azotándome la cara. La altura crece y el oxígeno cuesta más caro a medida que disminuye la presión atmosférica. Los 760 mm de hg que hay a nivel del mar, se han reducido a la mitad y siguen bajando. Y yo sigo subiendo, alejándome cada vez más de la ambigua noción de forma viva. A mi alrededor se va abriendo más el paisaje y, enfrente, en primer plano, veo la Quebrada de la Jaula (todo de Agujas) despuntando en el amanecer; detrás, sobresaliendo por encima de todos, el Aconcagua y, a su derecha, la cordillera del Mercedario y, más allá, la cordillera del Tigre. En los descansos, queda aire para darse cuenta de que se está en un dominio extraño. No hay plantas ni animales: sólo piedra, nieve, viento y nubes –la certeza es poderosa: ¡este lugar no es del hombre!–. La naturaleza tiene distintas caras, es tan esquizofrénica como el mejor de los artistas.

Los últimos trescientos metros son como una película de terror en cámara lenta. Los músculos estás exhaustos y, aunque la cabeza no me duele, sí que me noto como borracha; así que hago un alto y como y bebo algo. Ese paisaje te lleva el pensamiento hacia otra dimensión. Si hay un par de palabras que sintetizen el paisaje, son: majestuosidad e indefensión.

El efecto de enfriamiento del viento, hace que a -25°C y con viento de 64 kilómetros por hora, la sensación térmica sea de -60°C , con peligro de congelamiento en las partes expuestas en treinta segundos. Entonces te preguntas: ¿Qué hice yo para merecer esto? Todo, dice el viento, todo. No hay aire ni para lamentos. A esta altura, la aptitud síquica disminuye un 50%. Los músculos son *racimos de esclavos negros*; la cabeza es un *concierto de tambores en romance con el viento*. Cada paso es una aguja. La cumbre se acaricia con los ojos. ¡He llegado! Qué alegría, qué paz. Tengo la cara congelada, el ceño fruncido y los puños cerrados. Estoy contemplando el paisaje. ¡No me lo puedo creer, no puedo hablar! No tengo noción del tiempo, y menos del espacio. Miro la cruz de la cima, la cara de Daniel y de Jeff. Me doy prisa, porque es peligroso quedarse un minuto más, así que abro el cajetín que hay en el pie de la cruz y escribo: “Dedicado a mi novio, quien estuvo empujando desde Zaragoza”; saco unas fotos..., y echando leches para abajo.

Estuve en la cima, en la cruz de metal, en el último peldaño de la escalera. Estuve muy cerca de mí, y existe una única certeza: los únicos paraísos que existen son los que están en el fondo del infierno.

3.08. Viendo el amanecer

Marta Alejandre

Anuario de Montañeros de Aragón 1997-1998, 11, 1998.

Dieciséis de agosto, salida de Zaragoza. Los días prometen y ahora somos todo ilusión, energías, dudas, proyectos... Parecemos un grupo de niños

con zapatos nuevos. Algo común empieza y todos nos hemos propuesto disfrutar de cada momento; y nunca mejor dicho, porque el primer follón no tarda en llegar, y con él, las risas, los comentarios y el jaleo. Hay que meter todo el equipaje en el autobús, contando, claro está, con que el resto de los viajeros también llevan sus maletas, así que prohibido ocupar todo el maletero, por si acaso, nosotros los primeros. Bultos, bultitos y no menos de una veintena de bolsas, mochilas y demás entre todos –¿sólo sois seis personas?– nos pregunta el chófer, ante la atenta mirada del resto de los pasajeros cuando bajamos en Eriste, –sí, sólo–. A las ocho de la tarde empieza la fiesta, pensamos el plan de ataque y casi sin enterarnos ya estamos Ángel, Miguel, Dani y yo camino de Vallibierna discutiendo sobre si montamos o no las tiendas, al final decidimos hacerlo. Ángel se baja a por el resto y nosotros intentamos organizarnos, cosa algo difícil si pensamos que los sitios llanos hay que buscarlos con la luz del frontal y que nos está cayendo una buena encima que, por cierto, no durará más de veinte minutos; lo justo para que Celia, Alejandro y Pablo se encuentren con un maravilloso cielo estrellado al llegar.

Al día siguiente, el Aneto. Madrugón, codazos, vísteme despacio que tengo prisa y a las seis y algo ya estábamos subiendo. Con el amanecer, llegan los bloques de granito y entre zancada y zancada el corredor Estasen; quizá condicionados por la novedad a todos nos parece precioso desde abajo (aunque más de uno se acordará de esa maravilla de la naturaleza después). La nieve, impecable para ser agosto y casi sin damos cuenta cima; águila, águila, águila, uhhh..., promesas hechas, ¡¡¡felicidades!!!, y fotos con todo el material encima todavía, –pero si esto parece el Paseo Independencia–, ¡¡¡mamaaa, mamiiii!!! Unos tragos, algo para el estómago y la bajada; toma, así también dejo yo la cima, laderita de nieve y cuidadín, culetazos, risas y otro *tresmil*, la punta Oliveras, pues mejor, ¿no? Unas horas más, la tormenta de rigor para completar el cuadro y ya estamos abajo. Al llegar, las tiendas tiradas por incumplir la normativa, casitas fuera y lluvia que no perdona, bultos que nadan, enfados y cosas que no se entienden. Así que el resto de los días en el refugio. De momento, organización que mañana también curramos.

–¿Quién ha dicho que esto era un paseo?–, la verdad es que la subidita por la ladera de grava no nos hace ninguna gracia y menos cuando el Aneto todavía se siente en las piernas, pero como las desgracias nunca vienen solas, llega el momento de la bajada y a todos nos gusta ver como las piedras acompañan nuestros pasos permitiéndonos ir más deprisa. Arriba se quedan el pico de Vallibierna y la Tuca de Culebras, abajo nos espera un día de descanso.

Tras éste, nosotros a lo nuestro, es decir, a subir picos y mejor si son de tres mil metros. Esta vez variación de planes, en vista de la tormenta que todos los días nos visita por la tarde, decidimos renunciar al vivac en la cumbre del Russell. Así que lo que estaba programado para el día siguiente mejor si lo hacemos hoy, –pero, ¿estáis locos?–; pues no, locos no, pero cansados sí y eso de ver el Margalida en horizontal y pensar que después de haber hecho los Russell y haber llegado hasta aquí, tenemos que bajar y subir otra vez en vez de ir por la cresta no mola, pero la seguridad es la seguridad, así que no vale quejarse; a algunos aún les hará menos gracia dejar el desayuno por el

camino, y menos todavía dejarse el camino, entre otras cosas porque el susto es monumental. Y es que parece que le tienen mucha manía a la cresta porque se empeñan en destrozarla tirando pedruscos abajo. Total, que llegamos al Tempestades y otra vez a deliberar ya que nos encontramos con un paso algo difícil. Esta vez, vamos mal de tiempo y por fin decidimos comenzar a bajar; pues menos mal, porque la tormenta de hoy se prepara buena y no nos deja ni media hora de caminata antes de empezar. Al final, mojados, mojados; y por cierto, con tanto granizo alrededor que a más de uno le dieron ganas de empezar una batallita. A las cinco, llegamos al refugio y follón montado, ropa, botas, material y nosotros mismos a secar, así que al día siguiente en vista de que no sale el sol decidimos ir a por leña ante el asombro de Cupido y su banda. Nada, nada, a colaborar.

Pero todo lo que empieza acaba, y el viernes es nuestro último día de caminatas, así que optamos por la cresta que va del Aragüells al Cregüena. Día divertido; nos pegamos casi tres horas en la cresta y algún tiempo más en la última cima. Algunas, incluso celebramos el cumpleaños a más de tres mil metros de altura. Pero por fin llega la hora de moverse otra vez y como no nos apetece deshacer todo lo andado, decidimos montar un rápel, recorrer la morrena (que apenas se mueve) y bajar bosque a través para acabar echando una carrera por la pista.

Finalmente recogida y despedidas. Ricardo se va y nosotros también, un último día de escalada en las Palestras del Amprú, en la Torre de Marfil y en Benasque. Al día siguiente, Zaragoza.

Por todo esto y porque es ahora cuando realmente nos damos cuenta de la suerte que hemos tenido pudiendo hacer este cursillo.

Gracias a los que han hecho posibles estos diez días.

Porque con ellos nos hemos divertido, pero también hemos aprendido cosas nuevas, cosas básicas e importantes que a fin de cuentas son las que nos permiten salir a la montaña con más seguridad.

3.09. Piz Bernina

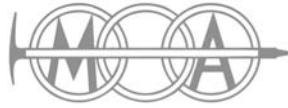
Claudia Rubio

Anuario de Montañeros de Aragón 1997-1998, 11, 1998.

Quería ir a los Alpes con mi hermana y Eduardo. Por unas circunstancias, prefirieron esperarse, pero a mí no me cuajaba la idea de renunciar.

Me enfrentaba a algo muy superior a todo lo que había hecho; pensaba que no había entrenado lo suficiente. El cursillo de alta montaña no salió y, por lo tanto, no lo pude hacer. Pero yo no veía los inconvenientes; estaba decidida, lo tenía que conseguir.

Entré en contacto con el Centro Excursionista de Valencia: tenían programada una salida a los Alpes bien organizada; después de pensármelo mucho hasta dar el sí definitivo, me encuentro camino de Suiza con mis amigos los valencianos y con mi mochila llena de miedo, de inseguridad pero,



eso sí, repleta de ilusión y con ganas de lucha. El viaje fue pesado y largo pero muy bonito. Llegamos a Pontresina donde, a seis kilómetros en el camping, instalamos las tiendas; ya sólo quedaba esperar al día siguiente para que comenzara a hacerse mi gran sueño.

Amaneció el día con una pequeña mejora y, por la tarde, después de comer, preparamos todo el material y ya nos pusimos en marcha por un camino precioso que iba en paralelo por toda la lengua a nuestra izquierda. Tras dos horas más o menos llegamos al refugio Suizo de Boval, situado a 2.495 metros de altitud. Aquí cenamos. Al terminar, salimos fuera y, aunque hacía bastante frío, pudimos gozar del atardecer; me impresionó bastante cómo un glaciar podía ser tan enorme y ver cómo la lengua arrasaba todo el valle. Nos acostamos muy pronto: teníamos que levantarnos a las cuatro menos cuarto de la mañana y nos convenía descansar.

Sonó el despertador y ¡parecía que acababas de meterte a dormir! ¡Qué poco me apetecía levantarme! En el comedor, un desayuno que no entra y a preparar la mochila, que encima no podíamos dejar nada de peso, ya que a la bajada no pasaríamos por el refugio. Teníamos que salir ¡ya!, y todavía me faltaba el arnés, las polainas... Entre dormida y nerviosa, al final me lo pude poner todo.

Nos pusimos en marcha, cruzando la lengua del glaciar pasando al otro lado de manera que, para ir a nuestro destino, teníamos que dar una gran vuelta. Empezamos a subir y subir. Ya era completamente de día cuando hicimos una parada para ponernos los crampones y beber un poco de agua. Seguimos subiendo por un paisaje que cada vez era más impresionante hasta que llegamos a un paso donde nos teníamos que encordar: un mixto facilitado por un cuerda fija; en principio no era muy complicado, salvo que con los crampones en la roca no me manejaba muy bien. En mitad del mixto, resbaló el piolet de mi mano precipitándose por debajo de mí, tuve una suerte tremenda ya que solamente se cayó un metro sin causar daño a nadie y lo pude recoger yo misma. Terminado este paso, nos desencordamos y seguimos subiendo. A partir de este momento, empecé a notar un poco el cansancio; llevábamos bastantes horas sin parar. Nos detuvimos en un punto donde se veía un refugio a lo lejos, por debajo de nosotros. Comentamos que "nos hacía mucha ilusión tener que perder altura" para ir hasta el refugio.

Descendimos y fuimos andando por un llano donde me sobrecogía los séracs tan impresionantes que naturaleza perfila con formas caprichosas, como cuevas o auténticas moles donde al pasar te sentías insignificante ante tanta grandiosidad.

Llegamos al refugio italiano *Marco e Rosa*, situado a 3.597 metros de altitud. En ese punto, decidimos que lo mejor era dejar el ataque final para el día siguiente, ya que nos hacía falta descansar y la nieve debía estar ya más blanda.

Transcurrieron las horas tranquilamente. Tomamos el sol, echamos una siesta y, cuando llegó la cena, me fijé en los posters que había en la pared de la Cresta Bianco: hice un comentario de que yo no quería ir por la cresta, "ni me escucharon"...

“Pasó la noche” y llegó la hora de levantarse. Tras un desayuno rápido, nos preparamos. Acordamos subir en ataque; es decir: dejar todo en el refugio; sólo quise llevar la cámara y, por supuesto, el banderín de Montañeros.

Estaba fría la mañana, el sol no había salido todavía, y ya estábamos encordados y con ganas de empezar. Iniciamos el ascenso y, poco a poco, fueron despertando los músculos. Enseguida, el sol se presentó, para ir trepando a la vez que nosotros por el lado derecho y así continuamos. No sé cómo, pero un crampón se me soltó en una pendiente; pensé que lo perdía, pero lo pudimos coger. Me lo puso Coque, el guía, con la correspondiente regañina que, por supuesto, era merecida; fue un momento de bastante tensión.

Después, vino una progresión en nieve dura con una inclinación entre 45 y 50°; para mí, con la huella no muy clara y que se me hizo eterna. Dejamos este paso, continuaba la ascensión y, ya enseguida, los últimos cincuenta metros eran por la Cresta Bianco. Fuimos despacio, preferí no mirar a ningún lado, sólo a los pies y dando por hecho que..., “prohibido perder el equilibrio”.

Por fin llegó la ansiada cima y el sol que trepó a nuestro lado; estaba ahí frente a nosotros, para darnos la bienvenida. Estaba muy contenta, pero por dentro pensaba en lo que tenía que bajar y eso me inquietaba. Nos sentamos, nadie decía nada, no hacía falta. Había otra cordada en la cima: si hubiera venido otra más, no sé dónde se podría haber metido.

Iniciamos el descenso. Antes de empezar la Cresta, volví a mirar el sol a mi izquierda; en esos momentos, no pude contener la emoción y me saltaron las lágrimas. Fue un momento mágico donde sentí verdaderamente la cima y tuve la certeza de que todo iba a ir bien, que no tenía que temer nada.

Así fue, ya que no destrepamos el paso que tanto me asustaba: llegamos a unas rocas donde había unos anclajes y ahí Coque nos destrepó, asegurándonos desde arriba. Terminados los pasos de dificultad, descendimos con bastante ligereza hasta llegar al refugio. Aquí, descansamos una media hora, preparando la mochila para tomar algo de chocolate y beber agua.

Antes de irme del refugio, me despedí de los tres guardas: me parecieron amables y tolerantes; además, en pocos refugios he estado tan a gusto y feliz. Pero teníamos que seguir, dejando atrás un lugar que no olvidaré. Continuamos hasta llegar otra vez al mixto donde Coque prefirió asegurarnos; hubo un momento que uno del grupo se quedó atascado y tuvo que esperar un rato, demostrando mucha serenidad, ya que la cuerda se enredó de una manera increíble, y, encima, pisándonos una cordada, lo que te hace aumentar los nervios.

Aquí pudimos contemplar un alud: el espectáculo que te ofrece la naturaleza es sin duda maravilloso e impactante. Finalizó el mixto, nos desencordamos y ya sólo nos quedaba llegar al camping; los peligros habían terminado..., “eso pensaba yo”.

Terminó la nieve y nos quitamos los crampones. Descendimos hasta llegar a la lengua del glaciar para bajar por ella y así ir más directos. En principio, no había problemas en saltar las grietas; luego, éstas eran más

anchas y la intranquilidad volvía a salir. Más adelante son bloques separados; parecía que estabas en un laberinto buscando la mejor salida. Finalizó la lengua del glaciar y descansamos un rato; fue la primera vez desde las siete de la mañana que paramos para descansar. Picotea más alguna golosina y ya de regreso al camping; todo había terminado felizmente. El objetivo se ha cumplido, ahora sólo quedan los buenos recuerdos; lo malo se olvida y ya piensas en el siguiente pico.

Para finalizar esta artículo, quiero mandar a mis amigos valencianos un saludo cariñoso, tanto con los que compartí esta maravillosa aventura como con los otros cuatro que coincidimos en la autopista y cenamos todos juntos, recién pasada la frontera ya en España.

De Coque, resaltar que fue quien llevó la batuta de esta salida. Aunque duro y muy disciplinado, es un excelente guía de montaña que se portó muy bien con todo el grupo en todo momento. También para Eduardo mi agradecimiento: a él le debo el salto tan grande que he dado.

Por último, quiero decir que este artículo no habla de una expedición ni de una gran escalada pero sí..., de mi primer *cuatromil*.

3.10. Damenberg

María Eugenia Suárez Lamarca

Boletín de Montañeros de Aragón, 54, julio-agosto-septiembre de 1998

Se conocen popularmente en los Alpes como *Damenberg*, los *cuatromiles* que destacan por su facilidad de acceso, donde la aproximación se realiza abusando de medios mecánicos como teleféricos o funiculares. Son montañas que no presentan gran dificultad, y muy agradables de subir. Por eso mismo, reciben el calificativo de *Damenberg*, cuya obvia traducción a mí siempre me ha resultado más divertida que ofensiva hacia las mujeres. No obstante, estamos hablando de los Alpes, por lo que nunca se deben descuidar las precauciones: si bien son cimas sencillas en condiciones óptimas, también tienen un buen número de víctimas en su cuenta. Ello se debe, en la mayor parte de los casos, a la ligereza con la que muchos se enfrentan con estas montañas, sin prestar atención a la meteorología (a menudo tan cambiante), a sus propias condiciones físicas, al material... De hecho, es fácil sorprender gente en todo un señor glaciar alpino ¡con ligeras botas de *trekking*! Y aquí, el equipo mínimo ha de ser siempre: crampones, piolet, cuerda, arnés y, por supuesto, buenas botas. Los *Damenberg* son montañas perfectas para aquéllos que quieran tomarle el pulso a la altitud. También resultan extraordinariamente útiles para aclimatarnos con vistas a ascender *cuatromiles* más ambiciosos (como los tan atestados Mont-Blanc y Cervino, objetivos prioritarios de quienes se inician en los Alpes... y siempre testigos de abundantes fracasos). Puesto que la *primera salida* no siempre es fácil, voy a recomendaros dos cumbres amables, para que os estrenéis en las montañas de cuatro mil metros con buen pie: el Allalinhorn (4.027 metros) y el Breithorn (4.164 metros).

El Pico de Allalin se alza en la Suiza del Valais, en pleno macizo de Mischabel. Para acceder a él, es necesario tomar en Saas-Fee un teleférico que sube hacia Felskin (en 1990, el billete ida-y-vuelta costaba 49 francos). Si con el madrugón, el cuerpo nos aguanta la cronoescalada a través del pueblo hasta la estación de partida, lo peor está casi hecho. Esta peregrinación cuenta siempre con la bendición –¿o el choteo?– de la estatua del cura alpinista de la plaza de la iglesia, quien nos observa desde su pedestal... Un inciso para aconsejar que toméis el viaje más madrugador para aprovechar bien el día (los simpáticos helvéticos consideran *verboten* el vivaqueo en las estaciones superiores): así no os llevaréis la sorpresa de descubrir que, a las 16'30 h., la última cabina ha descendido sin vosotros. Os lo digo por experiencia: no sienta bien creer que ya has llegado abajo, y enfrentarte con dos mil metros de descenso por barranqueras... Tened muy en cuenta que la jornada laboral suiza no cuadra mucho con los horarios latinos. En fin, una vez abandonado el teleférico –lleno de montañeros y *summerskien* mirando raro–, tomaremos el famoso Metro-Alpin, que nos desembarca en la estación de esquí de verano de Mittelallalin. A partir de este momento, y tras calzar los crampones, comienza la marcha por una traza bien clara (580 metros de desnivel, PD), dejando a la derecha las pistas de esquí. Es éste un ambiente muy agradable y festivo, con gente de todo tipo. Resulta curioso ir adelantando a semejante colección de cordadas que avanzan a paso cansino. Aproximadamente al cabo de cuarenta y cinco minutos carentes de dificultad, llegaremos al collado del Feejoch. Desde aquí, la vista es soberbia: Strahlhorn, Monte Rosa, Breithorn (¡otro *Damenberg!*), Cervino, los Mischabeles, Weissmies... La cima está a un tiro de piedra, pero hacemos una parada para almorzar, como el resto de los *expedicionarios*. Sólo nos resta superar las fuertes pero fáciles pendientes finales de nieve. Conforme vamos llegando a la cima, escuchamos unos ladridos que se pierden en el aire. ¡Un perro en un *cuatromil!* ¿Será un samoyedo? ¿Tal vez un malamute? Pronto saldremos de dudas... En poco más de una hora desde el Feejoch, ganamos los mágicos 4.027 metros. Anotación histórica: su primeros vencedores, en 1856, fueron los guías Andermatten y Ames junto a Johann Josef Imboden... ¡nuestro viejo amigo, el cura de Saas! Y, allí en la cumbre del Allalihorn, ¡oh, sorpresa!: hay un yorkshire terrier campando a sus anchas. También descubrimos una artística cruz, ante la que hay que pedir vez para hacer la foto de rigor. Pero los (escasos) esfuerzos han valido la pena: hace un día precioso y se vislumbran picos tan lejanos como el Grand Combin, el Mont-Blanc o la Jungfrau.

El segundo *Damenberg* propuesto nos llevará al cercano Zermatt. Ascender su Breithorn nos impondrá dejar el coche en el aparcamiento (de pago, claro) de Täsch, tomar el tren y luego el teleférico a Klein Matterhorn (en 1993, dispendios por el valor de: 12'40+49 francos). Con las consabidas galopadas, lograremos plantarnos a 3.820 metros a las 8 h. de la mañana. Ante la llanura blanca de salida del Breithorn Plateau, nos pondremos los crampones y, como siempre, nos encordamos por si se abriese alguna grieta escondida. Hay verdaderas multitudes siguiendo la marcada senda hasta la cumbre. El evidentísimo itinerario hasta el Breithorn Occidental (350 m. de

desnivel, PD inf.), es todavía más fácil aún que el del Allalin. Durante el ascenso, vemos toda clase de *domingueros de altura*, incluso un caniche muy pizpireto dispuesto, ¡como el que más!, a pisar la cumbre... con lo que quedó sobradamente demostrado que los perros no sufren el mal de altura, pues parecía más fresco que nadie. Poco a poco, sin poder salirnos de la compacta fila, alcanzamos los 4.164 metros de la primera cima del grupo: en total, no nos ha costado ni dos horas. Nuevo toquecillo erudito: protagonizaron su primera Henry Maynard, Joseph-Marie Couttet, Jean Gras, Jean-Baptiste y Jean-Jacques Erin, en 1813. Lo mejor comienza ahora: el panorama de todas las montañas de Zermatt con el Cervino aparentemente cerquísima, Paradiso, la Corona Imperial de Zinal, etcétera. Es fantástico dejar correr el tiempo observando el paisaje, mientras se considera que la ascensión (aun con sus pegas) ha resultado un acierto: por una vez, hemos pisado un *cuatromil* a cambio de un esfuerzo mínimo.

Como vosotros mismos podéis comprobar, estos dos *Damenberg* –¿o debería llamarles *Chuchenberg*?– son montañas que, con buen tiempo, no pueden ser más sencillas y gratificantes. Si queréis iniciaros suavemente en los panoramas de más de cuatro mil metros, no los dejéis escapar: ¡Ánimo, y a por ellos!

3.11. Tormenta en la Grenz-kamm

María Eugenia Suárez Lamarca

Boletín de Montañeros de Aragón, 57, abril-mayo-junio de 1999

La ascensión que teníamos prevista era la integral del Breithorn o Breithorngrat, cresterío con pasos de IV grado a 4.000 metros de altura. Sin embargo, desde la punta Oriental (4.164 metros) de este macizo, las condiciones no parecían muy prometedoras... Unas cornisas impresionantes hacia el lado suizo, un ventarrón de cuidado, amén de una sospechosa desaparición de la huella hacia el Breithorn Central, nos harían desistir de lo proyectado. Afortunadamente, había un plan alternativo, por lo que decidimos perder altura hacia el Breithornpass, en la vertiente italiana. Nuestro nuevo objetivo era ahora la Arista Oeste-Sudoeste de Pollux.

Esta bellísima montaña de 4.091 metros, un tanto camuflada entre los gigantes de la Grenz-kamm alpina (el Liskamm y los Breithorn, evidentemente), constituye el *Gemelo* menor. Su hermano, el mitológico Castor (4.226 metros), se alza un poco más hacia el Este... Ambos representan a los mellizos Dióscuros, hijos semidioses de Zeus y de Leda. A Pollux se le consideró como un gran boxeador y mejor hermano, pues cuando Zeus le concedió la inmortalidad, no cejó hasta conseguirla igualmente para Castor (subirían al firmamento como la constelación de Géminis, uno de los signos del Zodíaco). Por lo demás, Pollux fue ascendido por vez primera el 1 de agosto de 1864, por Jules Jacot y los guías Joseph-Marie Perren y Peter Taugwalder.

Nuestro distante punto de partida, la estación superior (Klein Matterhorn) de la telecabina que subía desde Zermatt, nos iba a imponer una buena

caminata por el agrietado Ghiacciaio di Verra. El horario tampoco sería como para presumir: no llegamos ante la Schwarztor (3.734 metros) sino hasta las 11'30 hrs. de la mañana... Este afamado *falso collado*, la Puerta Negra de los Alpes, inevitablemente acabó por traerme recuerdos de mi adorada Brecha de Rolando pirenaica.

Ante nosotros se alzaba, bola de nata de dioses olímpicos, el Monte Polluce. No es una cima demasiado frecuentada, debido a su relativo alejamiento, a la presencia de otras elevaciones más célebres en su entorno, o a la ausencia de una clara *vía normal* carente de dificultades. Y, aunque el pequeño de los dos *Gemelli* no opone excesiva resistencia a los alpinistas, éstos siempre dudan en abordarlo por su latosa y descompuesta arista Sudeste que lo une a Castor, o desde las peligrosas pendientes heladas que llegan de la Schwarztor (recientemente teatro de una tragedia colectiva italiana). Pero nosotros ya habíamos decidido ascender su bonita arista Oeste-Sudoeste, ruta más segura y sin grandes complicaciones técnicas (360 metros, 2 hrs., 45°, PD., con algunos pasos de IV grado provistos de cadenas y cuerdas fijadas... ¡como en el Cervino!).

Al pie de la *vía*, cometimos la insensatez de dejar nuestras mochilas en una bañera que tallamos en la nieve, justo antes de encordarnos, pues así pensábamos ganar tiempo ante unas nubes oscuras que el viento traía por Suiza. Las fuertes pendientes iniciales desembocaban en un empinado corredor al oeste de nuestra cresta, con un *patio* en aumento progresivo... Esta canal de buena nieve dura, ya de respetable inclinación, nos dejó en el primer tercio de la arista Oeste-Sudoeste, muy sencilla en un principio. De este divertido terreno mixto inicial, pasamos al tramo superior, ya más enriscado y abrupto. El Gran Gendarme que lo bloquea se supera por la izquierda, donde puede echarse mano de un sistema de cadenas para proteger una vertiginosa travesía horizontal, primero; y una gran maroma, para quien desee saltarse los pasos de IV grado, después. Son tres largos, rozando los 4.000 metros, donde se concentra la verdadera dificultad (y belleza) de esta ruta. Nosotros sufrimos un percance con una cuerda que se encajó tontamente en una roca (aquí, mi socio Alberto me deleitó con un recital de juramentos y maldiciones diversas, finalizado en destrepe con apoteosis de sus lindezas en varias lenguas). Llegamos a la Antecima muy tarde, sobre las 13'30 hrs., con el tiempo justo de hacernos una foto ante la gran Madonna en bronce y salir zumbando. Sólo una sencilla arista de nieve nos separaba de la cumbre verdadera. La tormenta, para cuando ganamos los 4.091 metros de Pollux, ya nos ocultaba el Liskamm y el Monte Rosa, por lo que se impuso un descenso a toda velocidad.

Naturalmente, y como siempre sucede en estos casos, al llegar al glaciar de Verra, no encontramos nuestras mochilas entre la espesa niebla. Alberto ya comenzaba a *animarme* con sus amenísimas historias de alpinistas perdidos en la Gobba di Rollin, bajo tormentas bíblicas y a escasos metros de la entrada al funicular (nota para los morbosos: sacadas del libro de Siegfried Stangier *Rescate Aéreo*). La posibilidad de vivaquear en el abrigo Cesare-Giorgio de la Rocca Nera, si lo encontrábamos, comenzaba a materializarse... Sin embargo, como en las mejores producciones de Hollywood, hubo un claro repentino en la

tormenta, localizamos nuestra mochilas, semienterradas ya en la nieve, y pudimos tomar la gran senda que subía hacia Klein Matterhorn (¡tuvimos nuestro *happy end!*). El regreso hasta el teleférico, cuesta arriba bajo la furiosa nevada, presentó más jadeos que historia, pues casi corríamos para llegar antes de que la traza se borrara. Y, ni que decir tiene, el descenso a Zermatt en la solitaria última telecabina (la de las 16'50 hrs.), contemplando tras sus cristales la tempestad que batía toda la Grenzamm..., fue uno de los mejores recuerdos de la jornada.

3.12. Cumpleaños en la Pany

Luisa Martí

Boletín de Montañeros de Aragón, 52, enero-febrero-marzo de 1998

Un cumpleaños es algo muy corriente: todo el mundo tiene uno, ¡y cada año! Pero a mí me apetecía celebrar el de mi mayoría de edad de forma especial. Por ello, convencí a mis amiguetes de que me acompañasen a soplar las velas en un lugar en el que no había estado antes, y que quería conocer: el Mallo Pisón. Por fortuna, mi novio Alfonso me *comparte* con las tapias y los bordillos. Y como mi *cumple* cae siempre en festivo, no fue difícil organizar, con mi amiga Carlota y su colega Fernando, una fiesta de lo más enrollada y original.

Carlota y yo teníamos poca o ninguna idea de la escalada. Pero queríamos saber lo que se sentía desde lo alto del "Mallo más gordo de Riglos". Afortunadamente, a Alfonso y Fernando les sobraban tablas en este escenario. Este último no tenía demasiadas ganas de hacerse una gran vía, y decía algo de los Mallos Pequeños, pero Carlota y yo conseguimos convencerlos para que fuésemos a la Pany-Haus, que parece ser la vía más sencillita al Pisón. Y tras coger el material necesario, allí nos dirigimos con rapidez, pues es una vía muy frecuentada.

En efecto, la chimenea ya tenía varios escaladores en liza. Esperamos un poco a que se distanciasen y comenzamos la ascensión. Primero subiría Alfonso, encordado conmigo; a continuación Fernando con Carlota. Ambas cordadas subirían conjuntamente, montando reuniones en común. Siempre mantuvimos este orden. A Carlota, por cierto, le tocó la poco agradable tarea de retirar todo el material, ya que era la última. Sudó lo suyo, desmontando y acarreando el aluminio: ¡un buen método de conservar el tipo!

El primer tramo fue muy fácil, ya que quedaba fuera de la chimenea. Hasta la segunda reunión resultó también un trecho sencillo, esta vez metiéndonos por una pequeña chimenea llena de vegetación. A partir de esta reunión comenzaba la chimenea Pany-Haus. Había allí mismo un extraplomo *acongojante*. Alfonso lo pasó en libre, sin estribos, pero dejó puestos dos para los siguientes. Cuando me tocó a mí pasar no fue tan sencillo como el primero. Se me engancharon los estribos y todavía no sé cómo salí del trance. La salida del extraplomo era bastante difícil, y si yo allí lo pasé realmente chungo, peor lo pasó la última, Carlota, pues tenía que retirar los estribos y los mosquetones.

Hasta la tercera reunión, la chimenea se ensanchaba notablemente, y el esfuerzo de piernas era muy grande. Por fin, algo impresionada por lo vertiginoso que se estaba poniendo el panorama, llegué a la reunión donde me esperaba, asegurando, Alfonso. Esta reunión estaba en lo más profundo de la roca y casi no cabían tres personas (¿una encerrona de mi novio?). En cuanto apareció Fernando, Alfonso siguió hacia la cuarta reunión mientras yo le aseguraba. Llegó entonces Carlota a la tercera reunión, agobiada por el peso que había tenido que cargar y por el extraplomo: su carita redonda era un poema... digamos que le había sentado mal el desayuno. La cuerda se me tensó y pasamos un gran rato hasta que decidimos si yo seguía, pues pensamos que Alfonso estaba atascado. No se le oía nada. Pero no: ya estaba en la cuarta reunión, cansado de esperar a que subiésemos. Hasta ella pasé por un puente de roca y por un trozo al que los chicos llamaban las espatarraderas, por lo mucho que allí había que abrir las piernas. A mí no me pareció tan horrible como decían. Fernando y Carlota hicieron este tramo en dos, pues no les llegaron sus cuerdas.

Antes de llegar a la reunión, atravesé un trozo muy expuesto en el que se pasaba entre unas ramas secas "a lo Tarzán". Alfonso y yo, en la cuarta, esperamos a la otra cordada y luego continuamos. Hasta la quinta reunión, la última en ascenso, fue también chunguillo, pasando por una chimenea más estrecha pero con menos presas claras. Descansamos todos, una vez los cuatro juntos, antes de montar los rápeles de bajada. ¡Vaya patio el que aquí arriba había! Y es que se nos había hecho tarde, y teníamos que pensar en bajar sin llegar a la cumbre del Mallo Pisón. Por lo menos habíamos hecho la vía de escalada completa. Antes de nada, nos comimos la torta de Longares que llevaba en mi macuto. Y, ¡cómo no!, soplé la única velita. Las estrofas de un desentonado "cumpleaños feliz" a tres voces resonaron, con ecos extraños, entre las rocas conglomeradas.

El primer rápel era muy pronunciado, hasta una higuera. De allí se destrepaba asegurado a una sirga de acero hasta el siguiente, que daba directamente al del Gran Volado. La salida de este primero era puñetera al cien. En el Gran Volado tuvimos que esperar cola tres cuartos de hora hasta que nos tocó el turno: aquello parecía la pescadería del Súper. No bajamos directamente, sino hasta el Campo de Fútbol. Tuvimos, Carlota y yo algún problema con las rozaduras, pues nos bajaron aseguradas (o no se fiaban mucho, o no querían cambiar de chicas tan pronto). El cuarto y último rápel, hasta el suelo, fue ya un juego de niños... ¡Un día guay!

3.13. Esquí irracional

Luisa Turmo Coderque

Boletín de Montañeros de Aragón, 52, enero-febrero-marzo de 1998

Un deporte dinámico como el esquí, no debería ser incompatible con el instinto de conservación. Me han pedido que escriba unas líneas sobre el mundo de la nieve en *femenino*, pero prefiero aprovecharlas para comentar

algunas sugerencias, aunque muchas ya se han repetido hasta en el Telediario. No sé si esto va a resultar una visión demasiado *maternal* del esquí de pista... lo que sí he tratado, es que no sea, al menos, plomiza.

Somos lo que comemos, me decía mi abuelita. Por ello, hay que entretenerse un poco en esta cuestión. En el esquí, el tema de la alimentación es muy personal. Sin embargo, te recomendaría un buen plato de fabada la víspera (para desayunar, parece heroico), que nos dará alas en las pistas. En la estación de esquí, no dejes de ir tomando, de vez en cuando, pequeñas cantidades de frutos secos, chocolatinas o fruta, todo bien regado con líquidos (no etílicos, claro). Esto impedirá tanto que nos quedemos sin energías (por defecto) como que la sangre se nos suba de las piernas al estómago (por exceso). Y, si hace frío, no desdeñar una parada para tomarnos una bebida caliente. Ni que decir tiene: ¡no tires basuras; ni un papelito, ni una colilla!

Respecto al equipo, habría que comentar algún truquillo. Cuida las botas, que son importantes: no las saques a pasar la noche a la ventana o al coche, ¡que se te quedarán tiasas! Tampoco las pongas a secar directamente sobre el radiador, pobrecillas... Y, si su interior ofende tus delicadas pituitarias, échales polvos de talco (al calzado, no a la nariz). Las tablas, por muy miserables que sean, también necesitan tus amorosos cuidados. Aunque esto no es Suiza (donde, cada año, estrenan), procura que, al menos, sus cantos estén bien afilados y las fijaciones correctamente regladas con tu peso. En cuanto a la ropa... destacar la importancia de esquiar calientes y con la cabeza bien cubierta (tanto si hace frío como si el sol castiga). Cuando vayas a comprarte trapitos, elige un día lluvioso y destemplado pues, cuando luce Lorenzo, nadie se acuerda de los telesillas bajo la ventisca. Y no seas tacaña con las gafas: que no dejen pasar los rayos U.V. (si te disgusta la niebla, cristales amarillos).

Tus primeros descensos de cada día han de ser muy suaves: la hora inicial, dedícate a calentar músculos en una pista fácil. Tampoco estamos en Austria, y absolutamente nadie hace tablas de gimnasia previas a un descenso... Naturalmente, procura ser amable y cívica, evitando saltarte los turnos en los remontes, los altercados en las colas, los adelantamientos temerarios, los abordajes (hay mejores formas de ligar), etc. Así, ayuda a los caídos (sobre todo, si son guapos) y recoge el equipo que un trastazo va dejando por atrás. Y, por supuestísimo, pon toda la atención del mundo a las recomendaciones que te dé la estación de esquí, a los carteles o a las indicaciones de sus empleados. Sed, y siempre, prudentes.

Más cosillas: deja tus relojes, pulseras, cadenas y demás quincallería, abajo. Pero no te olvides la crema de protección solar (y el protector labial): mínima del ocho, para las morenazas; el resto de las mortales, del quince e incluso protección total. Recuerda que, con el sudor, la crema tiene la traicionera costumbre de marcharse. Cuando llega el buen tiempo, la tentación de esquiar con poca ropa (¡como en los posters!) es enorme... aunque poco recomendable, sobre todo si te gusta darte batacazos en la nieve. Y mucho ojo al coger los telesillas con mochila, pues sus correas acostumbran a engancharse en los lugares más insospechados, como bien se descubre al aterrizar (¡plaf!) en la estación de llegada.

Y termino aquí mi "Breve Tratado sobre el Esquí Irracional", así denominado en cuanto a que pocos (y yo, ¡pecadora de mí!, me incluyo) siguen estas normas. ¿Tan ilógicas son?

3.14. Uhuru Peak

Victoria Luño y Raquel Redondo

Anuario de Montañeros de Aragón 2001-2002, 18, 2002

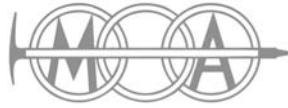
Elegí Tanzania como destino de mis vacaciones de este año porque tenía un doble atractivo para mí, por un lado intentaría ascender al Uhuru Peak y por otro me permitiría tener un primer contacto con África y tuve la gran suerte de convencer a mi amiga Victoria, mucho más experta que yo, tanto en montaña como en viajes, para que me acompañara.

Pisamos África en Nairobi, allí tomamos un autobús de línea regular hasta Moshi. En principio parecía un contratiempo, ya que esperábamos realizar ese viaje en un todo terreno, sin embargo resultó una experiencia muy interesante cruzar Kenia, no como turistas, sino como lugareñas. En esos autobuses cuando parece que ya es imposible que quepa nadie más, se abren asientos en el pasillo y si ya están todos completos y alguien espera, se para el autobús, bajamos todos y todo nuestro equipaje y se espera a que llegue otro autobús más grande. Lo normal es que no llegue y se vuelva a cargar todo el equipaje y subamos todos los pasajeros en el que viajábamos.

Comienza nuestra ascensión en Marangu (1.760 metros). La primera etapa es muy suave, transcurre por "el bosque de la lluvia perpetua", una zona de selva preciosa, cuando la atraviesas comprendes porqué no se suele ver nunca el Kilimanjaro desde abajo, es una zona de nubes, en la que pudimos ver un mono saltando de árbol en árbol. En unas cuatro horas de paseo llegamos al refugio Mandara Hut (2.720 metros), parecía increíble que hubiésemos ascendido 1.000 metros. Llegamos muy tarde y mojadas porque tuvimos que resolver problemas con el equipaje, a ritmo tanzano, por la mañana y, nos tocó dormir en una cabaña muy húmeda donde tiritamos toda la noche.

Dejamos la selva, las nubes y, con un sol radiante, paseamos unas cinco horas hasta el refugio Horombo Hut (3.700 metros). En el camino se empieza a vislumbrar tanto el Uhuru Peak, como el Mawenzi. Sin quitarle encanto al Uhuru Peak, me enamoré del Mawenzi. Creo que no entraña gran dificultad IIº, con algún paso de IIIº, el problema es la altura y la roca que, al ser zona volcánica, debe estar muy descompuesta. La llegada a este refugio es preciosa, debajo las nubes, en el propio refugio las cabañas y la gente y por arriba [as dos cumbres más altas del Kilimanjaro.

Tras un día de aclimatación, salimos hacia el refugio Kibo Hut (4.700 metros). Como siempre no es más que un paseo de unas cinco horas, esta vez por una zona desértica. Y empieza lo duro de la ascensión, no por dificultad técnica, sino por la altura. Tras un descanso en el refugio de unas ocho horas, a las doce de la noche iniciamos el ataque al pico. A unos 5.000 metros me dio



mal de altura, metros más y tuve que abandonar, pero Victoria puede continuar relatando el viaje, puesto que ella, no sólo siguió, sino que hizo cumbre.

Durante unos minutos cundió el desánimo, Raquel era la quinta persona de los doce que formábamos el grupo que se bajaba un poco antes de llegar a la cueva de Hans Meyer a 5.150 metros. El camino a partir de aquí se hace más pendiente. El resto continuamos hasta la punta Gillman (5.685 metros), llegamos allí hacia las seis de la mañana y esperamos ver amanecer por detrás del Mawenzi, mientras aprovechamos para comer y beber algo. Al fondo, veíamos el glaciar de la cara Este y el inmenso cono volcánico delante de nosotros. Ya sólo nos quedaban 210 metros de desnivel para llegar a la cumbre más alta del Kilimanjaro, el Uhuru Peak (5.895 metros), que se divisaba a lo lejos a nuestra izquierda. Otros dos compañeros decidieron abandonar. En esta parte de la ascensión el camino se suaviza, pero todos notamos el mal de altura en mayor o menor grado, nos costaba respirar y cada paso suponía un gran esfuerzo. Contorneamos el cráter y vimos primero el glaciar de Ratzel, un poco más adelante pudimos contemplar las murallas de hielo de los glaciares de Rebman, el de Decken y el glaciar de la cara Sur. A sus pies se forman lagos de colores azulados por el deshielo tan fuerte que se está produciendo debido el cambio climático. Hace unos años era necesario atravesar glaciar para llegar al Uhuru.

Al fin llegamos a la cumbre. Aunque muy cansados y agotados, nos felicitamos y nos acordamos de nuestros compañeros que esperaban en el refugio de Kibo. Descansamos un poco y a pesar del frío empezamos a sacar fotos para recordar estos paisajes. Lástima que nuestras condiciones físicas no fueran todo lo buenas que quisiéramos para disfrutar mucho más del momento. Al fondo hacia el norte se divisaban las terrazas de otro glaciar, el Northern Icefield. Era todo tan grandioso que resultaba imposible captarlo en las fotos.

Hay que volver, todavía nos quedaban por bajar unos 2.200 metros. Empezamos el descenso y volvimos a contemplar el Mawenzi totalmente negro sobre el fondo y abajo seguía el mar de nubes. Ya más relajados admiramos de nuevo las murallas de hielo de los glaciares a nuestra derecha y el cráter a nuestra izquierda. Desde la punta Gillman pudimos ver la fuerte pendiente de tierra y piedras que habíamos subido durante la noche. El descenso fue vertiginoso; este terreno tan incómodo de subida nos facilitó una bajada tan rápida como si se tratara de un nevero.

De vuelta en el refugio de Kibo nos reencontramos todo el grupo en un estado un poco lamentable, unos por haber subido y otros por no haberlo hecho. Tras un breve descanso continuamos el descenso hasta Horombo; el día fue muy intenso y agotador. Al día siguiente, acabamos e *trekking* con doble jornada de bajada.

La impresión final ha sido totalmente positiva y la expedición la calificamos de completo éxito, puesto que, desde el principio del viaje, consideramos que con una que hiciera cumbre nos conformábamos la dos.

3.15. La práctica del esquí de fondo

Blanca Latorre Vila

Anuario de Montañeros de Aragón 2005-2006, 20, 2006

“Langläufer lebem länger” (Los esquiadores de fondo viven más)

Todo ventajas

Con la llegada del invierno, el paisaje se tiñe de blanco y nuevas emociones brotan de nuestro interior. Deslizarse por el bosque silencioso en medio de árboles cubiertos de nieve, atravesar campos y praderas nevadas o cruzar lagos y riachuelos congelados, constituye una auténtica aventura reconfortante que hace desvanecer toda estridencia urbana.

La práctica del esquí de fondo es adecuada para todas las edades, puede realizarse tanto en solitario como en compañía y un dicho muy común entre los esquiadores es que quien sabe caminar puede esquiar ya que los movimientos son muy similares.

Los movimientos realizados son rítmicos, suaves y vigorosos, trabajando la mayor parte de los grupos musculares que se localizan en las piernas, los brazos y el tronco y, dado que los movimientos son alternativos, permiten su recuperación parcial y, por tanto, la consolidación de la resistencia, con lo que el desplazamiento puede durar varias horas sin producir demasiado cansancio...

Asimismo, favorece la coordinación, el equilibrio, la agilidad, el juego de las articulaciones, la resistencia aeróbica, beneficia al corazón y a los pulmones y ayuda a mantener la presión sanguínea y el pulso por debajo de los índices de las personas sedentarias.

Además, no hay que coger remontes, no hay que hacer colas, no hay aglomeraciones y, por si fuera poco, el material es el más económico de todos los tipos de esquí, las botas son tan cómodas como unas zapatillas y los esquís y fijaciones son muy ligeros.

Al ser un deporte aeróbico, la vestimenta no debe ser pesada ni voluminosa; normalmente, se viste por capas y, en función de la climatología, hay que protegerse también del viento y de las precipitaciones.

Breve historia

Los orígenes se remontan, hace más de 5.000 años, a los países nórdicos donde, debido a sus grandes extensiones de territorio poco poblado, hicieron del esquí un medio único de comunicación durante los duros y largos inviernos. Era tan elemental en su vida diaria que incluso llegaron a adorar a una diosa del esquí, Skaade; de ahí el nombre de Escandinavia.

Pero, hubo que esperar al siglo XIX para que el esquí de fondo adquiriera difusión internacional.

Las primeras carreras de esquí de fondo se celebraron en Noruega (aunque también se realizaron algunas pruebas en Australia) a mitad del siglo XIX, después de que Sondre Nordheim desarrollara diferentes técnicas y esquís, perfeccionando el material haciéndolos más estrechos, finos y

puntiagudos y fue en la región montañosa de Telemark, que abarca parte del centro y sur de Noruega, donde parece haber tenido lugar la primera carrera cronometrada de la que hay registro; el ganador cubrió el trayecto de cinco kilómetros en media hora.

Es a finales de la década de 1889 y en la de 1890 cuando el esquí de fondo comenzó a alcanzar la popularidad en otros países europeos debido a las narraciones del explorador Fridtjof Nansen, quien dirigió una expedición a través de Groenlandia en 1888. Su libro, redactado en formato de diario y traducido en 1891 al alemán, al francés y al inglés, relata la extenuante travesía por el inhóspito territorio ártico, cautivando la imaginación de los lectores ávidos de conquistas.

La Asociación de Noruega de Esquí se fundó en 1883 y desde un principio impulsó las competiciones de esquí; así, en 1892, era ya famosa la *Holmenkollen*, cerca de Christiania (la actual Oslo) que era una prueba de combinada nórdica que sumaba los resultados de los saltos de trampolín y del esquí de fondo. Aunque a partir de 1900 se separan ambas modalidades, queda institucionalizada dicha prueba, celebrándose anualmente en el mes de marzo y, organizándose la competición de esquí de fondo para cubrir distancias en deslizamiento de distintos kilometrajes.

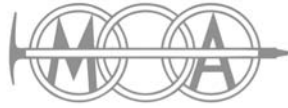
En Europa Central y Rusia, donde existe un terreno apropiado y nieve de calidad y en abundancia, enseguida ganó muchos adeptos mientras que en España el primer club de esquí se creó en Barcelona en 1890: el Centro Excursionista de Catalunya (CEC), que cuenta con un gran número de federados en la actualidad.

Finalmente, la Federación Internacional de Esquí, con sede en la ciudad sueca de Estocolmo, se constituyó en 1924, siendo desde ese mismo año el esquí nórdico (esquí de fondo) una disciplina incluida en los Juegos Olímpicos de Invierno.

Competiciones

Las competiciones de esquí de fondo comprenden pruebas individualizadas y por equipos, tanto para hombres como para mujeres. Las distancias habituales a recorrer alcanzan desde los cinco hasta los cincuenta kilómetros, aunque la carrera de larga distancia más famosa del mundo es la *Vasaloppet* que se celebra todos los años desde 1922 sobre una distancia de 90 km, desde Sälen a Mora, en Suecia; la participación total, entre hombres y mujeres, suele alcanzar las 15.000 personas y el récord permanece imbatible desde 1998 por el esquiador sueco Peter Göransson con un tiempo de algo más de tres horas y media.

En España, la carrera más multitudinaria de fondo tiene lugar en el Valle de Arán, la popular *Marcha Beret*. Este año 2006 se ha celebrado la 28ª edición y ha contado con 1.270 participantes. El recorrido comienza en la zona de Orri del Pla de Beret llegando hasta Montgarri, pudiendo hacer los participantes un recorrido de 10, 20 ó 30 km disfrutando de bellas vistas sobre nuestro querido Aneto. Es una prueba que forma parte del calendario de la



copa de Europa FIS de Fondo y, por tanto, es una carrera de carácter internacional.

En Aragón, las más conocidas son la *Marcha Plan d'Estan*, organizada por el Club Pirineos de Zaragoza en los Llanos del Hospital de Benasque y la *Marcha Peña Guara*, organizada por el club oscense del mismo nombre y que tiene lugar en Somport.

Y, en nuestro club, pretendemos celebrar una prueba anualmente dándole un carácter conmemorativo en honor de nuestro amigo y socio honorífico (fallecido en accidente de montaña en agosto de 2005), Chema Culebras; no sólo fue una gran persona sino que destacó como montañero y esquiador.

Las pistas de las estaciones de esquí de fondo están señaladas con marcas de colores para que los esquiadores sigan una ruta similar. Por dificultad, de menos a más: blanco, amarillo, verde, azul, rojo y negro. Las variaciones en altura son pequeñas ya que el movimiento fundamental es el horizontal y no en vertical.

Mis comienzos en la práctica del esquí de fondo tuvieron lugar en el año 2003 a través de los cursillos que organiza nuestro club y quiero agradecer el aprendizaje y entusiasmo que me inculcaron Chema Culebras, José Luis Molina y Tomás Enfedaque.

De la misma manera, sirvan estas líneas para expresar mi gratitud a miembros de otros clubes que han hecho posible el acudir a las pistas y la participación en varias carreras populares: a Rafael San Andrés, del *Club Pirineos* y a Rafael Velacortu del *Stadium Casablanca*.

Es loable el que hoy en día siga en boga ese espíritu deportivo y afable. Os animo a su práctica.

3.16. Välkommen till Vasaloppet

Blanca Latorre Vila

Anuario de Montañeros de Aragón 2006-2007, 21, 2007

En el anuario del año pasado hacía referencia a la carrera de esquí de fondo en estilo clásico más larga del mundo, la *Vasaloppet*, que se celebra cada año desde 1922 el primer domingo de marzo en la región de Dalarna, en Suecia; transcurre durante 90 km desde Sälen a Mora atravesando otras siete poblaciones más y este año decidimos participar Victoria Luño Blocona y yo.

Fue en agosto, en pleno estío y estando en la playa cuando hablamos entre nosotras por teléfono y comenzamos con las reservas. Primero, fue el avión a Estocolmo; después, la inscripción en la carrera y ya, más tarde, los alojamientos. Todo lo hicimos a través de internet y el resultado ha sido totalmente satisfactorio; eso sí, tuvimos que dedicarle tiempo pues muchas páginas estaban sólo en sueco.

La *Vasaloppet* es una de las diez pruebas de larga distancia (más de 50 km) incluida en el circuito internacional *Wordloppet* en estilo clásico. Las otras nueve competiciones se celebran en los siguientes países: República Checa

(Jizerskà Padesàtka), Austria (Dolomitenlauf), Italia (Marcialonga), Alemania (König Ludvig Lauf), Francia (La Transjurassienne), Estonia (Tartu Marathon), Canadá (Keskinada Loppet), Finlandia (Finlandiahihto) y Noruega (Birkebeiner Rennet). Y hay otras diez carreras para patinadores en la Wordloppet, más transcontinentales: Australia, Austria, Alemania, Francia, Japón, Estonia, Canadá, Estados Unidos, Finlandia y Suiza.

Este año la Checa y la Austriaca no se pudieron celebrar y en la Marcha Longa (la segunda más larga, de 70 km) se ha tenido que recortar el recorrido por falta de nieve.

Ni Victoria ni yo habíamos estado antes en Suecia y nos hemos llevado un muy grato recuerdo. La gente es muy amable y simpática, son muy educados y atentos, nada ruidosos, muy limpios y cuidan mucho de su entorno. No son nada ostentosos, aunque no les falta de nada y ahí el índice de criminalidad y delincuencia es muy bajo.

Lo programamos de tal forma que combinamos esquí y turismo. Visitamos las ciudades de Estocolmo y Uppsala (famosa por su Universidad y, este año, por ser el 300 Aniversario del nacimiento del gran científico Linneo) y para el esquí estuvimos alojadas cuatro noches en la localidad de Mora en una agradable casa familiar.

Desde que pisamos tierra hemos encontrado nieve en todas las poblaciones pero allí están muy preparados. Para las aceras suelen echar una especie de gravilla para no resbalarse y los coches circulan con ruedas de clavos no haciéndoles falta cadenas. Las carreteras tienen otro asfalto y están siempre limpias con la ayuda de pequeñas quitanieves.

Este invierno no han tenido nieve hasta después de la festividad de Reyes; antes, sólo era agua y más agua, pero han llegado a acumular suficiente espesor para lo que es todo el recorrido de la marcha, que en un tramo discurre sobre un lago helado.

En España, todos sabemos lo que ha ocurrido esta temporada. Hasta San Valero no abrieron las pistas de fondo y, aquí, las precipitaciones han sido muy escasas, tanto de agua como de nieve, presentando las estaciones muy pocos espesores. Ello hizo que entrenáramos más entre semana e ir para allá con una forma física aceptable.

A lo largo de todo el invierno se han tenido que suspender la mayoría de las pruebas que se celebran en los Pirineos: la Marcha Beret en el Valle de Arán, la Plan d'Están en Benasque y la carrera de trineos, Pirena, entre otras. Desde su origen en 1922, la Vasaloppet sólo ha dejado de celebrarse en tres ocasiones por falta de condiciones adecuadas, la última en 1990.

Hay que reconocer que la organización es perfecta; se dedican a ello tres mil personas y participamos alrededor de dieciséis mil corredores, ¡¡16.000!! La recogida de dorsales se puede realizar o bien en la población de salida o bien en la de la meta desde varios días anteriores en una gran carpa que instalan. Nosotras estuvimos en Mora, lugar de la meta y dicha carpa está en pleno centro de la localidad. Diferencian por colores: para hombres, en azul; para mujeres, en amarillo y para veteranos, en naranja. El ambiente es espectacular, esquiadores de muchas nacionalidades (la inmensa mayoría,

suecos), de toda condición y edad, se mezclan en un silencioso bullicio. Allí, se puede comprar el billete de bus que sale entre las 4:30 h y las 5:00 h de la mañana hacia Sälen aunque nosotras, al final, fuimos en un autobús local para corredores que pasaba justo por delante de la casa en la que nos alojábamos, a las 4:00 h de la mañana llegando tras unas breves paradas a las 5:30 h a nuestro destino. Nos dijeron también que podíamos colocar los esquís en nuestro lugar de salida correspondiente, puerta de salida número 10 de 10, o sea, al final de toda aquella inmensa explanada y volver al bus para no enfriarnos hasta un poco antes de la salida. Junto con el dorsal te dan un chip con una cinta que tienes que atarte al tobillo, una pegatina con tu número de dorsal para cada esquí, otra para que la pongas con tus datos personales en el interior del dorsal y otra para que la pegues en la mochila donde metes la ropa de abrigo y la de recambio junto a los útiles de aseo para después de la marcha. Esto lo metes en un gran saco que lleva tu número de dorsal, diferenciado también en los mismos colores que los dorsales y que luego llevan, separadamente, a los patios de las escuelas. Es impresionante el manto coloreado que se crea. Los sacos los dejas o bien en los contenedores situados a lo largo de las calles o bien junto a las vallas un poco antes del comienzo de la carrera.

Minutos previos hay calentamiento dirigido por personal de la organización a través de potentes altavoces y..., a las 8:00 h... ¡¡¡en marcha!!!

Hay que vivirlo para poder comprenderlo. Unas cincuenta calles a lo ancho de corredores en una explanada de cerca de un kilómetro de largo.

Las primeras puertas son para los corredores profesionales, las intermedias para gente que ha participado en otras ocasiones obteniendo buen resultado o que han competido en otras carreras internacionales el año anterior y han quedado en buen lugar y, la última, la décima, para los populares, la nuestra, o sea, para los que no hemos hecho todavía gran cosa.

Los primeros tres kilómetros son cuesta arriba teniendo que subir en tijera y el atasco que se forma es monumental. Desde el aire, se observa una gran marea humana. Luego, ya sigue un gran llano y el resto son pequeñas subidas y bajadas, alguna gran bajada y llanos y llanos y llanos; remar, remar y remar...

Hay siete controles intermedios con sus respectivos avituallamientos que coinciden con pequeñas poblaciones. Te dan para beber bebidas templadas de naranja o arándanos y algún bollo para comer (las barritas y otros productos energéticos corren por cuenta propia) y también tienes un puesto de ceras en cada control, aunque para no perder tiempo lo habitual es también llevártelas encima.

Lo de la huella, para los de la salida número 10, es pura ficción, ya sólo queda en los tramos de bajada pues en los llanos al cambiarse de carril los corredores que han pasado previamente acaban destrozándola toda, o sea, a remar, a remar, a remar...

En una de las subidas, cuando íbamos en tijera, un corredor se resbaló y para no desequilibrarse movió sus esquís de forma que aterrizó con un golpe seco con uno de ellos encima de mi fijación y se me soltó la bota; me la pude

enganchar de nuevo rápidamente pero al llegar al control siguiente observé que la tenía totalmente levantada y suelta; me fui al servicio de ceras donde también tienen taller de reparación y me la cambiaron pues había quedado totalmente inutilizada. De los siete españoles que salimos en la puerta 10 llegué la primera al primer control, pero en la reparación tardaron 40 minutos en devolverme los esquís, ¡¡40 minutos!! con lo que teniendo en cuenta que entre control y control te dejan entre una hora y hora y media de promedio..., al siguiente control me dijeron: "adjö Vasa" (bye, bye)... De este grupo, cuatro llegaron a completar los 90 km, lo que tiene mucho mérito con las condiciones de la nieve que iban encontrando tras el paso de la marabunta humana. Otros cinco españoles más se inscribieron en la carrera, terminando tres de ellos. La única mujer española que llegó a meta es la jacetana, esquiadora profesional, Isabel Dumall, que hizo el mejor tiempo de todo el grupo español acabando en 7:40 h.

Este año la carrera la ganó el sueco Oskar Svärd que la completó con un tiempo de 4:43 h y la primera mujer fue Elin Ek, también sueca y de Mora, con un tiempo de 4:48 h, lo que tiene un mérito notorio, tan sólo 5 minutos de diferencia (¡!).

El récord está en 3:38 h pero este año las altas temperaturas diurnas y las heladas nocturnas hicieron que la nieve proporcionara unas condiciones de carrera más dura lo que provocó muchos abandonos.

El paisaje es espectacular, grandes bosques frondosos de coníferas, hayedos, abetales y abedules, a lo largo de todo el recorrido y varios lagos helados; pequeños pueblos con casas unifamiliares y todo cubierto con un espeso manto níveo.

Ninguna de las dos pudimos terminar pero estamos muy satisfechas. Desde cada control ponen autobuses que te llevan hasta Mora y allí recoges tus cosas.

Durante toda esa semana, desde el domingo anterior, se celebran carreras en la región tanto en estilo clásico como en patinador y en distancias de 30 ó 45 km, principalmente, pero el ambiente sin duda alguna está en la Vasaloppet; eso sí, habrá que correr otras carreras internacionales para poder meterse en puertas de salida anteriores.

Vi ses senare!!!

3.17. Vías ferratas

Blanca Latorre Vila

Anuario de Montañeros de Aragón 2007-2008, 22, 2008

[Segundo Premio de Registros Periodísticos Santiago Sagaste 2009]

"Una aventura es siempre algo extraordinario para el que tiene alma aventurera".

Johann Wolfgang Goethe (1749-1832, novelista y científico alemán)

Descubrí el mundo de las ferratas el año pasado en la semana de la festividad de San Juan. Bien es cierto que ambos, José Antonio Millán y yo, habíamos hecho ya algunas vías de no muy larga longitud ni dificultad por varios macizos cercanos a nuestra ciudad, Zaragoza, en localidades como Riglos, Vadiello, Rodellar, Broto, Benasque, etcétera, pero para esta ocasión quisimos elevar un poco más el nivel.

Planeamos estos días de vacaciones con el deseo de instalarnos en un lugar desde el cual tuviéramos acceso relativamente próximo a varias vías de dificultad aceptable y que a la vez nos permitiera descansar cómodamente para la siguiente jornada.

Así, después de consultar varias guías impresas y navegar unas cuantas horas por Internet, como mejor opción nos pareció la zona septentrional de Lérida y el Principado de Andorra. El resultado fue muy satisfactorio.

La climatología también se puso a nuestro favor y esta época del año nos gusta porque los días son muy largos, la temperatura es agradable y no hay problemas de mucho bullicio aún.

Como no habíamos escalado nada ese año no sabíamos muy bien cómo íbamos a responder, pero el entrenamiento habitual que realizamos fue suficiente para el ejercicio que desarrollamos después.

Quisimos comenzar el primer día por lo más duro, la vía Regina en Oliana (Lérida) para ir bajando de ritmo conforme se sucedieran los días y el cansancio acumulado fuera mermando nuestras fuerzas. Nuevo acierto.

Nociones básicas sobre vías ferratas

Para aquellos que no sepan muy bien qué es una vía ferrata, puede decirse, de una forma simplificada, que consiste en un itinerario deportivo que discurre por terreno rocoso y que está equipado artificialmente con elementos de *hierro*, tales como clavijas, grapas, puentes tibetanos o nepalíes, pasamanos, tirolinas, presas, cadenas, etcétera (hay quien incluso coloca escaleras en algunos pasajes produciendo un impacto visual demasiado brutal e innecesario a mi parecer). Todo el recorrido, en general, se acompaña de un cable de acero fijado a la roca con anclajes al que nos asimos con el disipador, que es un aparato formado por tres cuerdas en forma de Y, de forma que la parte más larga la unimos al arnés de escalada que llevamos puesto y las dos cortas son las que llevan cada una un mosquetón específico de ferratas que se engancha al cable. Éste, a su vez, está dividido en secciones para cumplir su objetivo de aseguramiento y cuando cambiamos de un segmento a otro pasamos siempre primero uno y, contrachapado (en dirección opuesta), el otro. El siguiente ferratista que va detrás de nosotros ha de esperar para no coincidir en la misma sección y así evitar posibles accidentes.

Conviene incorporar disipador un tercer mosquetón que se coloca en su anilla central, muy útil para poder descansar o esperar en algún momento concreto y, sobretodo, cuando se avanza por terreno extraplomado; también, para poder hacer fotos con relativa comodidad y evitar así hacer equilibrios forzados. Tampoco deben olvidarse la línea de vida que acompaña siempre al arnés, usada para asegurarnos en algún paso determinado, algún mosquetón

añadido y alguna cinta. En varias vías que hemos realizado, el primer elemento de agarre se halla situado a tres o cuatro metros sobre el suelo evitando así que algún curioso paseante se aventure por ese itinerario. Por ello, es aconsejable que el montañero que inicie la vía sea experto y coloque una escala o cinta que facilite la progresión a los siguientes. Y, obviamente, si vamos con gente inexperta o con niños o tenemos intención de rapelar, hay que llevar cuerda, descensor y mosquetón de seguridad.

Es fundamental, además, llevar puesto un casco de escalada que proteja nuestra cabeza de una posible caída de piedras o un resbalón inoportuno, calzado cómodo con suela de buen agarre y ropa deportiva adecuada. También resulta conveniente usar para las manos guantes de serraje o similares, ya que al avanzar continuamente por los elementos mencionados la piel sufre bastante.

En la zona elegida para nuestra aventura, todas la vías ferratas se pueden descender andando por un camino marcado o, en algún caso, bajando por ferratas de muy baja dificultad, por lo que no ha sido necesario llevar cuerda; por ello, una mochila pequeña es más que suficiente.

Grados de dificultad

En las vías ferratas hay distintos grados de dificultad, como ocurre, por ejemplo, con las pistas de esquí; en las cuales, de menor a mayor, encontramos las pistas verdes, las azules, las rojas y las negras. Pues bien, en las vías ferratas tenemos dificultad fácil, media, alta y muy alta. En España hay cuatro vías catalogadas como de dificultad *muy alta*: la Teresina en Montserrat (Barcelona); la Vía Ferrata del Pirata, en Puebla de Arenoso (Castellón), la Regina en Oliana (Lérida) y la Canal del Palomo en Vadiello (Huesca).

Esta última, de 200 m de recorrido, ha sido catalogada así puesto que se equipó con clavijas a mediados del siglo pasado y no tiene ni cable ni grapas ni más elementos de seguridad por lo que hay que llevar cuerda propia.

Si tienen una longitud prolongada suelen combinar más de un nivel de dificultad, lo cual permite no forzar demasiado.

Para los niveles bajo y medio no se necesita experiencia previa, aunque el segundo puede tener pasajes verticales. El tercer nivel, el alto, muestra ya un terreno vertical mantenido y los elementos de seguridad pueden estar más alejados unos de otros, lo que requiere de cierta práctica. Por último, el nivel muy alto es adecuado a personas que hayan realizado con anterioridad escalada porque los pasajes son largos, con cambios pronunciados, pasos aéreos, techos desplomados y presas separadas.

Los criterios que miden estos niveles los podemos resumir en cuatro.

En primer lugar, destacamos el aspecto atlético; se evalúan con este criterio la dificultad física, la fuerza de los brazos y el manejo del material en determinadas condiciones a lo largo de todo el itinerario.

El segundo criterio se basa en el aspecto psicológico y tiene en cuenta la sensación que provoca la verticalidad y el vacío. Si bien se trata de un criterio

meramente subjetivo, pues afecta de un modo diferente a cada persona, es evidente que a mayor nivel, aumentan la fatiga y la tensión muscular.

El tercer criterio a tener en cuenta es el relativo a la calidad, cantidad y naturaleza del equipamiento, utilizado, sobre todo, para valorar los tramos más verticales y los aéreos.

Finalmente, el cuarto criterio se refiere el terreno por el que transcurre el itinerario.

Primeras vías ferratas

A grandes pinceladas, las primeras vías ferratas conocidas se equiparon al monte Großglockner (Austria) a mediados del s. XIX y en la Marmolada (Italia) a comienzos del s. XX. Son conocidos por todos los equipamientos en las Dolomitas que los italianos instalaron con fines militares durante la Primera Guerra Mundial como consecuencia de sus enfrentamientos con las tropas del Imperio Austrohúngaro, caminos que utilizaron al finalizar la Guerra con fines deportivos y de ocio.

En España, el pionero fue un herrero de Torla (Huesca) a finales del siglo XIX, quien, a instancias de un cazador inglés, colocó las famosas clavijas en Cotatuero para salvar una pared vertical.

Vías ferratas que hemos recorrido

OLIANA (Lérida)

1ª Jornada: "Regina", en Oliana (Lérida)

Como decía, nuestra primera jornada fue la más dura de todas, comenzando por una vía de dificultad muy alta, la "Regina" en Oliana (Lérida), población que cuenta con un pantano homónimo muy próximo. La vía ferrata, apenas tiene impacto visual, el acceso desde la carretera es breve y sencillo al estar bien marcado el camino, de forma que hasta prácticamente el mismo inicio de la vía ésta no se ve. La vía se encuentra dividida en tres tramos siendo el último el de mayor dificultad. Terminó de equiparse en el año 2004, habiendo necesitado para ello un total de ocho años. Entre tramo y tramo hay vías de escape pudiendo descenderse por cómodos senderos; todo está muy bien señalizado.

La vía la realizamos en seis horas: cuatro, para el ascenso; hora y media de retorno; y media hora para los descansos.

El primer tramo asciende a una aguja característica, es muy asequible a novatos aunque el terreno presenta cierta verticalidad; recorrido corto pero con cierta emoción. También tiene una parte boscosa que contrasta con la dura roca.

El segundo tramo comienza con un ancho puente colgante muy aéreo, bastante impresionante y, a la salida, continúa por terreno muy vertical para llegar, más arriba, al tercer y último tramo que está prohibido a los más pequeños como bien indica un cartel, puesto que hay que realizar, tras otro tramo vertical y una travesía horizontal muy aérea, el llamado "Paso de la Fe", que consiste en pasar a unos 20 m del suelo de un espolón de roca a otro y la longitud de las piernas debe de tener cierta medida. Debo confesar que el

nombrecito del paso está muy logrado porque, en fin, la longitud de mis piernas tampoco es demasiado grande; más bien, lo correcto sería decir que no tengo mucha altura y el patio que observas bajo tus pies es considerable con lo que lanzar una pierna sobre el vacío hacia la pared de enfrente, realmente, es un acto de Fe. Pero bueno, tras descansar unos minutos para recuperar el aliento, excusándome con que quería fotografiar unas hormigas muy curiosas que, ciertamente lo eran, puesto que su tamaño era muy grande, proseguimos la ascensión hasta llegar al último muro que te da opción (un cartel lo indica) a progresar por terreno más fácil pero más largo o por terreno extraplomado. Ya puestos, nos decidimos por este último porque no tiene demasiados metros y llegamos hasta la cima tras ascender desde el comienzo 1.045 m de recorrido. El descenso, como decía, es por sendero sencillo y muy bien marcado. Sin duda alguna, una gran vía.

ANDORRA

Al día siguiente, nos desplazamos hasta Andorra. Estuvimos alojados en Escaldes y desde allí nos movíamos a los distintos sectores. Buscamos también en esta zona vías que no tuvieran apenas aproximación desde la carretera y que tuvieran cierto punto de emoción. Encontramos unas cuantas.

Realizamos siete vías, seis de las cuales las enlazamos de dos en dos en una jornada al ser relativamente cortas.

2ª Jornada: "Directísima al Roc del Quer" y "Canal de Mora" en Canillo

La "Directísima" del Roc del Quer tiene un nombre que describe perfectamente su carácter. Es de dificultad alta, bastante larga, con 550 m de recorrido y con pasos física y psíquicamente exigentes. Se han equipado instalaciones de rápel para poder bajar en caso de necesidad.

La ferrata asciende por diversos resaltes y muros desplomados, atraviesa dos zonas boscosas, un tramo curioso equipado con presas artificiales con morfologías variopintas y se llega al último tramo de unos 200 m de desnivel con un techo inmenso que se supera flanqueándolo por la izquierda, con presa artificial cuya forma asemeja a una calavera (muy acertado) y se continúa hacia la derecha por terreno vertical muy aéreo. Tras superar unas terrazas se alcanza el mirador del Roc del Quer con muy buena vista del valle.

El descenso lo hicimos por la ferrata "Canal de Mora" que parte próxima al mirador, es de dificultad media y tiene un recorrido de 290 m. Comienza desde arriba por descender una arista bien equipada y tras atravesar una zona boscosa se llega a una canal encajonada con itinerario muy fácil. El sendero que continúa hasta la carretera, como siempre, está muy bien indicado.

3ª Jornada: "Tossal d'Aixovall", en Sant Julià de Lòria y "Sant Vicenç d'Enclar" en Andorra la Vella

La primera vía, "Tossal d'Aixovall", de dificultad media, tiene dos opciones: un recorrido de 160 m por un tramo fácil o una variante atlética de 150 m de recorrido, opción por la que optamos. Se denomina así porque tras

el primer tramo vertical continúa uno segundo, desplomado con un pequeño paso atlético que exige mucha fuerza de brazos.

La vía "Sant Vicenç d'Enclar", también de dificultad media, tiene un recorrido de 270 m, está muy bien equipada, siendo lo más característico un muro desplomado de 10 m, casi al final, que también pone a prueba la fuerza de los brazos. Unas marcas amarillas llevan, de nuevo, por un sendero en ligero descenso al inicio de la vía.

4ª Jornada: "Roc d'Enquers", en Escaldes

La vía parte a un par de kilómetros desde el mismo Escaldes en dirección a Engordany y al pantano de Engolasters, tomando un desvío por un camino boscoso, con un recorrido de 530 m, de gran belleza y dificultad media.

La ferrata inicialmente transcurre por una pared granítica con muy buen agarre y las vistas sobre la ciudad son espectaculares. Tras una sucesión de resaltes, flanqueos y zona boscosa, se continúa por un tramo muy vertical y aéreo que llega a lo alto de una aguja de la que parte un corto puente nepalí que dispone para los pies de sólo una cadena que, con el viento que tuvimos, se balanceaba acompasadamente y cada mosquetón del disipador lo enganchamos a izquierda y derecha a un cable que estaba situado algo por encima de la cabeza. Tras unos cortos resaltes se llega a la parte más elevada y el descenso también es por sendero bien marcado. Aquí, topamos con un cruce de GR-11 de la etapa que va desde Encamp hasta Engolasters y el resto es bien visible como lo demás.

5ª Jornada: "Dels Racons" y "Canal del Grau", en Canillo

La última jornada de ferratas, también en Canillo, fue la que enlazamos la ferrata "Dels Racons" con la vía "Canal del Grau".

La ferrata "Dels Racons" es de dificultad alta, con un recorrido de 400 m y está situada a la izquierda del Roc del Quer por lo que mientras ascendíamos por la "Directísima" pudimos observar por dónde se dirigían los ferratistas que habían optado ese día por la Dels Racons. El terreno equipado busca los tramos más verticales y desplomados de la pared, aprovecha bastante bien los relieves naturales de la roca evitando un excesivo equipamiento, lo que consigue pasos atléticos y entretenidos. Destaca un desplome exigente en la parte superior de la vía y a su salida encontramos una presa artificial que nos permite acceder a los últimos muros verticales que finalizan en los prados del Roc del Quer.

El retorno lo realizamos este día enlazando por la vía "Canal del Grau", de dificultad alta, con un recorrido de 350 m de longitud. Sobresalen dos puentes colgantes de pequeño recorrido colgados sobre el torrente del Grau y entre uno y otro se realiza una travesía horizontal con roca algo descompuesta; también presenta tramos aéreos y ascensiones a agujas características. El descenso, como es habitual, por sendero bien marcado hasta la carretera.

En suma, días intensos, buenas vías y bonitos recuerdos.

3.18. The Big Five

Blanca Latorre Vila

Anuario de Montañeros de Aragón 2008-2009, 24, 2009

“No dejes que el día termine sin haber crecido un poco,
sin haber sido feliz, sin haber aumentado tus sueños.

No te dejes vencer por el desaliento.

No abandones las ansias de hacer de tu vida algo extraordinario”.

Walt Whitman (1819-1892, poeta estadounidense)

Todo comenzó hace mucho, mucho tiempo. Sí; todo se inició hace millones de años. Y surgió aquí, aquí mismo. Y sucedió por la conjunción de distintos fenómenos geológicos acaecidos durante cientos de miles de años, con un denominador común: el Gran Valle del Rift o sistema Rift Valley, como se le conoce en inglés.

Hace aproximadamente 30 millones de años, la acción divergente de las placas tectónicas de Eurasia y África contribuyó a la expansión de la corteza terrestre, produciendo una gran fractura geológica que discurre a lo largo de casi 5.000 km en dirección N-S, desde Etiopía hasta Mozambique. Se trata de un proceso actualmente activo, calculándose que dentro de unos 10 millones de años, África se desgajará en dos continentes diferentes separados por un nuevo océano.

Esta gran falla se bifurca a la altura de África Central en dos ramas, volviendo a unirse más al sur, concretamente en la actual Tanzania. El ecosistema de bosques y selvas que ya prevalecía entonces, ha subsistido hasta nuestros días en la rama oeste del Rift, habitada por chimpancés y gorilas. En la génesis de este proceso también se formaron el macizo etíope y los montes de Mitumba, erigidos como una especie de barrera natural contra todos los frentes lluviosos provenientes del Atlántico, creándose de esta manera un ecosistema de sabana con un clima más seco.

Por esta causa, los primitivos chimpancés, que hasta entonces vivían muy a gusto en las ramas de los árboles, se vieron obligados a hacerse bípedos y a buscar el alimento por otros métodos. Fue así como surgieron nuestros antepasados comunes: los primeros homínidos.

Pero toda esta narración evolucionista (coincidente con la conmemoración del segundo centenario del nacimiento de Charles Darwin) no concluye aquí, pues a lo dicho siguieron también otros fenómenos geológicos, igualmente importantes, derivados de la acción de esta gran falla: el magma derretido en las profundidades de la corteza terrestre ascendió a la superficie a través de las fisuras y esta efusión constante de lava a lo largo de miles de años originó la gran montaña del Kilimanjaro, un estratovolcán ecuatorial compuesto de capas yuxtapuestas de diferentes materiales, tales como lava endurecida, piroclastos y cenizas volcánicas. Para ser más exactos, lo que se conoce como Kilimanjaro, en realidad son tres volcanes: el Shira, el más

antiguo de los tres y el primero en extinguirse; el Kibo, el que se asciende y, aunque ahora dormido, continúa activo, habiendo sucedido la última erupción hace 200 años, en la que se originaron el cráter y el Hoyo de Cenizas. Parte de la lava que descendió por las laderas del volcán hacia la meseta de Shira solidificó rápidamente como obsidianas, cuyos fragmentos podemos apreciar en el campamento de Shira, el segundo en el que pernoctamos. Por último, el tercer volcán es el Mawenzi, que también se encuentra extinguido en la actualidad.

Desde Ptolomeo, quien buscando las fuentes del Nilo nos legó por medio de sus escritos una primera descripción de la montaña con sus nieves perpetuas, y hasta la actualidad, son muchas las personas que se han acercado a estos parajes atraídos por la magia de la más alta cumbre africana, la cual ha sido estudiada por numerosos científicos y exploradores y ascendida y visitada por innumerables hombres y mujeres, de todo el mundo y con muy diversos fines.

Al popularizarse el Kilimanjaro a mediados del siglo pasado (en lo que quizá pudo influir decisivamente una famosa película de Hollywood), las autoridades de Tanzania estimaron conveniente regularizar, planificar y controlar su acceso, coincidiendo también con su declaración como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO y su transformación en Parque Nacional en 1973. De esta manera, sólo se puede acceder al Kilimanjaro de forma limitada y exclusivamente con guías locales, los cuales, para cada una de las diferentes rutas de ascenso y descenso ya trazadas, muestran los lugares previamente señalados donde poder establecer los campamentos. Estos guías son formados en una escuela de montaña ubicada en la ciudad tanzana de Moshi, debiendo cursar una serie de ciclos o etapas, que se superan tras la realización de ciertas pruebas de aptitud. La mayoría de ellos comienzan como porteadores y conforme superan los ciclos formativos van subiendo de categoría: ayudantes de guía, guías –propiamente dicho– y jefes de guía. Asimismo, para cada ascensión, se hacen acompañar, con carácter obligatorio, de cocineros y ayudantes de cocineros, todos ellos en número variable en función de los grupos que tengan que guiar.

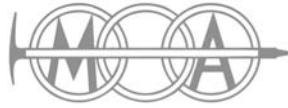
Los guías del Kilimanjaro pueden ser contratados por los expedicionarios mediante varias vías: a través de agencias de viajes de aventura establecidas en los países de origen; por medio de las agencias de viaje locales, una vez llegados a Tanzania o Kenia; o directamente por internet. Esta última opción fue la elegida por nosotras. Teníamos referencia de una dirección de internet y (con sus más y sus menos) al final resultó ser una buena elección. Los guías que nos acompañaron en nuestro periplo fueron Joseph, Richard, John y Roddrick, entre otros. En cuanto al vuelo hasta Tanzania, lo conseguimos aparte, y también por internet. Partimos el 27 de agosto de 2008, desplazándonos por carretera a Madrid, donde cogimos un primer avión hasta Ámsterdam (Holanda). Allí, cambiamos de aparato y, con la misma compañía aérea, en vuelo de larga duración (unas siete horas), aterrizamos en el mismísimo aeropuerto del Kilimanjaro, a unos 30 Km de Arusha, ciudad

tanzana en la que pernoctamos en nuestro primer día en África y convertimos también en nuestra base.

A cada una de nosotras (The Big Five) el Kilimanjaro nos atraía por un motivo especial. Algunas habíamos coincidido en distintas ascensiones en los Alpes, otras en viajes turístico-deportivos. Y nos conocíamos las cinco al haber compartido en los Pirineos varias jornadas de montaña y de esquí. De repente, surgió el proyecto: ¿y si vamos al Kilimanjaro? Teníamos varios amigos comunes que ya estuvieron allí, y un grupo de socios del club lo ascendieron el año anterior. Los comentarios que escuchamos de unos y otros y las fotografías que pudimos ver nos convencieron para dar nosotras ese paso. Así que empezamos a poner en marcha el proyecto y, en función de recomendaciones, disponibilidades y vacaciones, fijamos fechas.

Después de consultar bastantes libros y guías, muchas páginas de internet y asistir a algunas conferencias, elegimos las que iban a ser nuestras rutas hacia el Kilimanjaro. Las cinco teníamos muy claro que preferíamos unos itinerarios con cierto atractivo montañoso y también considerábamos decisivo para nuestra elección que la ruta a seguir se apartara de la vía normal, mucho más transitada y masificada. En definitiva, de entre las cinco opciones posibles de ascenso y las dos de descenso, nos decidimos por dos vías, cada una de un único sentido: la Machame, como ruta de ascenso, y la Mweka, para el descenso. Se trata de dos rutas poco transitadas y, por ello, en los cinco días que necesitamos para alcanzar las cumbres del Kilimanjaro, apenas nos cruzamos con algún que otro porteador solitario. La única excepción a este avance *en solitario* se produjo el día en que atacamos la cima, pues nuestro último trayecto a lo largo del cráter era coincidente con el itinerario seguido por los que accedieron por la vía normal si bien, a la hora en que llegamos nosotras al cráter, apenas quedaba gente debido a que nuestro trayecto era el más largo de todos desde el último campamento y, además, habíamos comenzamos la marcha las últimas (cuestión que comprobamos al no ver por debajo nuestro luces procedentes de las linternas frontales que portábamos para poder andar de noche sin grandes problemas).

Otra cuestión que antes de partir teníamos muy clara las cinco (o sea, Beatriz Gracia, Carolina Chóliz, Myriam García, Teresa Gazo y yo), fue que aunque el Kilimanjaro no presenta mayores dificultades técnicas, no deja de ser una gran montaña de casi 6.000 metros de altura, lo cual requiere de una buena aclimatación para no padecer el fastidioso mal de altura (el cual podemos describir como aquel estado físico en que se producen ciertos efectos en el organismo humano, en diferente grado que, de menos a más, comienza con dolores de cabeza, mareos y vómitos, pudiendo incluso llegar a producir un edema pulmonar o cerebral, con consecuencias nefastas para las personas). Por esta razón, decidimos comenzar nuestra aventura en el Monte Meru, otro estratovolcán ecuatorial situado a unos 70 km del Kilimanjaro, también en Tanzania, y que tiene una altura de 4.562 metros. Es la segunda montaña más alta del país y está localizado en el Parque Nacional de Arusha. Nos dirigimos hacia ella una vez que ya habíamos descansado unas pocas horas en el hotel de Arusha, después de nuestro largo viaje aéreo.



Debido a que en la primera jornada para ascender al Monte Meru se atraviesa una zona boscosa y selvática con fauna salvaje (vimos animales del tipo búfalos, cebras, jirafas, antílopes, gacelas, facoceros –parecidos a los jabalíes–, babuinos –simios muy agresivos–, colobus –monos de larga cola con pelaje blanco–, busbuck y dik-dik –mamíferos hervíboros– y también excrementos de leopardo y de elefante –según nos indicaron los guías–), íbamos acompañadas, además de por el séquito preceptivo de guías, portadores, cocineros y ayudantes de cocina, por un *ranger* pertrechado con un rifle. Afortunadamente, no hubo necesidad de comprobar su pericia en el uso de las armas, aunque eso sí, no se le escapaba ni uno, y nos iba señalando con la mano, en silencio, todos y cada uno de los animales más próximos.

Sólo se requieren tres jornadas (dos noches) para ascender esta montaña y el último campamento, por la tarde, lo utilizamos también para subir al Pequeño Meru de 3.800 metros, y así mejorar algo más nuestra aclimatación. Cada día anduvimos una media de cuatro o cinco horas.

El día de cima del Monte Meru comenzamos la marcha sobre las dos de la madrugada. A esa hora hacía mucho frío, con una niebla muy cerrada, y el suelo completamente cubierto de escarcha. En los últimos doscientos metros hasta la cumbre tuvimos que trepar ligeramente pero, finalmente, tras algo más de cinco horas de ascenso, logramos alcanzar la cima. Aunque, debido a la niebla, desde lo más alto del Monte Meru no podíamos disfrutar de las vistas sobre el Kilimanjaro, la naturaleza nos compensó sobradamente con un deslumbrante espectáculo: durante varios minutos nos deleitamos con la contemplación de un arco iris circular, sobre el que se proyectaban tanto nuestras figuras como la silueta del Monte Meru. Un precioso, maravilloso, regalo para la vista, rebosante de colorido.

El descenso fue muy rápido y tranquilo sobre los piroclastos y la ceniza volcánica, apenas dos horas en total. Al día siguiente, el último de nuestras jornadas en el Monte Meru, descendimos por un camino distinto al del ascenso, a través del bosque, pasando por debajo del Gran Árbol que, a modo de arco, hay sobre la pista; nos contaron los guías que incluso los elefantes lo hacen.

Tras disfrutar de un día relajado en Arusha, que dedicamos a reponer fuerzas y visitar unas poblaciones cercanas para conocer algo más de su cultura y modo de vida, iniciamos nuestro periplo hacia el Kilimanjaro dirigiéndonos a la Puerta Machame, situada a 1.800 metros de altura. Tuvimos que detenernos ante una gran verja cerrada que los guardas del Parque sólo abren a quienes llevan el permiso de ascenso, permiso que se obtiene de las autoridades nacionales a través de las agencias de viajes antes mencionadas.

Al igual que como ocurrió cuando estuvimos en el Monte Meru, y debido a que cada porteador únicamente puede cargar hasta un máximo de 20 kg, nos pesaron todos y cada uno de los petates que integraban nuestro equipaje, justo al pasar dicha Puerta; nosotras llevábamos sólo lo indispensable para la marcha de cada jornada. En el Kilimanjaro también se anda una media de cuatro o cinco horas diarias y, más o menos, se ascienden al día unos mil metros de desnivel.

Suele decirse que en la ascensión al Kilimanjaro en cada día se pasa por una estación climatológica diferente; nosotras comprobamos que eso es cierto. El primer día transcurre por un ecosistema de bosque tropical. Aquí no hace falta ir acompañados de un *ranger*, puesto que la gran cantidad de gente que cada año se aventura por estas tierras ha ocasionado la huida de la fauna hacia otros lugares más tranquilos. Lo que sí pudimos observar es una gran variedad de arbustos y flores, muchos de ellos especies endémicas, es decir, que sólo se encuentran en estos parajes, como la *impatiens kilimanjarica* (con forma de trompa de elefante y vivos colores), el *senecio* o la *lobelia*. Al tratarse de una zona muy húmeda, las tiendas del campamento (las cuales también son aportadas por los guías) acabaron mojándose, por lo que tuvimos que estar muy atentas y ser especialmente cuidadosas para que la ropa y el calzado permanecieran secos.

El segundo día abandonamos el bosque tropical, y nos adentramos en un paisaje completamente distinto, ahora transformado en páramo; como, además, había algo de niebla, el aspecto era un tanto fantasmagórico. Afortunadamente, tras una fácil y corta trepada, llegamos al campamento de Shira donde los porteadores nos recibieron, comocada día, con un pequeño balde con agua caliente para asearnos un poco. Por la tarde, fuimos a dar un paseo por los alrededores del campamento acompañados por los guías, asistiendo así a la ya convertida en habitual clase de botánica que tanto nos maravillaba. El mar de nubes daba paso a un atardecer de ensueño. Sólo nos llevábamos una hora de diferencia horaria con España y, más o menos, contábamos con las mismas horas de luz.

La tercera jornada es considerada comúnmente como de transición, ya que se inicia y concluye prácticamente a la misma altura, unos 3.900 metros, si bien en algún momento del recorrido llegamos a subir hasta la cota 4.600 metros. Dejamos, por tanto, las plantas arbustivas y el monte bajo característicos del páramo, vistos el día anterior, para pasar ahora, en la zona más elevada de esta jornada, al ecosistema característico del desierto alpino, con una vegetación muy escasa y abundantes rocas de origen volcánico, que lo asemejaban a un paisaje lunar. Desde Lava Tower, en el punto más elevado, descendimos por el Valle del Barranco hasta el campamento, recuperando de nuevo la vegetación propia del páramo. En este lugar, para nuestra sorpresa, nos encontramos un auténtico jardín botánico de espectaculares plantas endémicas como el *senecio kilimanjari* y la *lobelia*, antes mencionados. El *senecio* es un arbusto del que cabe señalar, como curiosidad, que puede llegar a alcanzar hasta los 5 m de altura y al que le brotan las ramas a un ritmo de una cada cinco años, lo que permite adivinar fácilmente la edad de la planta.

En el cuarto día, finalmente completamos la travesía por toda la cara sur del Kilimanjaro que habíamos planificado para favorecer nuestra aclimatación y, una vez logrado, a lo largo de estos días ascendimos durante un largo trecho por una gran pared en la que, en ocasiones, nos vimos obligadas a apoyar las manos pero sin ninguna dificultad.

Las lobelias, unas plantas de considerable tamaño, que la tarde anterior se nos mostraban con las hojas abiertas, a la mañana siguiente estaban completamente cerradas para protegerse de las bajas temperaturas.

Otra curiosidad que pudimos apreciar tras haber recorrido toda la cara sur del Kilimanjaro es que los riachuelos junto a los que suelen instalarse los campamentos tienen un caudal muy bajo, como consecuencia del escaso deshielo de los glaciares que cuelgan de la cumbre de la montaña. Esto es debido a que se trata de una montaña situada muy próxima al Ecuador, tan sólo 3° al sur del mismo, por lo que soporta los rayos solares muchas horas al día y la mayor parte del año; a lo cual se añade que, al tener una altura tan elevada, se encuentra siempre por debajo de los 0° C. Todo lo cual produce el siguiente fenómeno atmosférico: las masas de hielo apenas llegan a fundirse y transformarse en líquido elemento, sino que el hielo, con las constantes bajas temperaturas, pasa directamente a estado gaseoso por efecto de la sublimación.

Por fin llegó el quinto día, la jornada definitiva y última para subir a la cumbre del Kilimanjaro; concretamente, el 7 de septiembre. De nuevo, habíamos avanzado por el ecosistema de desierto alpino, y en el último campamento, llamado Barafu, apenas dormimos un par de horas; los guías, cuando eran las 23:30 h, nos despertaron. Estábamos a 4.500 metros de altura y aún nos quedaban casi 1.400 metros de desnivel hasta llegar a la cumbre. La noche se nos hizo especialmente larga y, sobre todo, muy, muy fría. Unas pocas horas después, al amanecer, el termómetro todavía marcaba -20° C y, con las primeras luces del día, pudimos ver, a lo lejos, la espectacular silueta del Monte Mawenzi. Afortunadamente, esos primeros rayos solares también comenzaron a templar nuestros entumecidos cuerpos y, con el té que portábamos en los termos y alguna barrita energética que nos habíamos traído de casa, empezamos a encontrarnos algo mejor.

Nuestra marcha era más bien lenta, muy lenta, haciendo caso de la recomendación de nuestros guías: "pole, pole" (despacio, despacio); consejo que llevamos a la práctica día tras día y que tan buenos resultados nos dio, pues con ello, no sólo evitamos el cansancio sino que nos ayudó también a conseguir una mejor aclimatación. Durante la ascensión únicamente nos cruzamos con dos pequeños grupos que, habiendo descartado lograr hacer cumbre, optaron por regresar al campamento. De nuestro grupo, en cambio, continuamos todos, nadie se dio la vuelta, y en Stella Point, a 200 metros de la cima, aprovechamos para efectuar una parada más larga, cuando eran las seis y media de la mañana. Ciertamente, apenas quedaba desnivel para alcanzar la cumbre, pero ese recorrido hasta la cima, que discurría por el cráter del Kibo, era largo. Así, esos últimos 200 metros de desnivel nos costaron casi una hora. Muchas personas se dan la vuelta aquí. De hecho, según las estadísticas que nos dieron, un 40% de todos los que van al Kilimanjaro no llegan hasta la misma cima.

En estos últimos kilómetros apreciamos las grandes masas glaciares que aún permanecen, y que en algunos puntos llegan a alcanzar más de 40 metros de altura. Como ya he contado anteriormente, estos glaciares retroceden por

efecto de la radiación solar, constatándose en los últimos estudios realizados, que la velocidad de retroceso es cada vez mayor.

Por fin, llegamos a la cima y pudimos ver cumplidos nuestros sueños ("our dreams became true" como nos repetía continuamente Richard, uno de los guías, infundiéndonos ánimos). Nuestra satisfacción era absoluta, total. En la cumbre del Kilimanjaro ya no soplaban nada de viento, el sol brillaba en lo alto, la visibilidad era plena; ya no sentíamos nada de frío. Todo era alegría, nos abrazamos con orgullo unos a otros, ¡y hasta nos quedaban energías para celebrarlo dando pequeños saltitos estilo *masai*!

Una vez realizada la correspondiente sesión fotográfica, que inmortalizó nuestra hazaña, iniciamos el descenso. Lo que tantas horas y tanto esfuerzo costó subir (unas ocho horas), apenas exigió hora y media de bajada para poder llegar de nuevo al campamento; el descenso por los piroclastos y la ceniza volcánica fue muy rápido y cómodo.

Este día se hizo muy largo, ya que tuvimos que ayudar a desmontar todo el campamento y descender otros 1.500 metros más; esto es, en una sola jornada ascendimos unos 1.400 metros de desnivel y descendimos casi 3.000 metros. Lo cual, como todos sabemos, no es nada recomendable para nuestras articulaciones ni para el esqueleto, pero..., como suele decirse, todo tiene sus pros y sus contras.

Cuando, por fin, llegamos al que iba a ser nuestro último campamento y, por tanto, la última noche en la fascinante y mágica montaña africana, aún tuvimos ánimo y energía suficientes para celebrar nuestro éxito. Y también los porteadores y guías, a la mañana siguiente, tras el desayuno, quisieron obsequiarnos con un baile típico y con la canción del Kilimanjaro, infundiéndonos una gran alegría.

Conservamos para siempre esos buenos momentos de tertulia reunidos en torno a la mesa cada tarde, las charlas magistrales de botánica, la sonrisa y el buen humor de todos los componentes del grupo, las partidas de cartas después de la cena, las noches iluminadas bajo un cielo repleto de estrellas, los colores de la tierra, los olores tan peculiares, los sonidos de la naturaleza...

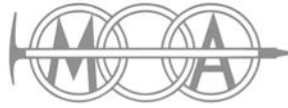
Un último apunte. Después de tantos días de convivencia con los guías, estos nos confesaron que, al saber que su misión era conducir hasta la cima del Kilimanjaro a un grupo de cinco mujeres españolas, estaban convencidos de que su trabajo acabaría pronto. Pero, una vez que las cinco logramos subir tanto el Monte Meru como el techo de África, pasaron a llamarnos las *Cinco Grandes* (*The Big Five*), en alusión a los cinco animales de la sabana más codiciados: el rinoceronte, el león, el búfalo, el elefante y el leopardo.

IV. A CABALLO ENTRE LA CULTURA Y EL DEPORTE:

4.01. El Portillón de Benasque

María Eugenia Suárez Lamarca

Anuario de Montañeros de Aragón 1997-1998, 11, 1998



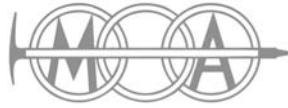
“Tal vez hay que subir al Puerto de Benasque para contemplar la Maladeta bajo su mejor aspecto. Al viajero que, después de rodear su base, ha subido por el largo valle del Ésera, se le ha ido revelando progresivamente. Pero si ha subido, al contrario, por las oscuras revueltas de la vertiente francesa, es como el espectador que llega con retraso al espectáculo: la puerta está cerrada, ningún ruido se filtra del exterior; se abre, y estalla la sinfonía... Este milagro de la música es también el milagro de la montaña, y la estrecha rendija del Puerto de Benasque es la puerta que, al abrirse, precipita en un mundo encantado al viajero que viene de Francia”.

Jean Escudier (1972)

Uno de los lugares más carismáticos para el Pirineísmo es, quizás, el Portillón de Benasque. Este collado ha conocido a un sinfín de visitantes, montañeros en su mayoría, que al encararse con las privilegiadas vistas de los Montes Malditos –armados tanto con piolets como con pluma y tintero–, escribieron una de las páginas más bulliciosas de la Historia pirenaica.

Desde tiempos remotos, ya se contaba en el valle de Benasque con los Cuatro Puertos para comunicarse con Francia. Utilizados de forma variable, éstos eran, desde el Oeste: el de Oô, el de Bielh, el de la Glera y el de Benasque. De dichos pasos, el decano lo constituía, lógicamente, el Bielh o Puerto Viejo. Luego, parece que este último fue poco a poco desbancado en tráfico por el de la Glera (o Llera). Es únicamente a partir del siglo XVIII, cuando cobrará protagonismo el Portillón. Su significado, en aragonés, indica un “collado estrecho”..., mientras que la palabra Puerto proviene del francés “Port”, o puerta. El origen de este paso con Francia lleva aire medieval. Las primeras referencias que se tienen del Puerto de Benasque datan del año 1325, en el que el Conde de Comminges abre esta ruta para evitar pagar aduana al rey Jaime II de Aragón. Así, sus hombres debieron culminar el trazado de una senda ampliando la pequeña brecha natural que existía. Los primeros usuarios, cuando el cortado del Puerto de Benasque era poco menos que impracticable para las bestias de carga, hacían el transporte de mercancías y de alimentos exclusivamente a sus espaldas. Por supuesto, sería siempre zona con abundante contrabando, hasta tiempos bien recientes...

La primera descripción del collado nos llega del ingeniero militar francés Thierry, sobre 1688: “El camino tuerce hacia la izquierda, subiendo como por una escalera, la cual conduce encima de las montañas donde está el Puerto; en este lugar hay una cruz que hace la separación de las provincias, y este punto es estrecho de manera que es muy fácil defender el paso, y tiene dos rocas a cada lado del camino, las cuales son escarpadas e inaccesibles, pareciendo así que se pasa entre dos murallas... Al cruzar este pasillo se descubren las montañas del costado de Aragón y mucho país del costado de Francia. Este Puerto se llama Benasque”. El interés bélico del collado siempre fue evidente: durante la Guerra de Sucesión española, los franceses pretenden hacer pasar cañones por el Portillón para tomar el castillo de Benasque. Así, en 1711,



Fontenau calcula que para vencer este collado y transportar tres obuses del doce habría que poner mil hombres a trabajar y las correspondientes tropas de protección, tardando quince días y con costo de quince mil libras. La carretera no se realizó, mas sí se enviaron soldados para guarnecer el Portillón. Un cronista escribiría que “en nuestros días, los turistas de Luchon que van al Puerto de Benasque para admirar las salvajes bellezas de la Maladeta, están lejos de saber que, sobre las mismas pendientes escarpadas, hace dos siglos acamparon día y noche batallones de quinientos soldados, abrumados de fatiga por las marchas, siempre alertas, a menudo descalzos y con uniformes hechos jirones, esperando resignados durante días enteros el trozo de pan que nunca llegaba”.

En el año 1764, un ayudante del barón d'Étigny, De Lassus, comenzaría los arreglos del collado: “En Bagnères-de-Luchon hemos visitado dos puertos: uno, que se llama el Portillón, que va a parar al valle de Arán; y el otro, el gran puerto que va a Benasque. Hemos encontrado los dos puertos muy cómodos de abrir; hay tierra por todas partes, en algunas ásperas pendientes cercanas”. A partir de entonces, lo podrían atravesar las caravanas de mulos. Mas nuevos acontecimientos bélicos discurrirían en estos parajes montañosos. Durante la Guerra de Independencia, las tropas napoleónicas tratan de ocupar Benasque por el Norte, en agosto de 1809. El día 31, se produce un decidido ataque contra los paisanos aragoneses que lo defendían. Mas el coraje de esta tropa mandada por Pedro Berot y la ayuda llegada desde el valle, lo desbaratarían. Los franceses habrían de tomar la estratégica Benasque (tres meses después), por el sur. A través del Portillón enviarían, con menudo, tropas de refuerzo a su guarnición: Guirao y Sorando cuentan que, en una de estas ocasiones, doscientos Cazadores de Montaña galos pasan desde Luchon –el 25 de enero de 1810– en un solo día “tras una penosa travesía por las montañas llenas de nieve”.

Evitando los períodos de enfrentamientos, pronto iba a recibir el Portillón a un buen número de pirineístas famosos, que lo utilizarían como paso hacia su objetivo: la Maladeta o el Aneto. Así fue cómo cruzaron este collado Louis Ramond, Louis Cordier, Vincent de Chausenque, Platon de Tchihatcheff... Este último nos narraría: “Llegamos con muchas fatigas al puerto de Benasque; este collado atraviesa como un pequeño corredor la cresta de la montaña”. Acercándose ya la mitad del siglo XIX, el número de curiosos iba acrecentándose notablemente. El hecho de que se pudiese llegar al Portillón a caballo –como mostraba el grabado “El puerto de Benasque y la Maladeta”, de Édouard Paris (1842)–, facilitaría su auge. Los relatos de viajeros, lo prepararían para el gran público. Así lo retrataba Clifton Paris a mediados del siglo pasado: “Hemos llegado al Puerto. Una crucecita de hierro incrustada en la roca española atrae la mirada y el pensamiento en un lugar tan sublime, que la naturaleza impone una religión al corazón de los hombres, por temor o por admiración. En medio de esta hendidura, aparece la Maladeta, de flancos recubiertos de nieve y hielo, contra los cuales son imponentes los rayos solares; es el Mont Blanc de los Pirineos; es la montaña maldita y temible, fatal para los cazadores y los curiosos”.

La fascinación por las vistas del Portillón sería una constante que no cambiaría con los años. Henry Russell nos dejaría una bucólica descripción de su postrera ascensión al Puerto (la primera, fue en 1863), en septiembre de 1893: "Al final de un verano tropical, los glaciares estaban desnudos por completo, dislocados y desgarrados en abismos sin fondo. Eran de un gris sucio y azulado que los hacía confundirse con la tierra de los alrededores. Y, por encima de todas estas todas soledades, las puntas nevadas de la Maladeta, inflamadas por la tarde, horadaban el cielo de Aragón como láminas de oro, mientras sus glaciares aparecían vagamente a través de una especie de neblina que no era todavía nube, pero que ponía sus nieves de luto". Otro poético ejemplo nos lo brinda la narración de Belloc "De Bagnères-de-Luchon aux Monts Maudits", de hace justo un siglo: "Cortada limpiamente en la roca, la sombría brecha que se diría que el famoso sobrino de Carlomagno habría practicado con su *Durandal*, comienza a mostrarse. Un viento glaciar, metiéndose con rabia en la estrecha abertura, parece defender las cercanías de la cresta fronteriza".

La brecha en la línea fronteriza se apoya en dos montañas: el Pico Salvaguardia (2.738 metros) y el de la Mina (2.708 metros). La primera, también denominada Tuca de Cabellut, asocia su nombre a una trágica historia... Durante la persecución religiosa tras la Revolución francesa, una monja, cruzando el Portillón, trataba de huir a España buscando su "salvaguardia". Quizás una tormenta la desorientó y llevó sus pasos hacia la cumbre de la Tuca, donde moriría de agotamiento. Toussaint Lézat encontraría, ya en 1849, los supuestos restos de la religiosa, así como algunas pertenencias. Las vistas desde el pico de Salvaguardia eran muy alabadas, especialmente por los guías luchoneses: "A tus pies verás Luchon, la avenida d'Étigny y el Casino como si estuvieras allí, y puede que incluso oigas la música". En cuanto al otro pico, sufriría también un lógico cambio de nombre. Antes pico de la Fraiche, una mina de mineral que fue abierta en su falda, sobre 1786, motivó la permuta. El Barón de Dietrich, su descubridor, así lo contaría: "En la vertiente meridional, que vierte sus aguas a España, he llegado con riesgo de mi vida hasta un filón de mina de plomo, que partía en dos la cresta estrecha de esta montaña esquistosa en ruinas". En el lado francés del Puerto, se encuentra uno fácilmente con los lagos de Boum (cuyo nombre en "patois" es "Boum dét Cap dét Port", queriendo significar "boum" lago). Antaño se les suponían escenario de historias a cuál más fantástica, como que su profundidad era inmensa y estaban comunicados con el mar, o que en su fondo había oro. También les situaban la leyenda de los espíritus "Éras Éncantadoras": moraban en sus aguas, por lo que había que pasar por la orilla en silencio para no despertarlos y evitar ser arrastrados al fondo... Mas, volviendo de nuevo al Portillón, anotar que habría problemas, ya a finales del siglo XIX, para determinar su cota. El coronel Prudent afrontaría la cuestión en 1888: "Es penoso tratar de ser concluyente en el tema de la altitud del puerto de Benasque. El mapa 1:80.000 le atribuye 2.417 metros, y un proyecto de carretera de *Puentes y Calzadas*, 2.448 metros. La cota del mapa ha sido obtenida por miras topográficas y, como pasa todos los puertos, y más en éste

que es un corredor, aquéllas son muy inciertas". Finalmente, se optaría en consensuar la altitud de 2.430 metros para el collado, a base de sacar las medias de los registros de Belloc, Gourdon, Lequeutre, Saint-Saud y Schrader.

El interés y la animación turística que fue levantando el lugar, explican la oportuna ubicación de la cabaña de Cabellud. A 2.300 metros de altitud y en el lado español de la brecha, esta especie de hostel permanecería en activo unos setenta años: desde 1860 hasta 1930. El promotor, Francisco Cabellud, su hijo Paco y el criado Martín, se encargarían del funcionamiento de esta vanguardia de la hostelería hispana. El ya citado conde Russell estaba totalmente enamorado del horizonte que se gozaba alojándose en la cabaña: "Se podría vivir veinte años en este lugar magnífico, sin cansarse nunca de mirar la Cadena Maldita, que se extiende hacia el sur. Cada nube, cada hora, cambia su aspecto". Los turistas franceses recibirían con agrado la iniciativa, aunque también se oirían quejas por "los precios fantásticos por subirte al Salvaguardia, por alquilar caballos, por una tortilla, un trozo de buey, un poco de foie-gras, fresas, o por el moscatel Binn de Zaragoza". Quienes sí apreciaban la cabaña, hablaban de sus guardas de otro modo. Como Henri Spont: "Cabellud tiene el aspecto de bandido, pero es un hombre valiente, muy amable y servicial: es amigo de todo el mundo". O de su hijo, como el pirineísta Benoist: "Paco habla poco, ni en su lengua que es el español, ni en su francés nasal; pero lo poco que dice, le sale del corazón: es valiente, servicial, siempre alegre... Es, entre los buenos españoles, uno de los mejores". Este último Cabellud regentaría la cabaña tras su padre, que tan sólo la llevó seis años. Una construcción así, a cinco minutos del puerto, no haría más que animar las excursiones. Esto nos lo cuenta Antoine Benoist en 1893, subiendo desde el Hospice de France: "Llegando a la casa de Cabellud, vimos descender el Puerto, en una línea sinuosa y pintoresca, a noventa turistas a pie o a caballo que habían esperado contemplar aquel día el valle del Ésera, "el valle de Josafat" como lo llama el conde Russell, con sus pinos quemados por los rayos, torcidos por las avalanchas y que dominan, mil metros más arriba, los picos y glaciares de los Montes Malditos". En cuanto al ambiente en las cercanías del Puerto, el mismo cronista sigue: "Llegados a la puerta de Cabellud, el viento soplaba con rabia, y los turistas que se habían instalado valientemente fuera, ante rústicas mesas alzadas por las circunstancias, debían pinchar con una mano su pollo frío y sujetar con la otra sus sombreros a punto de volar... Estaban contentos, a pesar de todo: se ponía al mal tiempo buena cara, y el ruido de los corchos del champán respondía alegremente al eco de la tormenta que sonaba, de cuando en cuando, por el Salvaguardia".

Sin embargo, a partir de 1914, el aspecto del Puerto dejaría de ser mundanal: los turistas serían ya escasos, devolviendo el paraje a sus primeros propietarios, los pastores y los montañeros. Nuevas peripecias se desarrollarían entonces a la sombra del centenario tajo en la roca. Por él pasó Jean Arlaud en su primera salida importante con esquís. Era el mes de marzo de 1919, y su destino debería haber sido el Aneto. Pero el tiempo no lo iba a permitir, teniendo problemas para volver a cruzar el Portillón bajo la

tempestad: “De noche, debajo del Puerto, la niebla y la borrasca nos rodean... durante horas buscamos a tientas la cabaña de Cabellud... y, por fin la encontramos, una noche atrozmente glacial; por la mañana, bastante tarde, se disipan las nubes y podemos atravesar la frontera”. Su gran amigo Raymond d’Espouy no tendría tanta fortuna con las iras del Portillón de Benasque: un alud lo barrería en sus inmediaciones, el 5 de febrero de 1955. Mas también sería visitado por algún español célebre..., como Miguel de Unamuno, quien escribe en sus *Andanzas y Visiones Españolas* (1922): “Aquí, en la montaña, al pie de la Maladeta, el sol incendiaba ya las cumbres, que dejaban hundidas en la sombra los valles y los hombres, quienes allí trabajan para vivir de lo que la montaña les da. Vimos de una mirada toda la Maladeta, como una inmensa pirámide, o como un gigantesco diamante más bien”.

El puerto de Benasque ha ido evolucionando con los siglos: de dimensiones, de tráfico de mercancías, de afluencia de montañeros, de importancia entre los turistas... Sin embargo, tal cuestión es irrelevante ante su grandioso decorado. Detenerse aquí durante horas y observar las Maladetas, supone caer en su hechizo. No es extraño que nuestros antecesores pirineístas subiesen hasta este maravilloso mirador, buscando poder contemplar sin límites la montaña, para meditar y, desde luego, para soñar...

4.02. Las noches del Balcón de Pineta

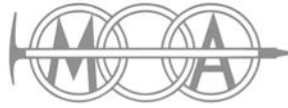
Carmen Gómez Loma

Anuario de Montañeros de Aragón 2001-2002, 15, 2002

La verdad es que en estos momentos nuestro Club es como una especie de *Atenas del Ebro* desde donde que se irradian al país los más diversos tipos de libros de montañas. Y no resulta nada difícil conocer a alguien en *Montañeros de Aragón* que se haya decidido a plasmar sobre el papel todo su amor por estas cumbres: Alberto Planas, Quique Gracia, Mikel Silván, Marta Iturralde, etcétera. Precisamente, la ascensión de la que deseo hacer su reseña fue especial para mí puesto que transcurrió a caballo de dos libros de montaña estupendos escritos por amigos...

Así, en cuanto me pidieron que ayudase a llevar la excursión del Monte Perdido, me dediqué a bucear entre las aventuras de Ramond en el texto *Monte Perdido. Historias y mitos del gigante pirenaico*, de Alberto Martínez. Después de conocer un poco mejor las incidencias sucedidas en la montaña que me disponía a subir, la experiencia no podía parecer más enriquecedora. Y aunque sería la primera vez que subiera al Perdido, lamenté que no pudiese ser en fechas más cercanas del bicentenario de Ramond.

En principio, la ascensión estaba programada por Nerín y la vía de las Escaleras, un lugar mítico de aquella montaña sobre la que había leído mil anécdotas antiguas, y que me apetecía mucho conocer a pesar de su dificultad. También me ilusionaba que precisamente el autor de esta monografía Desnivel la fuese a guiar, ayudado por Leví Moliner y una servidora. Sin embargo, al final se cambió la vía de las Escaleras por el camino normal desde Pineta,



debido a la falta de plazas en el refugio de Góriz. Con rapidez, acudí de nuevo al libro del Monte Perdido para empaparme con las fotos de esta otra ruta. Bueno, este itinerario también tenía sus mil historias...

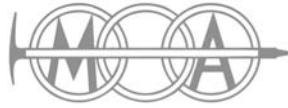
Debido al carácter exigente de la ascensión, en la secretaría del Club, Clarisa seleccionó un poco a quiénes la podrían emprender en función a su buen nivel físico y técnico, por lo que sólo serían una veintena quienes tentarían su suerte en el Monte Perdido: entre ellos, éramos siete las chicas. Celebramos una reunión previa con todos el jueves 13 de septiembre de 2001 en el club, para informar sobre cómo discurriría nuestra aventura: allí mismo se decidió por unanimidad realizar la marcha en dos días, con un vivaqueo a medio camino en el Balcón de Pineta. La actividad no podía presentarse mejor.

El sábado 15 de septiembre de 2001, salimos del Paraninfo de la Universidad de Zaragoza en cinco vehículos particulares, bastante apretados debido a que nos quedamos sin un coche a última hora. Fue preciso comprimir al máximo las tiendas, mochilas, sacos de dormir, bastones y resto del equipaje. Tras una comida ligera en Pineta, Alberto impartió unas breves nociones sobre la ruta a seguir, así como del uso del piolet y los crampones: antes de que arrancase nuestro grupo, formado por veintidós personas, se comprobó que todos llevaban los crampones bien ajustados. Así se descubrió que hubo quien se había alquilado un par del mismo pie...

Iniciamos la ascensión con mucha suerte, pues en esta época del año, los muros de las paredes de Pineta cubren con sombra muy pronto la senda de subida. El tiempo, durante toda la aproximación, sería de cielos despejados barridos de nubes por la acción del viento. En un grupo compacto que avanzaba a paso lento, puesto que casi todos íbamos muy cargados, superamos el desnivel del Balcón de Pineta sin más problemas que los calambres en los gemelos en dos compañeros..., que Leví se encargó de solventar con unos masajes oportuniísimos. Por la cara de gusto que pusieron los damnificados, este chico debe de tener unas manos maravillosas.

Alcanzamos la cruz rota de Grávalos cuando el sol ya se escondía. Tuvimos que apresurarnos para acampar en una pradera próxima a la morrena que da acceso a la faja rocosa del Perdido, junto a un torrente. Con luz muy escasa, algunos montaron las tres tiendas y un toldo... Quienes optamos por el vivaqueo, acondicionamos un largo muro de rocas donde nos apretujaríamos como sardinillas en lata. Curiosamente, aunque quedaron vacantes siete plazas a cubierto, diez de nosotros preferimos dormir al raso, bajo una romántica cúpula de estrellas. Tan felices, como los montañeros de otras épocas.

Todos cenamos tras el muro de piedra, a la luz de los frontales, en medio de un gran ambiente. Así, quienes tomaron en Pineta la decisión de venir ligeros de comida pudieron completar su escasa alimentación gracias a la solidaridad de los mejor surtidos. Se dio un caso curioso: uno de los allí presentes prefirió ir con poco peso y dejó gran parte de sus bocatas en el coche; como, a mitad de camino una chica tuvo problemas con su mochila, éste decidió auxiliarle y subir..., ¡su abultado paquete de vituallas! La vida es así.



Aunque la temperatura fue baja, la ausencia de viento favoreció a quienes vivaqueamos en el Balcón de Pineta. La noche resultó estrellada y apacible..., aunque muy corta: apenas comenzó a clarear a las seis y media, alguien tocó diana. A pesar de que se decidió dejar las tiendas montadas, no logramos ponernos en marcha sino una hora más tarde. Pero antes, aligeramos nuestras mochilas, dejando la mayor parte del equipaje en una tienda de campaña cerrada con un candado, rogando para que ningún amigo de lo ajeno metiese sus narices en ella.

Con tiempo frío y cielos despejados, iniciamos las primeras rampas de piedrecillas que conducían hasta la chimenea que ayuda a vencer un tétrico muro rocoso. Alberto decidió tomar una canal que quedaba por debajo del Dedo del Monte Perdido, provista de una cuerda fija: todos la superamos con facilidad, si bien fue necesario utilizar los crampones un tramo breve de nieve helada hasta su comienzo. Los más nuevos en estos territorios, se pudieron sentir escaladores por unos minutos.

En la meseta de nieve del glaciar también sería preciso recurrir a los crampones y al piolet, justo hasta llegar a las pedrizas que se desparraman bajo el Cuello del Cilindro. Esta última parte del camino sería la más dura, dificultada por un grupo de franceses que, desde arriba, no cesaron de provocar desprendimientos. Con cinco compañeros muy cansados, se llegó al Lago Helado del Monte Perdido. Allí contactamos con otro grupo también perteneciente a nuestro Club: José Luis Molina, recién bajado de la cima, nos informó de la obligación de subir piolets. Y es que, aunque el sector de la Escupidera estaba limpio de nieve, la *Boina* se encontraba con la nieve helada. Nuestra amiga Claudia Rubio mostró su preocupación en un lugar donde se producían tantos accidentes...

Así pues, comenzamos a subir por el corredor Noroeste casi sin peso, sólo con la ropa de abrigo y los piolets. Tras una hora de ganar altura, diecinueve miembros de nuestro grupo hicimos cumbre. Como para dos de nuestros amigos era éste su primer *tresmil*, el participante de más edad, Segismundo Espinosa, les nombró Caballeros de los tres mil metros..., a la vez que filmaba con su cámara de vídeo todo el evento. Y cuatro de las chicas que llegaron hasta la cima rondaban los quince años de edad. Desde luego, apuntaban buenas maneras. Mas el frío y el viento lograron que se estuviese poco tiempo en unas rocas peladas que, sin embargo, se encontraban tan concurridas como unos grandes almacenes en hora punta. ¡Si Ramond levantara la cabeza!

A la bajada, nos encontramos con otro grupo de miembros de *Montañeros de Aragón*, encabezado por Carlos Mur. Parecía como si el Club en pleno se hubiese dado cita aquella mañana en los 3.355 metros. Tras un descanso en el Lago Helado del Monte Perdido, iniciamos el descenso, que resultó muy rápido hasta la faja de roca: allí, fue preciso descolgar a la mitad de los participantes mediante una cuerda. A las seis y media, estaba todo nuestro campamento del Balcón de Pineta desmontado y con la pradera limpia de posibles desechos. Una primera tanda partió hacia abajo guiada por Leví.

Media hora después lo hacíamos la retaguardia..., que llegaría casi a oscuras al valle de Pineta.

Pocos meses más tarde de esta feliz aventura, mi amiga Marta Iturralde me regaló un libro titulado *Mujeres y montañas. Nacimiento del pirineísmo femenino*, del que era autora. Entre sus páginas, pude enterarme de las peripecias de la primera mujer en el Monte Perdido, la dama inglesa Ann Lister: reviví su historia con una extraña emoción, pues entendía y compartía buena parte de sus sentimientos. Sólo me quedaba lamentar no haber tenido este libro antes de mi ascensión. En fin: todo parecía confabularse para preparar una nueva cita con las noches serenas del Balcón de Pineta y con los horizontes barridos por los vientos boreales del Monte Perdido...

4.03. El pico de las Tempestades

Carmen Gómez Loma

Aragón turístico y monumental, 355, junio de 2003

Seguramente, los pastores benasqueses que se movían antaño por la región de Ballibierna, llamaban a esta cima de otra manera. Sin embargo, hoy no nos ha llegado lo que quizás hubiese sido conocido algo así como "la Punta Negra" o "las Rocas de más Arriba". ¿Era ésta otra montaña sin nombre, o los primeros excursionistas olvidaron preguntar a los que vivían por sus alrededores? Porque, una vez más, se debió a un montañero foráneo esta denominación tan poética con la que ha pasado a los mapas: pico de las Tormentas o de las Tempestades. Unos nombres terribles que merecen una rápida explicación.

El primer ascenso

Como ya casi es acostumbrado, el pirineísta Henry Russell subió el primero a esta montaña, en una época en la que casi nadie se perdía por aquellos lugares, salvo los pastores y algún cazador de sarrios. Pero este montañero deseaba, desde hacía tiempo, completar una ruta nueva: llegar hasta el pico de Aneto por su costado oriental, siguiendo una cresta que desde abajo parecía sencilla a simple vista. En el año 1865, ya lo había intentado en solitario, alcanzando el conocido luego como pico de Russell (3.205 metros). Sin embargo, los abismos de la después llamada brecha de Russell (3.155 metros) le frenaron en seco, haciéndole aplazar su proyecto. Doce años más tarde, retomaba su idea, aunque ahora llegaba a los Montes Malditos con refuerzos: acompañado por un célebre guía de los Pirineos llamado Célestin Passet, del pueblo de Gavarnie.

En la correspondiente aproximación, los dos montañeros tuvieron que sufrir un tiempo espantoso, que casi les hizo desistir de ese sueño de Henry Russell de llegar al Aneto desde el este, sin pasar por el Puente de Mahoma. Bajo unas tormentas eléctricas horribles, tuvieron que cobijarse bajo un gran bloque de granito del Ibón Inferior de Llosás (2.493 metros). A la mañana siguiente, el plan original consistía en retomar esa cresta al otro lado de la

brecha que detuvo a Henry Russell en 1865. Un vendaval casi les impide la ascensión, llegando a ponerles las cosas muy difíciles. Medio congelados, el señor y su guía llegaron así a una cima de aspecto desolado que, dado el clima tan hosco que imperaba, decidieron bautizar como pico de las Tempestades o de las Tormentas (3.289 metros). Todo un gigante de los Pirineos que, hasta aquella mañana del 20 de agosto de 1877, a nadie había seducido.

Russell y Passet fueron, muy posiblemente, los primeros humanos que se asomaron a sus abismos septentrionales, que daban directamente al vertiginoso glaciar de Tempestades. Sin embargo, su objetivo no podría ser completado en este segundo intento, pues el Pico de Aneto quedaba todavía muy alejado. Además, presentaba otro obstáculo que impedía seguir sin afrontar una escalada terrible: la llamada brecha de las Tempestades (3.202 metros). Así, la cresta integral por el este hasta el *Monarca del Pirineo* sería un nuevo reto para los escaladores de comienzos del siglo XX.

Por ello, Henry Russell tuvo que resignarse por segunda vez y dar la orden de retirarse a Llosás, no sin antes predecir, con poco acierto, que, puesto que los vientos soplaban allí de un modo tan atroz, y la muralla de roca se mostraba tan delgada, no tardaría nada en ser demolida por la propia naturaleza. Porque, evidentemente, el pico de las Tempestades ha sobrevivido a la furia de los elementos y espera a sus visitantes con serena benevolencia.

En cualquier caso, si alguien desea conocer más detalles de esta apasionante historia sobre la conquista de una montaña por los señores de la escalada, recomiendo que no deje de seguirla a través del libro: *Aneto. El Monarca del Pirineo* (Desnivel, 2002), de nuestro amigo Alberto Martínez. Vale la pena, os lo aseguro.

Un ascenso moderno

Mi encuentro con esta montaña de Benasque, ciento veinticuatro años más tarde que Henry Russell, fue del todo casual: el 24 de junio de 2001, estaba previsto que nuestro club *Montañeros de Aragón* llevase un grupo a la cumbre del cercano pico de Russell. Sin embargo, unos amigos que encontramos en el Puente de Coronas, nos dijeron que el corredor de subida a esta última cima estaba en mal estado: sobre el terreno, cambiamos de planes, dirigiendo nuestras miradas hacia el cercano y accesible pico de las Tempestades.

Antes de nada, hay que decir que llegar hasta el final de la pista de Ballibierna haría precisa la utilización de dos microbuses que alquilamos en Benasque. Estos vehículos nos dejaron en el lugar convenido del Puente de Coronas, junto al pequeño refugio de pescadores de Ballibierna, sobre las 09 h. 35 min.: con sus conductores, se acordó volver a este mismo punto de recogida sobre las 18 h. 30 min. El lugar traía buenos recuerdos a muchos de nosotros, pues por aquí pasaba la GR-11.

Salimos del puente de Coronas (2.000 metros) sobre las 09 h. 50 min., siguiendo la senda hasta el llano llamado la Pleta de Llosás (2.220 metros), con vistas excelentes de los picos de Aneto, de Tempestades, de Margalida y de Russell. Desde este prado encantador, no quedaba muy lejos el ibón

Inferior de Llosás (2.493 metros), donde Henry Russell pasó la noche, instalado en una de esas grandes rocas de aspecto de hipopótamo que tanto abundan por allí. En ambos lugares fue preciso que realizáramos sendas paradas de reagrupamiento, ya que las cuestas iban estirando cada vez más a nuestro sudoroso grupo. Además, el sol refulgía con fuerza, sacando tonos rojizos a nuestra piel. El mal estado físico de dos o tres excursionistas iría lastrando sobremanera el ritmo de la ascensión. Sin embargo, el buen tiempo reinante animó a todos a proseguir hacia las zonas altas. Únicamente un poco más arriba del segundo ibón de Llosás (2.540 metros), uno de nuestros compañeros se quedó allí para no retrasar la marcha e hipotecar las posibilidades de hacer cima, el gran deseo de todos los montañeros.

El resto prosiguió por unas rampas de granito hacia la arista sur del pico de las Tempestades. Ya a la vista de esta cima, y en el límite de las nieves, se hizo la clásica parada para almorzar, tan agradecida en nuestro gremio. Sobre las 13 h., continuamos la ascensión hacia las laderas del costado sudeste de nuestro objetivo: abriendo amplias huellas en la nieve por relevos, llegamos con rapidez a la pirámide rocosa del pico de las Tempestades (3.290 metros). El tramo final exigiría cierto cuidado, obligando a echar las manos a los bloques inestables de granito, que se empinaban un tanto hacia el final. Sin ningún problema, los primeros ascensionistas hollaron su cumbre allá las 15 h. Los panoramas sobre el cercano Aneto o la cresta de Salenques, eran fabulosos. Por no olvidarnos de otras muchas montañas elegantes como el pico de Ballibierna o el Salbeguardia.

En la cumbre, tras las fotos de rigor y el almuerzo en alegre compañía, se nombró *Caballeros de los Tres Mil Metros* a dos neófitos. Esta tradición consiste en que todos aquéllos que nunca han sobrepasado esta mágica cifra, reciben de rodillas un golpecito en el hombro, por parte del compañero más veterano del grupo. Y, luego, cuando se vuelve al llano, los recién nombrados deberán invitar a cava a sus acompañantes. Aunque, en lo que se refiere a esta última parte de la costumbre, suele más bien olvidarse.

Por nuestra parte, tras cerciorarnos de que no dejábamos en la cima de esta bella montaña basura ni resto alguno de nuestra presencia, iniciamos el descenso con todos nuestros sentidos en guardia. Porque, ya se sabe: una ascensión no finaliza cuando llegas a la cumbre, sino cuando has alcanzado el valle.

4.04. Chemin de la Mâtüre

Marta Iturralde Navarro

Boletín de Montañeros de Aragón, 55, octubre-noviembre-diciembre de 1998

Desde el Alto Aragón, y por el puerto de Somport en Candanchú, hoy pasaremos a Francia, a un valle profundo y abrupto, con un halo de misterio entre sus bosques... Me estoy refiriendo al valle de Aspe. Bajando el puerto por una carretera estrecha y sinuosa, entre las localidades de Urdos y Etsaut

(dos kilómetros antes de este pueblo), surge una congosta garganta, donde se encuentra el barranco de Sescoué.

El coche se puede dejar en una pequeña explanada a pie de carretera (630 metros), donde comenzaremos la caminata, y a la altura del Fort de Portalet. Esta fortaleza defensiva del siglo XVIII, enclavada en la montaña, tuvo como misión secundaria la de retener entre sus muros al Mariscal francés Pétain, antiguo héroe nacional de la Primera Guerra Mundial, acusado luego de colaborar con los alemanes en la época de la ocupación. El viejo militar, cansado y enfermo, fue encerrado en este sombrío castillo al finalizar la Segunda Guerra Mundial. En la orilla opuesta de la Gorge d'Enfer, justo frente al Fuerte, divisamos un gran corte en la montaña sobre el barranco de Sescoué. Se trata de una larga raya grabada en diagonal en un enorme paredón de piedra, y que forma un increíble camino-galería labrado hace más de dos siglos, el cual fue bautizado con el nombre de "Chemin de la Mâtüre" (el Camino de los Mástiles).

Pero, antes de seguir con el itinerario, detengámonos y demos una explicación. Desde los siglos XVI y XVII, Francia precisaba de muchos barcos, ya que su expansión marítima no podía ser menor que la inglesa o la española. Para ello, la principal materia prima que necesitaba era la madera. El país tenía muchos bosques, pero había que encontrar abetos altos y rectos para los mástiles. Como los abetales de los Alpes quedaban muy lejos, se pensó buscarlos en los Pirineos. Desde la época de Luis XIV, se comenzó a asolar los mejores bosques pirenaicos, para abastecer a la Marina francesa de mástiles. El *Chemin de la Mâtüre* fue abierto por el Ingeniero de Puertos y Arsenales de la Marina Paul-Marie Leroy, a comienzos de los años setenta del siglo XVIII. Fueron muchos los obstáculos que tuvo que afrontar el equipo de Leroy, para acabar y perfeccionar el camino que conduce al bosque de Pacq (1.400 metros). Ante la dificultad de transportar los abetos por el camino normal, este ingeniero optó por abrir un camino muy derecho en la pared de la montaña, para que los troncos (de hasta cien pies de largo) pudieran ser arrastrados y empujados por bueyes hasta el fondo del valle. Los que se salvaban de precipitarse al barranco, se mandaban por el río, vía fluvial, a los astilleros de Baiona. Leroy, agotado durante la construcción de tal obra, fue gratificado con seiscientas libras, como pago de indemnización al tener que tomar las aguas de Bagnères... La *Mâtüre* fue acabada a primeros de 1775.

Hoy esta gran roza de más de un kilómetro, es una subida vertiginosa que me recordó al atravesarla, por su fisonomía y verticalidad, a nuestra querida Senda de las Flores en Ordesa. Por fortuna, el bosque se ha recuperado ya de las terribles talas que tuvo que sufrir; pero en el paredón de la montaña sigue visible la eterna cicatriz labrada por los hombres. El *Chemin de la Mâtüre* forma parte del transcurrir de la GR-10 francesa. Una vez pasada la *Mâtüre*, el camino asciende de forma más suave por magníficos bosques de abetos y hayas. Siguiendo las marcas de la GR, podremos llegar al Collado de Ayous (2.186 metros). Desde aquí se contempla, hacia el norte, la cadena montañosa que nace del Pico de los Monjes (2.349 metros), y que está

formada por los Picos de Bielle, Hourqueta, Larri y Ayous, los cuales cierran por el Este el valle de Aspe y lo separan del de Ossau.

Si la excursión la hemos planeado como una travesía, podremos ascender al Pico de Ayous (2.288 metros) en unas seis horas desde el valle, y así obtener una impresionante panorámica del Midi d'Ossau. El descenso, ya en el valle de Ossau, discurre por despejadas laderas herbosas hacia los lagos de Ayous (1.947 metros). Daremos el itinerario por finalizado en la famosa presa de Biou Artigues (1.422 metros), donde habremos concluido, tras dos horas más de marcha, una completa jornada montañera.

4.05. La Vuelta a los lagos de Ayous

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón, 18 de junio de 2001

El recorrido del *Tour des Lacs* discurre en el marco incomparable del valle francés de Ossau; se trata de un itinerario bello e interesante, que permite disfrutar de una panorámica inigualable, teniendo como gran protagonista al omnipresente Pic Midi d'Ossau. Su espectacular cara norte de 1.300 metros de desnivel, de los que 700 metros son de pared de roca vertical, aparecen ante nuestros asombrados ojos como un gran coloso solitario. La excursión atraviesa los escalonados ibones que surgen de la tierra mostrándonos todo su esplendor, como el de Roumassot, Miey y Gentau, formando el conjunto conocido como los lagos de Ayous. Desde sus orillas, la impresionante roca volcánica del pic du Midi emerge, reflejándose en las aguas heladas de los ibones. El paraje de Ayous es uno de los más hermosos del Pirineo, invitando al caminante a adentrarse en estos entornos mágicos que forman el universo osalés.

La ruta clásica de los lagos

El *Tour des Lacs* es una preciosa travesía circular salpicada por numerosos lagos de aguas azuladas de nombres musicales como Roumassot, Miey, Gentau, Bersau y Castérau. Desde sus orillas, la figura de la *Catedral* –el omnipresente Midi– brilla con luz propia. El acceso más lógico al Tour parte desde Gabas: a dieciocho kilómetros de la frontera del Portalet, donde se toma la sinuosa carretera –cerrada en época de nieves– que muere en el embalse de Biou-Artigues (1.422 metros), el punto de partida recomendado para la excursión. La vuelta a los lagos de Ayous discurre por caminos y sendas bien trazados y señalizados, y es un recorrido de cinco horas de duración con un desnivel asequible de unos 650 metros, apto para todo el mundo: un itinerario muy recomendable por las impactantes panorámicas que nos ofrece el pic du Midi. Tomando un camino asfaltado por la margen izquierda de la presa (con marcas de la GR-10), ascendemos una fuerte rampa llamada La Escala, paralela a la Gave de Biou. Una vez situados en la pradera de Biou, cogemos un sendero a mano derecha (un cartel indica el camino) que nos introduce en un denso bosque de hayas y abetos. Continuando la marcha por la zona

boscosa en dirección Oeste, salimos de la oscuridad a los despejados campos de pastos que nos guiarán hasta el primer lago, llamado Roumassot (1.845 metros). Pertrechados con el magnífico libro *Pyrénées. Album du guide Jam* de Roger De Bouillé –el gran pirineísta y estudioso del valle de Ossau– descubriremos entre sus líneas que De Bouillé realizó dicha *randonée* en 1896... La descripción minuciosa que hizo del primer ibón no puede ser más cautivadora: “Tan tranquilo y tan limpio con el resplandor del alba, que no se apercebe inmediatamente; las rocas del borde y su imagen se confunden en su espejo”. Efectivamente, es éste un lugar idílico donde la mole del Midi brinda una de sus estampas más clásicas... aunque el Conde De Bouillé, prefiriera admirar el característico Pic de Ayous (2.288 metros), al que comparó con una formación de “torres romanas”. Continuando esta apasionada lectura, nuestro cicerone nos relata cómo fueron repoblados los lagos con veintisiete ejemplares de truchas, las cuales se pescaban con redes muy finas, en especial al claro de luna. La iniciativa de tal proyecto vino de la mano del señor Blaise, ayudado por Ducoussot y Laroque, un 27 de octubre de 1860. Prosiguiendo nuestro camino, la senda bordeará el lago por su orilla izquierda, y en una fuerte pendiente en zig-zag, franquearemos el torrente de una cascada. De Bouillé la describe como “una cascada atormentada, serpenteando sobre esquistos negros”, y nos cuenta de qué manera la población de truchas subía de forma natural al siguiente lago, el de Miey o Milieu (1.914 metros). Nuestro guía nos comentará asimismo la afición de los Grandes Duques” por subir a pescar hasta estos lagos desde los balnearios de Eaux-Bonnes y Eaux-Chaudes donde se alojaban, con la esperanza de capturar alguna de sus afamadas truchas de cuatro libras de peso. Otra de las amenas historias del libro, alude a los pastores del valle y a su ingenio para inventar ciertas leyendas sobre crines de caballería que al caer al lago se transformaban en serpientes...

Remontando los pasos de nuestro anfitrión, llegaremos sin apenas enterarnos al tercero de los lagos, el de Gentaü o Gentaouï (1.947 metros), cuyo suelo se caracteriza por un hermoso fondo de arenas rojizas. La desafiante silueta del Midi, bañada en las tranquilas aguas del ibón, junto con el rojo intenso de las paredes vecinas del pic de Ayous, parecen confesarse testigos mudos de unos amaneceres mágicos e inolvidables. A la derecha dejaremos el sendero que lleva hasta el collado de Ayous (a 30 minutos) y al Pic de Ayous (a 60 minutos)... un magnífico observatorio de la zona de este Tour, por su estratégica situación sobre la misma. En la cabecera del lago encontraremos el refugio de Ayous (1.982 metros), situado en un entorno privilegiado de los lindes del *Parc National des Pyrénées*.

Reanudando la ascensión hacia el Sur, bordearemos las orillas de dos lagunas menores, que nos conducirán al gran lago de Bersau o Barsaouï (2.082 metros), descrito por el Conde como “de una forma atormentada que hace su evaluación difícil”. De nuevo, la voz evocadora de Roger De Bouillé, nos va a invitar a viajar en el tiempo: “Un fondo de gris rojo, encuadrado de arena del mismo color con granos verdes y azules, presta a sus ondas reflejos que desafían al pincel. Las rocas de fuego que alzan su cabeza fuera de estas ondas, aumentan todavía la transparencia. Las lejanas están heladas en tonos

violetas y se ahogan en los desprendimientos del pico Hourquette al Oeste". Este lugar, asimismo escenario de diversas repoblaciones de truchas, apenas llegó a acoger alguna colonia, tal vez debido a su escasa profundidad. Pero una estupenda panorámica se ofrece al caminante sobre la cara Oeste del Pic Midi y de los lagos de Casterau y Paradis. Los afilados picachos de Larry (2.337 metros), Hourquette (2.384 metros) y Bielle (2.207 metros), cerrarán por el Este el valle de Aspe, separándolo del de Ossau.

El viaje de regreso

La ruta de regreso al valle de Bious, transcurre por una zona frecuentada por sarrios y marmotas. A la derecha, dejaremos el itinerario que conduce hacia el col des Moines (2.168 metros), para bajar al lago de Castérou o Castéaoü (1.943 metros), situado bajo la gran pared del pico del mismo nombre. Al cruzarlo, tendremos ante nuestros ojos un balcón natural desde el cual se puede observar, una vez más, al pic du Midi d'Ossau en toda su magnitud. Roger De Bouillé se alejó de su orilla para brindarnos una nueva descripción de este encantador rincón el *Tour des Lacs*: "No se puede ver en los Pirineos nada más coqueto que el pequeño lago de Castérou bajando de su collado, en el momento en el que su cabeza rocosa domina todavía un poco el Pic du Midi. Esta frente de piedra, enrojecida, traspasa el cielo. Las ruinas de las rocas que ha perdido, todavía no han cegado su lago lleno de peces. Enlaza sus brazos de mármol gris, totalmente de azul, encamisado por la nieve. Se diría una estatua de la Virgen sosteniendo al Niño Jesús". La narración del Conde, proseguirá con el encuentro que tuvo con unos pastores durante el camino de retorno: éstos le comentarían la dolorosa pérdida de tres ovejas a cuenta de un oso. Y, para conjurar este peligro, los osaleses estaban construyendo un muñeco con cintas de colores a modo de espantapájaros (¿un espantaosos?), con el que creían que lo asustarían para siempre... Absorta en las andanzas del Conde, guardo con pesar su libro en la mochila, para emprender el largo descenso de vuelta a los llanos de Bious. Por un pedregal de rocas muy erosionadas, transita la senda, que dibuja una serie de lazadas que van a desembocar en una pista. Tomando el sentido de bajada llegaremos al amplio espacio herboso de Bious. De ahí retomamos la rampa que baja a la presa, junto al cual se halla el refugio de *Pyrénea Sports* (1.422 metros). Así, habremos completado una tranquila jornada, disfrutando de la Naturaleza y del paisaje osalés...

Por el universo mágico del Midi:

Sin duda alguna, el gran protagonista del *Tour des Lacs*, es el pic du Midi d'Ossau. Su silueta desafiante capta la atención de los visitantes de los ibones de Ayous mucho más que las propias masas de agua. No se trata de un fenómeno nuevo: el gigante osalés siempre ha sabido destacar desde siempre entre los demás relieves de su reino de hielos y granito. Así, el propio Guillaume Delfau, el segundo montañero que subió al pic du Midi d'Ossau (un 3 de octubre de 1797), colmó al viejo volcán, en su librito sobre su aventura, con diversos epítetos

admirativos: “un roquedo inmenso”; “la cabeza de gigante que domina todas las montañas”; “un bloque aislado que se eleva sin apoyo”; “una cumbre dividida en dos flechas agudas”; “la montaña que atrae las miradas por su forma de anfiteatro” y “uno de los más bellos horrores que hay en la Naturaleza”. El interés actual por esta montaña que aparece tan fotogénica desde los lagos de Ayous, no aparenta decrecer. Para conocer con mayor profundidad el entorno mágico del Midi, es preciso recomendar la lectura de dos clásicos de la literatura gala de montaña, de reciente reedición: *Voyage au Pic du Midi de Pau*, de M. Delfau, Cairn, 1997 (1797) y *Pyrénées. Album du guide Jam*, de Roger De Bouillé, Esper, 1989 (1896). Imprescindibles también, aunque de difícil localización, son los dos libros de Robert Ollivier: *Le Pic d´Ossau*, Susse, 1948 y *Vallée d´Ossau. Pyrénées Occidentales II*, MTC, 1990. Más sencillos de consultar parecen los siguientes artículos recientemente publicados: “El Pic du Midi d´Ossau”, de Alberto Martínez Embid, Boletín de Montañeros de Aragón nº 56, enero-febrero-marzo 1999; “Midi d´Ossau”, de Igor Urones Natxitube, El Mundo de los Pirineos nº 5, septiembre-octubre 1998; y “Midi d´Ossau. Capricho de Vulcano”, de José M. Vicente Blasco, Grandes Espacios nº 15, septiembre 1997. ¡Todo para los amantes del pic du Midi d´Ossau!

4.06. Ayer y hoy de la normal al pic du Midi d´Ossau

Marta Iturralde Navarro

Anuario de Montañeros de Aragón 2000-2001, 14, 2001

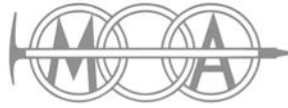
[Premio de Registros Periodísticos Villa de Benasque 2002]

“Os escribo, amigo mío, desde un lugar del cual no es seguro que vuelva; en este momento, daría todo por no estar aquí; pero aquí estoy; esperemos que pueda retirarme. Si me quedo aquí y mi guía, más afortunado, puede descender del lugar en el que estamos, recibiréis este último adiós de vuestro amigo”.

Carta escrita desde el Pico del Mediodía, el 3 de octubre de 1797.

Con estas desgarradoras palabras, garabateadas desde la propia cima del Grand Pic du Midi d´Ossau, se despedía del mundo el autor de la primera relación de una ascensión conocida a esta cumbre, el francés Guillaume Delfau. Presintiendo todo tipo de posibles fatalidades que podían acecharles durante el descenso, el pirineísta dejó muestras de su presencia en la gran cúspide con este breve y desesperado testimonio...

Sin embargo, a pesar de las peripecias sufridas durante su ascensión por Delfau y su guía, el Midi d´Ossau es hoy una bella cima, objeto de deseo y de respeto de muchos montañeros. Resulta más que frecuente el temor que supone enfrentarse por primera vez a esta gran mole de piedra... Yo misma no iba a ser ninguna excepción: desde mis incursiones previas por los roquedales vecinos al Midi (Bisaurín, Castillo de Acher, Argualas, pico del Águila), siempre descubría, adueñándose por completo del horizonte, al Gigante de Ossau,



altivo y solitario, aislado del resto de la cadena montañosa. Su fastuosa silueta, perfecto símil de una catedral gótica, ejerció en mí una irresistible atracción: ¡me moría por conocer esta singular montaña!

Una semblanza histórica: 1797

Ni que decir tiene, me pareció fascinante conocer el apasionado relato del aludido Guillaume Delfau, en el cual describía su agitada y emocionante subida al Midi, en un librito de tan sólo doce páginas de reciente reedición. Su autor, antiguo diputado de la Asamblea Legislativa, realizó junto con un pastor del valle de Aspe llamado Mathieu, una de las más sugestivas aventuras pirenaicas: la ascensión del pic du Midi d'Ossau, el 3 de octubre de 1797. Se presupone que ésta no fue la *primera*, sino la *segunda* visita que recibía este Gigante, puesto que un desconocido pastor del valle de Ossau se les pudo adelantar diez años antes, dejando como prueba de su gesta una torreta de piedras levantadas en la propia cumbre. No obstante, la crónica de Delfau es la que figura como el primer relato, concretado con formato de carta y titulado *Voyage au Pic du Midi de Pau* (escrito ese mismo año en Eaux-Bonnes, un balneario donde se encontraba tomando las aguas).

Y, a medida que me empapaba de la historia de Delfau, mayores eran las ganas que tenía de ascender este gran pico... Pero, en tanto que dejaba de llover en domingo, tendría que conformarme con su interesante narración. Así, supe que nuestro hombre partió de la aldea de Gabas junto a su guía, divisando desde allí la inconfundible silueta del Midi, "enteramente aislado, no formando sino un solo bloque y elevándose majestuosamente sin ningún apoyo intermedio". Llegados al collado de Suzon, comenzaron la ascensión por la ruta más evidente y sencilla, la hoy vía normal. Con cierto dramatismo, antes del inicio de la subida, su guía le preguntó si "estaba bien decidido a intentar una escalada tan peligrosa"..., a la vez que le mostraba sus dudas sobre las habilidades de un "habitante de los llanos". El montañés también le aconsejó desprenderse de los zapatos (sustituyéndolos por unas alpargatas de suela de cáñamo) y del pantalón, con el fin de escalar con más agilidad las zonas verticales: "Hémos aquí a los dos trepando con los pies y las manos, de escalón en escalón. Durante algún tiempo, encontramos rocas abiertas que nos ofrecen repisas sólidas. Nos elevamos así, pero sin grandes peligros, hasta la mitad del Pico".

La continuación de la escalada no pudo resultar más penosa, con las alpargatas hechas jirones. Además, vestidos únicamente con el calzón y el chaleco, tuvieron que recurrir en varias ocasiones a su petaca de ron para combatir el frío intenso... Todo, con tal de "llegar a lo más alto, pues era preciso subir primero por una escalera de rocas, seguido dar diez o doce pasos sobre una cresta que tiene apenas un par de metros de anchura, y subir a la punta más alta. Este paso terrible dejaba ver dos precipicios horribles". Lo más seguro es que estos dos montañeros siguiesen la ruta del barranco que está a la derecha de la primera chimenea, trepasen la segunda y, desde aquí, se abriesen paso por cualquiera de las diversas opciones existentes, hasta el Riñón de Pombie. No debieron de pasarlo muy bien, como Delfau reconoce:

“No ocupándome sino del deseo de llegar a la cima, no había meditado en la dificultad del regreso; no osaba ni a avanzar ni a retroceder; la situación era horrible: para ir hacia adelante, no tenía la fuerza, y quizás menos todavía el valor. Volver sobre mis pasos, no podía hacerlo sin peligro”.

Una vez alcanzada la cumbre del Grand Pic, ambos pudieron admirar el paisaje que se desplegaba ante ellos (más bien con horror, conscientes de la terrible bajada que se avecinaba); apenas comieron un poco de pan y una manzana. Y, de vuelta a *tierra firme*, Delfau relataría a su amigo la odisea de su descenso, desvelando sus sentimientos más profundos: “He escapado, amigo mío, de la suerte que merecía mi imprudencia... Ni por todo el oro del mundo intentaría volver al lugar en el cual os he escrito estas cuatro palabras con mi lapicero”.

El Midi, en el año 2000

Lejos de la visión dramática de aquella odisea, el Gigante osalés dista de ser un pico temible. Al contrario: cada vez son más los montañeros interesados en ascender este gran castillo de pitones rocosos. Mi primer intento lo realicé en el verano de 1997: Montañeros me presentó la gran oportunidad de subir al Midi por su vía normal. Pero el intento resultó en vano: tal era la aglomeración de gente taponando las bocas de las chimeneas. Mi sueño pronto se convertiría en realidad un soleado día del mes de junio de 2000, y con doble motivo de alegría: por fin pude visitar la cúspide de esta mítica montaña e imaginarme, in situ, la gran aventura de Guillaume Delfau y de su guía Matthieu...

Hoy en día, la aproximación a la ascensión del pic du Midi d'Ossau parte del aparcamiento del circo de Anéou (1.710 metros), y desde aquí, una suave subida lleva al collado de Soum de Pombie (2.129 metros), que enlaza con el sendero de la *Vuelta del Midi*. En una hora y treinta minutos, podemos alcanzar el refugio de Pombie (2.032 metros) y, en media hora más, el collado de Suzon, donde comienza propiamente la ascensión al pic du Midi por su vía normal. Una cresta herbosa nos conducirá a la base de la primera chimenea (2.330 metros), de quince metros de altura y con pasos de II°. La subida se realiza por una placa lisa; a mitad de recorrido, encontraremos una solitaria y providencial clavija que nos facilitará la salida a una repisa, donde se encuentran restos de anclajes de seguros. Los que quieran evitar esta chimenea inicial, tienen la opción de subir por un pequeño corredor situado a la derecha de una placa *funeraria* de metal (a su izquierda, se encuentra la primera chimenea). Continuando por tramos de sendero balizados con mojones, enseguida nos topamos con la segunda chimenea, la más larga de todas: treinta metros de altitud (2.420 metros), con pasos de III°, y que está formada por un gran diedro. Se sube sin dificultad hasta alcanzar un techo de roca bajo (¡cuidado con las cabezas, si no lleváis casco!); también aquí apreciaremos restos de anclajes de seguros. Más adelante, aparece un segundo tramo de la chimenea, más estrecha: el paso está equipado con tres clavijas de hierro, las cuales nos ayudarán a superar este último trecho (la bajada resulta más impresionante que difícil: para personas inexperimentadas, no está de menos rapelar).

Así, por un sendero algo confuso, con algún mojón desperdigado, se alternan cortas trepadas en diagonal hacia el Norte, hasta alcanzar la amplísima tercera chimenea, situada a la izquierda de la línea de avance. Si nos desviamos ligeramente a la derecha, el camino también es accesible por un pequeño barranco. La tercera chimenea (2.650 metros) se remonta sin problemas hasta llegar a una flecha de hierro que marca el paso llamado del Portillón (2.657 metros). Es importante fijarnos en esta flecha, ya que señala el punto de referencia para reencontrar el camino de bajada. Salimos así a la amplia pedrera del Riñón de Pombie, la cual nos remontará a la cima en dirección Sur y Oeste, siempre caminando por terreno descompuesto. Tras cruzar un pequeño umbral (2.830 metros), se bordea una especie de circo por el Sur, para alcanzar la cresta cimera (2.860 metros), situada junto a la Punta Norte del pic du Midi d'Ossau, o punta de Francia (2.878 metros). Para entonces, llevaremos dos horas de subida desde el collado de Suzon. Dejando a la derecha la Punta de Francia, continuaremos por la arista en dirección Sur, alcanzando en diez minutos el Grand Pic du Midi d'Ossau, o punta de España (2.884 metros), que es la cúspide principal. La bajada se realiza por el mismo camino, extremando las precauciones por si sube o baja gente, lo que siempre provoca la caída de piedras. Aunque veremos a muchos montañeros subiendo con poco más que un bañador y unas zapatillas, no está de más realizar la ascensión con casco y cuerda...

Conclusiones actuales

Transcurridos más de doscientos años desde que Guillaume Delfau y su guía Mathieu alcanzaran una de las cimas más codiciadas de los Pirineos, pocas cosas han cambiado en el milenar volcán, salvo en dos detalles bien distintos. Por un lado, hay que citar la azarosa vida que han llevado, durante todos estos años, sus famosas clavijas. La historia de estos hierros se remonta al siglo XIX: en aquella época, la montaña llegó a ser tan visitada por curiosos con poca preparación montañera, que el Prefecto de Auribeau mandó instalar numerosas barras en sus tres chimeneas, para facilitar la subida al pico. Pero, con el transcurrir del tiempo, aumentaron las protestas de los pirineístas serios ante todas estas clavijas que afeaban la vía; así, en 1966 fueron retiradas casi todas. Actualmente, aún queda alguna clavija testimonial (¿cinco?) en los pasos más delicados de sus chimeneas.

El otro detalle, hace alusión a los aspectos toponímicos de la montaña. Así, en los siglos XVIII y XIX, era conocido con el nombre de pic du Midi de Pau (o pico del Mediodía; es decir: al sur de Pau), y hoy es universalmente conocido por el pic du Midi d'Ossau. Lo que ha cambiado poco es la fascinación que despierta en el colectivo montañero; el propio Guillaume Delfau colmó al viejo volcán con numerosos epítetos admirativos, ensalzando esta gran roca de piedra del resto de las montañas pirenaicas: "El pic du Midi de Pau es el más grande y más formidable roquedo que haya sido medido en los Pirineos: ofrece un bloque inmenso. Este abismo, visto desde la cumbre, es quizás uno de los más bellos horrores que hay en la naturaleza".

4.07. Cita en la Gran Facha

Marta Iturralde Navarro

Anuario de Montañeros de Aragón 2000-2001, 14, 2001

La mala fortuna se había cebado en nuestros anteriores intentos de participación, para desespero de nuestro amigo y promotor, José Luis Molina. Y es que todas las tentativas recientes en *Montañeros de Aragón* de asistir en bloque a la ceremonia que se celebra, cada 5 de agosto, en la cima de la Gran Facha (3.005 metros), fueron desbaratadas por el mal tiempo u otras fatalidades. Pero este año de 2001, José Luis había reclutado, en la tradicional ascensión de julio al Aneto, a una decena de entusiastas, dispuestos a retomar una de las tradiciones pireneístas más entrañables. Porque nuestro Club, *Montañeros*, tuvo un papel importante en la creación de los *Amigos de la Facha* en 1947, cuando aparecieron en su cima, por pura casualidad y cuando se celebraba la misa, tres de nuestros más apreciados consocios: Patricio Borobio, Andrés Izuzquiza y Antonio Pueyo. Desde entonces, diversos grupos de *Montañeros de Aragón* han asistido a estas celebraciones anuales en honor de Nuestra Señora de las Nieves en innumerables ocasiones, como bien lo saben Gaínza, María Elena y tantos otros buenos amigos.

Para quienes todavía no hayan oído hablar de esta *peregrinación de altura* a la que aludo, precisaré antes algunos datos. En primer lugar, aclarar que, en contra de lo que a veces se ha afirmado, no se trata ni de la más antigua ni de la más alta de Europa: este título debe quedarse en Italia, donde se alza el Monte Rocciamélone, de 3.538 metros. Allí se celebra una peregrinación anual desde 1359, cuando Boniface Rotario d'Asto subió a esta cumbre para purgar sus pecados; cada 5 de agosto se congregan en su cúspide para celebrar la eucaristía una buena multitud (en 1899, para la inauguración de la imagen de tres metros de altura de la Virgen, subieron unas dos mil personas).

Pero volvamos de nuevo a nuestro Pirineo. La pirámide de la Gran Facha fue el escenario de dos dramas que originaron la actual peregrinación. Ésta sería el resultado de los votos piadosos de dos mujeres francesas: una, de Tarbes, que en 1925 pasó la noche entre sus rocas, malherida a causa de un accidente, junto al cadáver de su marido; la otra, de Burdeos, que en 1941 salvó asimismo la vida de forma milagrosa, tras frenar su caída con un piolet roto, al borde de un precipicio. Maïte Chevalier, la segunda montañera, subió la imagen original de Nuestra Señora de las Nieves, en mármol de Carrara, un 4 de septiembre de 1942; el padre Pragnère celebraría, por añadidura, una misa por los fallecidos en la montaña, así como la tradicional bendición de cuerdas y piolets. En 1943 y 1944, el acto se interrumpió por la ocupación alemana de la Francia de Vichy, siendo retomado desde 1945 hasta nuestros días, cuando la caprichosa meteorología lo permite (la última misa a 3.005 metros, fue celebrada en 1995). Y, para rematar este rápido apartado histórico, decir que, en 1947, Vincent Petty, Socio de Honor de *Montañeros de Aragón*, fundaba los *Amigos de la Facha*, una vital asociación que nació francoespañola, gracias a los vínculos establecidos sobre el terreno por

aquellos tres consocios nuestros tan oportunos. Sólo una última puntualización: la imagen de Nuestra Señora de las Nieves ha sido destruida en tantas ocasiones, ya por las tormentas, ya por los gamberros, que se decidió no volver a restituirla a mediados de los años ochenta. Hoy en día, sube en un bastidor especial, cada 5 de agosto, hasta su altar en cemento de la Gran Facha.

Y ya regresamos al soleado verano de 2001. Dos grupos diferentes de *Montañeros* coincidimos ante los lagos de la Facha: unos, tras un madrugón considerable, habían partido de la Sarra; el resto, tras una noche muy benévola, vivaqueando al raso en Camporoplano. Todos afrontamos juntos las rampas descompuestas y libres de nieve de la subida final, que se ciñó al máximo a la arista. Mas no está de menos hacer aquí otro pequeño paréntesis para que los lectores sepan cómo son las encantadoras ceremonias que se desarrollan en este entorno de montaña: éstas comienzan la víspera, día 4, en la capilla cercana al refugio de Édouard Wallon (sobre las 18 h.: eucaristía en la capilla; 20'30 h.: velada internacional; 21'45 h.: celebración de la luz y la reconciliación); el día 5, en el collado de la Facha (9'15 h.: liturgia de la palabra) y en la cima de la Gran Facha (11'30 h.: eucaristía y recuerdo de los difuntos).

Este año 2001, el evento fue muy especial, puesto que se celebraba el sesenta aniversario del *milagro de la Facha* y, además, su presidenta española, María Pilar Balet, festejaba el cincuentenario de su primera ascensión (subieron tres generaciones de esta familia: sus hijos y dos nietos de seis y ocho años de Pilar). Tras la última de las ceremonias, la ordenación de *Caballeros de los 3000 metros*. El bullicioso grupo de *Montañeros* (José Luis, Alberto, Claudia, Cristina, Elena, Tomás...) pudo hacer nuevos amigos, como Pedro Estaún, uno de los sacerdotes que oficiaba, o Rafael Termes (con ochenta y dos años, el decano de la peregrinación). En fin: sólo me queda animar a todos los socios para que, el año próximo, contacten con José Luis y se apunten a la festividad de Nuestra Señora de las Nieves. ¿Subiremos tal vez por el Marcadau? Pero, no sin antes, recomendar la lectura de otros artículos previos, muy interesantes, en nuestras publicaciones: "La peregrinación de la Grand Fache" (José Gainzaráin, Boletín nº 62, julio-septiembre 2000); "Recordando a Vincent Petty" (Andrés Izuzquiza, Anuario 1996-97); "Confraternización de montañeros españoles y franceses a más de tres mil metros" (Pedro Estaún, Anuario 1994-95); "El cincuentenario de la Grand Fache" (Patricio Borobio, Anuario 1992-93). ¡Nos vemos en la Gran Facha!

4.08. La peña Foratata

Marta Iturralde Navarro

Aragón turístico y monumental, 363, diciembre de 2007

[Premio Villa de Benasque de Registros Periodísticos 2008]

Pocos relieves de nuestro Pirineo gozan de tanta fotogenia como ese peñón tensino denominado Peña Foratata o Foradada. Un topónimo que se

referiría a cierta oquedad, o *forau*, situada al este de su cima Oriental, perfectamente visible desde esa zona de corrimientos del terreno en la carretera nueva de Sallent a Formigal. Tan mágico roquedo calcáreo dispone, además, de su propia leyenda.

Así, cuenta la crónica mitológica del valle de Tena que, cuando sus montañas todavía cobijaban a seres mitológicos, dos dioses llamados Anayet y Arafita se enamoraron con locura. Como fruto de su relación nació la bella princesa Culibillas, educada en el respeto hacia todos los seres vivos; muy en especial, hacia las hormigas blancas. Cuando el gigante Balaitús quiso desposarla por la fuerza, sólo estas hormigas se atrevieron a salir en su defensa, recubriéndola con sus frágiles cuerpecillos. La diosa se emocionaría tanto ante el hermoso gesto que abrió su corazón para que las hormigas siempre dispusieran allí de cobijo. De este modo, Culibillas iba a adquirir el aspecto de la Peña Foratata.

Desdén hacia un peñón magnífico

Con semejantes antecedentes, ¿quién habría podido resistirse a escalar nuestra montaña? No obstante, tanto su librea vertiginosa como su cota relativamente modesta retrasaron el encuentro con los pirineístas. Los primeros turistas desfilarían bajo sus farallones pardos sin plantearse siquiera una ascensión. En 1871, Alfred Lequeutre se limitaba a constatar desde Sallent "la bella vista sobre la Peña Foratata". Cuatro años más tarde, accedía hasta el Alto Gállego su colega Édouard Wallon, quien no dejó de reseñar que "Sallent parecía a punto de ser barrida por esa masa de la Foratata que, similar a una gigantesca fortaleza, se elevaba majestuosamente al nor-noroeste del pueblo". Un poco más adelante, este mismo gallo equipararía a "las murallas de la peña Foratata" con "una gigantesca fortaleza". En periplos sucesivos, Wallon no dejó de promocionar a la "peña Foratata, gigantesco espolón calcáreo que remata el cañón de las Ferreturas, desgajado de la frontera", a guisa de "fortificación inmensa que esconde al Balaitús y sobre la cual se lanza como un campanario la punta del Arriel". Se materializaba así su primer enamorado.

Tras esta madrugadora selección de epítetos foráneos, bien merece la pena que se reproduzcan las impresiones eruditas del oscense Lucas Mallada en 1878: "La peña Foratata es el brusco remate, por encima de la villa, de una corta sierra transversal cuyo principio se halla en la Soba; recibe aquel nombre porque en su cima se abre, a modo de puente o claraboya, un ancho boquete por donde cruzan los rayos del sol a ciertas horas del día, y también es notable la tal Peña por un extraño parecido con el Anayet y, más aún, con el pico del Mediodía de Ossau". No iba a ser ésta la única ocasión en la que el gran peñasco debiera someterse a algún símil. Así, desde la prestigiosa guía del francés Adolphe Joanne, en su edición de 1879, se proclamaba: "Sallent, edificada como un anfiteatro en la base de la formidable pirámide blanca denominada por los españoles peña Foradada, y que a menudo se confunde con el pico de Peyrelue, situado más al norte y en la frontera". Hacia 1901, aparecería el dictamen del manual viajero del germano Karl Baedeker: "La

peña Forata (¿2.343 metros?), pirámide rocosa del mismo género que el pic du Midi d'Ossau". Aun con todo, nadie se decidía a escalarla todavía.

Al menos, hasta el 12 de julio de 1921, cuando pusieron sus ojos sobre la Foratata los franceses Jean Arlaud y Charles Laffont. Habían partido de Sallent con sólo una cuerda de cáñamo y sus zapatillas de escalada, ilusionados por intentar una cima vistosa que la tradición de *la Bal* suponía invicta. Entre sus planes figuraba un asalto por la cresta Norte o bien por la cara Este de esa cima que parecía predominante: la Oriental. Finalmente, terminarían trepando desde la vega del Aguas Limpias hacia cierto corredor abierto entre sus dos puntitas orientales, que resultó más fácil de lo esperado, y que les conduciría al sur de la cumbre principal. Para vencer los cincuenta metros en extraplomo que restaban, estos galos tuvieron que aprovechar unos providenciales pinos donde aseguraron su cuerda. Atacarían la muralla terminal buscando sus flancos más débiles hasta salir a la cresta: sólo una chimenea con bloques empotrados opondría seria resistencia en su ruta hacia los 2.321 metros del resalte mayor de la Foratata. Era vencido a las diez de la mañana. Arlaud y Laffont se esmerarían en construir un gran hito de piedras que acreditara su visita hasta la hasta entonces inaccesible peña. Mas no regresarían al valle por la misma ruta: para el descenso, optaron por descolgarse desde ese corredor que miraba hacia septentrión que, en la actualidad, constituye su *vía normal*. No apta para todo el mundo.

Ascenso hasta la cima Occidental

Por suerte para quienes no gustan de los clavos y cuerdas de escalada, la peña Foratata brinda una segunda punta, u Occidental, con escasas dificultades. Como se trata de su cima más visitada por los excursionistas, parece obligado reseñar sus intimidades.

La ascensión parte de la urbanización de Formigal (1.650 metros), donde subiremos hacia su zona alta de *chalets*. Desde el costado oriental del Hotel Meliá, arranca una pista hacia el noroeste a través de unas praderas. La peña Foratata muestra aquí sus defensas meridionales con aspecto invulnerable: un tipo de roca calcárea delicada donde destacados socios de *Montañeros de Aragón* como *Ursi* Abajo y Carmelo Royo han abierto soberbias vías.

La pista de tierra de Baladrías (1.660 metros, 12') termina en amplio herbazal, al lado de una alambrada ganadera. Por la izquierda, aparece una de esas viejas casetas pastoriles de piedra con planta circular, típicas del valle de Tena. Una serie de arroyos favorece que crezcan florecillas alpinas a nuestros pies.

La senda, muy bien balizada mediante pintura blanca y amarilla, se sitúa en el lado izquierdo orográfico del barranco de Articalengua (1.850 metros, 57'). Irá ganando cota entre sus praderíos con comodidad. Por la espalda, va quedando la Urbanización de Formigal, ahora reducida a pueblecito lilliputiense. Hacia el fondo del valle de Tena, las montañas de la Partacua se muestran con mayor claridad. En los días claros, se pueden contar hasta cincuenta buitres planeando a diversas alturas: proceden de Francia y han pasado la muga por del Puerto Viejo.

La senda llevará hasta el collado del Forato (2.040 metros, 1 h 33'). Un prado conforma este "falso portillo", atenuando su pendiente. Hacia el norte, se materializa el collado de la Peña Foratata, donde ya se escuchan los chillidos de las marmotas. Sin embargo, no seguiremos la senda que marcha hacia dicha horca, escogiendo a cambio otra mucho mejor marcada, que vira en sentido de las agujas del reloj, buscando el amable cordal de la Peña Foratata. Unas pedrizas amables nos situarán sobre la calcárea arista Noroccidental de la Foratata (2.140 metros, 2 h) que la senda, bien servida de hitos, recorrerá hacia el sudeste. En el terreno kárstico que pisamos apenas crecen ya sino algunas briznas de césped: constituye el alimento del generoso rebaño de cabras domésticas que nos observa con toda la curiosidad del mundo.

Es preciso contornear un tramo de cresta por el flanco septentrional de la cumbre Occidental, sin apenas ganar ni perder altura. De frente, se puede estudiar la complicada vía de acceso a su *hermana mayor*, esa punta Oriental (2.321 metros) que no vamos a visitar, pues requiere conocimientos básicos de escalada.

En un terreno desolado que apunta hacia el valle del Aguas Limpias, se accede al collado Intermedio de la Foratata (2.220 metros, 2 h 37'), una mella que separa las dos cimas principales de la Peña. Hacia el sur, se intuyen los grandes abismos que se prolongan hacia el río Gállego. Unas trazas de senda parten hacia el noroeste, alejándose de esa fuerte impresión succionadora de los paredones meridionales. Un pequeño murete hace que sea obligatorio ayudarse en algún momento de las manos –pasos de grado I de dificultad–, buscando el sector menos comprometido de la ruta. La cima Occidental de la peña Foratata (2.292 metros, 3 h) se concreta antes de que esta pequeña gimnasia se torne tediosa.

A pesar de su morfología alargada, nuestra cumbre brinda sensaciones extremadamente aéreas. Todo el sector sallentino del valle de Tena queda a nuestros pies. Algunos buitres han descendido la cota de sus planeos para vernos mejor. En la vecina cima Oriental, casi siempre aparecen cordadas de escaladores. Como es tradicional, intercambiamos saludos de cumbre a cumbre.

V. LA MITOLOGÍA Y LA MUJER:

5.01. El castillo mágico del Monte Perdido

Marta Iturralde Navarro

Anuario de Montañeros de Aragón 2007-2008, 23, 2008

La mayor de las *Treserols* es una cima que suscita encendidas pasiones. Este vértice pirenaico ha sabido originar auténticas montañas de artículos o de estudios monográficos. Mas cuando se tiene la impresión de que se ha dicho todo sobre nuestro Monte Perdido, aparece un nuevo aporte que da riqueza a su, ya de por sí, imponente bagaje cultural.

En el terreno mitológico, resulta evidente que no se han asimilado algunas de las posibilidades del Gigante Calcáreo. Concretamente, en lo referido al cuento de ese Castillo Mágico que, según narran los poetas, se hallaba emplazado sobre la cota 3.355 m. No se trata de un tema del todo inédito, pues ya lo rozaron Alberto Serrano Dolader en la *Guía Mágica de la Provincia de Huesca* (1994), Chema Gutiérrez Lera en su *Breve Inventario de Seres Mitológicos, Fantásticos y Misteriosos de Aragón* (1999) y, ¡cómo no!, nuestro insigne consocio, Alberto Martínez Embid, en su *Monte Perdido, Historia y Mitos del Gigante Pirenaico* (2001). Pero esta bonita leyenda dará para algunas explicaciones más...

Un Señor de los Anillos..., pirenaico

Ni la más desbordada de las fantasías habría podido emplazar una historia de espadas y hechiceros más apasionante sobre una de nuestras montañas más emblemáticas. Imaginemos en el Alto Sobrarbe un argumento así...

Nuestra leyenda se situaría en el siglo VIII, cuando los francos trataban de ubicar tropas de contención al sur de la cadena pirenaica. Un tiempo de guerra y de confrontación entre cristianos y sarracenos. Entre claras evocaciones de la batalla de Altabiscar, podríamos ya presentar a la heroína de esta historia: Bradamanta, sobrina del emperador Carlomagno. Puesto que era una guerrera bien adiestrada, no temía marchar sola entre decorados agrestes, y "después de haber pasado una montaña, llegó a la orilla de un claro arroyo". Allí iba a encontrarse con un misterioso caballero de rostro afligido llamado Pinabel, quien le narraría cierto lance bélico: "Iba yo conduciendo unos cuantos infantes y jinetes al ejército de Carlos, que quiere disputar a Marsilio el paso de las montañas... El fondo de un valle rodeado por todos lados de rocas cortadas a pico, y mi corcel no podía subir a la sazón por caminos tan escabrosos... Llego por fin a un valle salvaje, rodeado de montañas elevadas y de profundas cuevas". ¿Se trataba, tal vez, de un desertor escapado del desastre de Roncesvalles...?

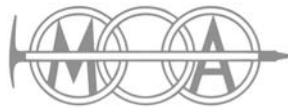
Por autores posteriores, adonde parece que Pinabel accedía era a las mismísimas faldas del Monte Perdido, de las que nos servirá una descripción desde la óptica de la Edad Media: "Sobre un peñón aislado, se alza un magnífico castillo, que brilla cual refulgente llama. Admiro su arquitectura y sus murallas, que no están formadas de ladrillo ni de mármol. Después he sabido que los demonios, obligados por ciertos encantos y mágicas palabras, habían construido aquellas murallas con un acero forjado en los fuegos del infierno y templado en las aguas de la laguna Estigia; así es que el orín no puede enmohecerle, ni aún empañar su brillo. Aquel castillo es guarida de un encantador cuyas excursiones están asolando día y noche la comarca... Allí es donde tiene encerrada a la soberana de mi corazón, a la dama de mis pensamientos, y pierdo la esperanza de volverla a ver ¿Puedo yo hacer más que contemplar aquel peñasco espantoso, en el que respira el objeto de mi adoración...? Hubiera necesitado alas para llegar a la cúspide de aquel peñón aislado". He aquí el retrato de la morada del perverso mago de este cuento, un

tal Atlante. O, lo que es lo mismo, de las dificultades que ofrecía nuestro Monte Perdido en todo su esplendor de hielos, de séracs y de glaciares.

A partir de este punto, nos disponemos a saborear una descripción de los retos físicos y mentales de un escalador del Medioevo. Amén de cierta declaración de impotencia por parte de Pinabel ante la propuesta de Bradamanta de intentar el rescate: “No vacilaría en subir a la montaña para guiarnos. ¿Qué me importan los trabajos o el cansancio después de haber perdido a la que amo? Pero debo advertiros que vais a cruzar ruinas y precipicios para hallar al fin un encierro”. De este modo comenzaba la, acaso, primera *ascensión imaginaria* al Monte Perdido: “Llegan a un bosque sombrío, en el cual se eleva una montaña cuya árida cima es de una roca dura... Empieza a subir a la montaña, buscando los senderos más apartados para ocultarse... En la cumbre de la montaña, ve una cueva que parece tener más de treinta brazas de profundidad, ensánchase en el interior...”. ¿Una cueva sobre una cima del *Macizo Calcáreo*...? ¿Quizás se referían a esa gruta que existe en la Punta de las Olas? En cualquier caso, Bradamanta halló en sus profundidades a la maga Melissa, con quien tendría que escapar “siguiendo senderos oscuros y escabrosos, y atravesando los precipicios y las montañas escarpadas que las rodean por todas partes; sin descansar ni un instante, trepan por las rocas, cruzan los torrentes, y distraen las penosas fatigas de aquel viaje singular hablando de lo que es más grato y placentero”. En resumen: un testimonio que tanto Nanou Saint-Lèbe como una servidora hubiéramos debido de introducir en nuestros respectivos trabajos sobre las pioneras del montañismo femenino. Pero sigamos inmersos en el territorio del mito...

La verdadera cumbre que Bradamanta deseaba asaltar, tras la deserción de Pinabel, parecía un hueso duro de roer. Sin embargo, en aquella punta podía hallarse preso el sarraceno Ruggiero, su gran amor. Melissa se encargaría de mostrarle un plan, tras previa exposición de los peligros montaraces: “Estos muros de acero, edificados sobre una roca inexpugnable cuya cima se pierde en las nubes, el caballo alado que le lleva por los aires, le hacen ser quizás menos terrible que su escudo, del que salen rayos tan penetrantes y peligrosos que los ojos que los perciben quedan deslumbrados, parálizanse todos los sentidos y se queda el cuerdo en un estado semejante al de la muerte”. ¿Acaso describía los efectos del reflejo de los hielos de un glaciar...? ¿O del mal de altura...? Como remedio a una hipotética oftalmía, cierto anillo mágico ayudaría a nuestra heroína a vencer al dueño del Monte Perdido, el hechicero Atlante.

Mas esa sortija que protegía de la magia negra, se hallaba en poder del moro Brunel. Bradamanta lo localizaría en una posada de las afueras de Burdeos, en el preciso instante en que, sobre sus cabezas, pasaba Atlante cabalgando sobre un caballo alado: “Es un encantador, sigue con frecuencia esa dirección y hace excursiones más o menos lejanas. Tan pronto vuela cerca de las estrellas, como va rozando el suelo y arrebatando todas las mujeres hermosas que halla al paso. Por eso las jóvenes del país que creen hallarse dotadas de alguna hermosura, y hay muy pocas que no lo crean, no se atreven



a salir durante el día. Posee un castillo construido por sus encantamientos en la cumbre de los Pirineos; ese edificio, hecho todo él de acero, es tan hermoso y resplandeciente, que nunca vio el mundo maravilla igual. Varios caballeros han intentado penetrar en él, pero ninguno ha vuelto". Así, sólo restaba hallar un guía que encaminara a nuestra heroína hacia el Monte Perdido: "¿Hay entre tus criados alguno que sepa el camino de esa fortaleza? Mi corazón está impaciente y arde en deseos de combatir al mágico. No te faltará guía, exclama Brunel; estoy pronto a acompañarte. Poseo un mapa para dirigirnos y otras cosas más que te hará muy útil mi compañía". ¡Caramba, si el pionero del pirineísmo, Louis Ramond de Carbonnières, hubiese contado en 1802 con estos útiles...!

Se ponía en marcha un nuevo ataque. Bradamanta y Brunel partirían con el alba hacia cierto valle angosto: "De bosque en bosque, y de montaña en montaña, llegan por fin a la cumbre de los Pirineos. Desde aquel paraje elevado, cuando el día está despejado y sereno, se descubren la Francia, la España y los dos mares, del mismo modo que desde lo alto del Apenino se ven el mar de Toscana y el golfo Adriático. Brunel y su compañera bajan por un sendero escabroso y molesto a un valle profundo; en el centro hay un peñasco cuya cúspide está rodeada por un muro de acero. Este peñasco domina a todas las montañas circunvecinas, y a menos que no se tengan alas, no se puede subir a él. He aquí, dice Brunel, la fortaleza en que el mágico tiene cautivos a damas y caballeros. Y a la verdad que sólo el dueño de un caballo alado podía elegir por vivienda aquel peñón cortado perpendicularmente a pico por los cuatro costados". Si los candidatos a esta cima llegaban desde Septentrión, no es difícil suponer que se tuvieran que enfrentar a la vertiente del Lago Helado de Marboré, bien defendida por sus barreras de séracs colgantes...

Mas Brunel ocultaba malas intenciones hacia la bella guerrera, quien se vería obligada a amarrarlo a un pino, apoderándose así de su anillo. ¡Menudas debían de ser las heroínas de entonces! Bradamanta podía acercarse con garantías al castillo para retar a Atlante mediante una trompa de guerra franca. A continuación, tendría lugar un combate que fue ganado por la sobrina de Carlomagno, quien terminó capturando al encantador con esas mismas cadenas con las que éste se aprestaba a atarla. Bradamanta le perdonará la vida a cambio de una confesión sobre "qué le ha impulsado a elegir aquel sitio salvaje para edificarse un castillo inexpugnable". Atlante le explicaría que no era por ocultar sus tesoros, sino por salvar la vida de cierto caballero al que educó desde niño: Ruggiero, el amor de la joven... Para que su cautiverio resultase grato, el mago apresaba a otras damas e hidalgos de alcurnia. Sobre aquella cima del Pirineo, se podía hallar durante el siglo VIII, "conciertos, trajes suntuosos, variados juegos, manjares exquisitos, todo lo que halaga el corazón y los sentidos". ¿Acaso el hallazgo de tales tesoros fueron el estímulo secreto de los guías locales de Ramond entre 1786 y 1802...?

La guerrera victoriosa obligaría al hechicero a mostrarle los secretos de ese Castillo Mágico del Monte Perdido: "Al llegar al pie de la roca, ve una puerta pequeña; una escalera de caracol los conduce a la entrada del castillo. Levanta Atlante una piedra larga y lisa que forma el dintel, y sobre la cual hay

grabados figuras y caracteres extraños. Allí hay unos vasos llenos de un fuego oculto, de los cuales sale denso humo... Adelante los rompe... En el mismo momento se desvanecen las murallas, la torre y el castillo. Sólo se ve la cima inculta y árida de la montaña. El mismo encantador desaparece con la rapidez del pájaro que se escapa de su jaula. Las damas y caballeros, libres ya, aparecen diseminados en aquella tierra estéril, y algunos echan de menos las delicias de su cautiverio". Como compensación, Bradamanta iba a encontrar a su amado entre aquellos riscos pirenaicos...

Tras la pista de Ludovico Ariosto

¿Y quién pudo ser el autor de los textos anteriores? ¿Acaso algún adelantado del pirineísmo como Boudon de Saint-Amans o el propio Ramond de Carbonnières...? Tampoco hubiera sido tan extraordinario, puesto que en la referida leyenda se descubrían ciertas técnicas de exploración y ascenso a una cima, amén del interesante punto de arranque del montañismo femenino... Sin embargo, el mito del Castillo Mágico de Atlante no fue redactado durante el *Siglo de las Luces*, sino a comienzos del XVI. Y su creador no sería otro que Ludovico Ariosto (1474-1533). Porque este poeta de Reggio nell'Emilia es el padre de *Orlando Furioso*, obra en verso de la que se han extraído fragmentos de sus Cantos II y III, y sobre todo, del Canto IV. Orlando, claro está, es el nombre italiano de Hruolandus, Rolando o Roldán, el conde franco de la Marca de Bretaña y héroe medieval por excelencia.

Ariosto ha sido equiparado por los eruditos con otros bardos italianos como Dante, Petrarca y Tasso. Su *Orlando* constituiría "el primero de los poemas épicos-cómicos de la literatura universal". No fue ésta su única obra: firmó *La Cassaria* (1508), *Il Suppositi* (1509), las *Sátiras* (1517-1525), *Il Negromante* (1520) o *La Lena* (1529), amén de otras obras menores. Pero volvamos con el que fuera denominado "poema renacentista por definición". Su autor lo comenzó en Ferrara hacia 1505, para finalizar su primera versión diez años después. Aunque le recomendaron el latín, él preferiría escribir en italiano esas aventuras fantásticas, llenas de misterio y de erotismo, donde se narran los amores de Orlando y Angélica, o de Bradamanta y Ruggiero. Unos lances donde, no sin ironía, se entremezclaban hadas, espíritus maléficos, seres fantásticos y caballeros de armadura. De las planchas de la imprenta, salió una primera tirada en 1516, en tanto una segunda versión lo hacía en 1521 y la tercera en 1532: *Orlando Furioso* fue constantemente corregido hasta el final de los días de su artífice. La evolución del texto se podría constatar en un incremento desde los cuarenta Cantos iniciales hasta los cuarenta y seis definitivos. Sus peripecias principales fueron fuente de inspiración para artistas posteriores, desde Tiépolo hasta Doré. ¿También para novelistas como Tolkien...?

El tema de las aventuras de Carlomagno y de sus Doce Pares no era del todo novedoso. Además de la propia *Chanson de Roland*, Ariosto se dejaría influir por el *Orlando Innamorato* (1486) de Matteo Boilardo; acaso, por el versionado de esta última obra de Nicolo degli Agostini en 1495. Nada de extrañar, puesto que la sombra de Boilardo también llegó hasta España, a

resultas de su traducción por Pedro de Reinoso en 1533. Y ésta daría a luz versiones hispana muy influenciadas de Martín de Bolea y Castro (*Orlando Determinado*, 1578) o de Agustín Alonso (*Historia de las Hazañas de Bernardo del Carpio*, 1585). Aun con todo, el enfoque de Ludovico Ariosto demostró ser superior a los demás.

Orlando Furioso fue traducido al español en 1550, por Jerónimo Jiménez de Urrea. Ni que decir tiene, sería objeto de varias reediciones y traducciones posteriores. Eso, sin contar con las imitaciones: desde *El Crotalón* de Cristóbal de Villalón hasta *Las Lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto..., con una mención aparte para *La Hermosura de Angélica* (1602) de Lope de Vega. Tampoco se puede omitir esa oleada de traducciones de la obra de Ariosto durante el siglo XIX; en especial, de 1846 a 1883. Tras semejante boom, llegarían los estudios..., como la excelente traducción y análisis de Joaquín de Entrambasaguas y Peña, sobre 1925. Lástima que no se prodigaran por el mundo montañero... De cualquier manera, este farragoso apartado tampoco termina de explicar cómo llegó el Castillo Mágico hasta el Monte Perdido.

La versión que arribó al Sobrarbe

Posiblemente, el introductor en España del mito de la fortaleza del Monte Perdido, fuera Roberto Puyo de Columa. Junto con un sexteto de eruditos, hacia 1889 participaría en esa gran obra colectiva titulada *Aragón Histórico, Pintoresco y Monumental*. En concreto, dentro del capítulo dedicado a *Boltaña* y algo escondido entre otras tradiciones como la de la *Brecha de Roldán* y la de *Las Tres Sorores*. Puyo de Columa redactaría su personal interpretación de esa *Leyenda del Monte-Perdido*, cumbre que según su artífice se alzaba "sobre la cima de esta región, cuyo siniestro nombre anuncia la multitud de seres humanos que en su seno misterioso guarda sepultados". Con honestidad, reconoció que él no había creado el cuento del "mágico palacio del encantador Atland", sino que se trataba de "una obra fabulosa inventada por la fantasía de los novelistas de la Edad Media". Más concretamente, recogida por el escritor galo Florentin Ducos desde su *L'Épopée Toulousaine...* Además, tendría la honestidad de proveer de un resumen de la referida obra:

"El peligroso bandido Atland posee un admirable castillo de acero, levantado en las nubes, sobre la cima de los Pirineos. Muchos caballeros han manifestado ya su valor yendo a atacarlo; pero ninguno de ellos ha vuelto de tan temeraria empresa... En medio de éste alzábase una montaña aislada de una roca dura y absolutamente escarpada, cuya cúspide parecía rodeada de un muro de acero... Esta roca sobrepaja en altura a cuanto rodea; allí es donde el encantador tiene encerrados tantos prisioneros. Para poder subir a allí es menester tener alas; porque en ninguna de las cuatro caras escarpadas de esta roca se presenta ningún sendero ni grada alguna; y es de ver cómo el señor de este castillo tiene absoluta necesidad de un gran caballo con alas para poder hacer allí sus calabozos y morada... Tal es, en resumen, la descripción del palacio de encanto del famoso Atland, verdadera obra prodigiosa, sita en las cumbres del Monte-Perdido y envuelta en un blanco sudario de perpetuas nieves".

Ciertamente, las similitudes del trabajo de Ducos con el de Ariosto son más que evidentes. A estas hazañas de espadachines, Puyo de Columa añadiría algunas gotas de su propia fantasía, las más de las veces con claros antecedentes en otras historias dispersas a lo largo y ancho del *Orlando Furioso*. Porque habrá nuevos elementos en su historia: una prisionera cristiana, Elvira, que da a luz a una niña, Elma-María... Unos rezos a la Virgen para que la permita bautizar... Un viaje en carroza alada hasta El Pilar de Zaragoza... Un monarca aragonés que adopta a la criatura... Un héroe local llamado Ramón que también ha quedado prisionero en el palacio de Atland... A título de comparación, remitiré a las desventuras de otras cautivas de Ariosto, como Melissa o Isabel. Pero ya estamos rizando el rizo con un argumento alambicado, lo que nos aparta de nuestro tema central montañero. Porque así arribaría hasta los ávidos lectores hispanos de finales del siglo XIX el mito del Castillo Mágico:

“En la cumbre, dicen, de estos montes, cuya imponente cordillera conserva el recuerdo y nombre de Pirene, sobre las rocas de ese montón vasto e informe, Monte-Perdido, cuya frente ostenta tempestuosa, rodeada de escarcha y entre esas pirámides de nieve que elevan al espacio la fascinadora masa de sus cúpulas de azur, brilla un soberbio palacio, construcción de los antiguos tiempos, con maravillosas torres y resplandecientes almenas... Yo no sé qué genios invisibles producen en estos hermosos lugares incomprensibles ecos y extrañas armonías; un atractivo vago y misterioso, que hace temblar al experimentarse, se apodera del hombre y le obliga a soñar; una languidez secreta quita a su memoria los nobles recuerdos de la patria y de la gloria y no le deja en esta fatal estancia más que un voto, un deseo, una necesidad..., el amor. Este palacio, monumento de los secretos que otro tiempo conoció, es obra del encantador Atland, quien lo edificó sobre la cúspide de la montaña en que se arremolina y congela la nieve, enriqueció con sus dones el muro trazado por él mismo y desplegando toda la habilidad de su potente arte, suspendió en los aires este prodigio. Tigres, leones, panteras y osos, guardias misteriosos de las torres maravillosas, sufren la esclavitud de un terrible encanto: se diría que el mármol ha guardado su imagen, pero el animal ha quedado prisionero en el pedrusco vivo, habiendo sorprendido su inmovilidad. Cuando el hábil encantador quiere dar movimiento a esta vida inmóvil, aplica a capricho su varita al mármol y con el choque de una exhalación eléctrica anima el pedrusco. El tigre se despierta y ruge de cólera; el león, más terrible, agita su melena; la pantera salta; las hienas y los osos llaman con espantosos aullidos a los buitres; y a la voz de su señor se ve agitar el devorador ganado que sólo aquél puede dominar; pero tan pronto como toca con su cetro de oro el adormecido mármol, todo se calla y se duerme. Aquí fue donde, huyendo de la muerte o de la esclavitud, un rey moro, vencido por los hijos de Pelayo, corrió a ocultar su vergüenza y sus amores; y pidiendo socorro al arte de los nigromantes, sobre una carroza de fuego que atravesaba el espacio, se abrió un camino por entre aquellos muros de hielo...”.

Ni las aventuras de *Conan el Bárbaro* ni las de *Frodo Bolsón*, muestran argumentos tan apasionantes como los que rodean a las leyendas del Monte

Perdido. En tanto Ridley Scott estudia su versionado cinematográfico, tras convencer a Arnold Schwarzeneger y a Angelina Jolie para sus papeles estelares..., no estaría de sobra que nos interesáramos más por la bella mitología de nuestras montañas pirenaicas. Aunque Hollywood no llegue a preparar nunca su adaptación.

5.02. Excelsa, la diosa del Balaitús

Marta Iturralde Navarro

Anuario de Montañeros de Aragón 2004-2005, 18, 2005/Pyrénées, 232, octubre de 2007

“¡Es ella, la Princesa de Gabas, de la que todos los corazones están prendados...! Rubia como la hoja del haya coloreada por el otoño, llevas en tus ojos los tonos cambiantes de los gaves que nutren... Tu aliento recuerda el perfume de los claveles silvestres... Te elevas por encima de otras mujeres, reservada y esbelta como la aguja de un pico osado... El manto blanco que cae desde tus hombros tiene la amplitud y el resplandor de los grandes neveros, y tu belleza es similar a la de las montañas... ¡Salud, armoniosa, luminosa, majestuosa, serena!”.

Muy pocas muestras de la hermosa mitología montañera atraviesan las fronteras. Y, para nuestra desgracia, el inventario de leyendas del Balaitús (3.144 metros), ese pico tallado en granito sobre una encrucijada de los valles de Azun, Ossau y Tena, no constituye ninguna excepción a esta desafortunada regla. Por eso, siempre hemos de agradecer cuando un amigo del otro lado, como Gérard Raynaud, nos proporciona algún libro nuevo con el que colmar nuestros sueños pirineístas.

En Aragón, casi nadie ha oído hablar de Excelsa, la Princesa de Gabas, la Diosa del Balaitús. Y eso, a pesar de la fascinación que por esta quimérica beldad demostraran unos célebres pioneros de la escalada como fue el quinteto de los hermanos Cadier. Porque *Excelsa* es un cuento maravilloso del año 1910, creado por la prodigiosa imaginación de cierto enamorado de las paredes vertiginosas del Balaitús, por un trepador llamado Marcel Bourdil. En realidad, era mucho más que todo esto: se trataba de una “revista pirenaica en dos actos”, cuya acción discurría en Gabas y en el refugio de Arrémoulit. Como Raynaud dejara escrito en la nota que adjuntó con el libreto, “es una obra bastante caprichosa, única en la literatura pirineísta”. Resultará interesante asomarnos a su interior...

El argumento de *Excelsa*

La bellísima Excelsa era la más arrebatadora joven de Gabas: cuantos pirineístas se acercaban hasta esta pequeña aldea osalesa, siempre pensando en ganar su terrible gigante, el pico de Balaitús, quedaban prendados de su porte y le declaraban su amor. Al final, acosada por tanto pretendiente, la princesa pidió consejo a su madre, quien decidió poner término a todas las

galanterías. Así, propuso a los candidatos a la mano de Excelsa una prueba: la muchacha se desposaría únicamente con quien desvelase el mayor secreto de esta montaña, que no era otro que el de la ruta de sus primeros conquistadores, los geodésicos de 1825: ¿por dónde diantres subieron Peytier y Hossard al Balaitús? Y el plazo concluiría a las tres de la tarde del día siguiente, que sería cuando ella misma determinaría el ganador de tan peculiar lance en el marco del refugio de Arrémoulit. Mas, como dicho itinerario constituía un misterio de cerca de un siglo ya de antigüedad, Excelsa parecía condenada a no conocer nunca el amor. Al menos, eso quería insinuar el final del Acto I...

En cuanto al Acto II, arrancaba cuando los pirineístas convocados acudían, más o menos puntuales, al lugar de la cita... Pero el consiguiente interrogatorio de la madre resultaría un chasco, pues ni estaba la Princesa de Gabas a la vista, ni los montañeros demostraron conocer el gran enigma del Balaitús. Por eso, decepcionados, todos aquellos pretendientes de poca enjundia regresaron al llano. Sin embargo, Excelsa se encontraba no muy lejos de allí: escondida en los alrededores del pico de Palas, donde la halló un misterioso cortejador de última hora, que no era en absoluto como los demás. Se trataba de Eloi, quien sólo buscaba la libertad de los grandes espacios; él se quedaría definitivamente con el corazón de la joven, aunque tal vez pagando un alto precio...

Y, hasta aquí el guión resumido de la cincuentena de páginas que conforman su libreto. Sin embargo, parece oportuno añadir un pequeño extracto del texto para que se pueda apreciar el fuerte simbolismo presente en su argumento. Por ejemplo, existen varios párrafos en los que resulta más que evidente que Bourdil quiso comparar a la heroína de su obra con la propia montaña del Balaitús. Pero vayamos ya al Acto I, Escena II:

"Noémi: Mi niña –mi edad me autoriza a daros este nombre–, no os molestéis si vuestros enamorados forman una caravana para honrar vuestra belleza... Esas agrupaciones oficiales de hombres, unidos por la misma pasión, presentan grandes ventajas [...]. Yo que os hablo, Excelsa, yo que os amé de los primeros, ¡que conocí la época en la que vivíais en el fondo de vuestro valle salvaje, desconocida y abandonada! No se hablaba de vos sino con desdén... ¿Qué digo?, no se hablaba en absoluto... Y el domingo por la mañana, en la estación de Pau, a menudo sólo éramos dos, a veces uno, para tomar el tren, para llevaros el tributo de nuestra ternura... Hoy... Ved, rodeándoos, a esa juventud floreciente... ¡He aquí el fruto de nuestros esfuerzos!

"Excelsa: Noémi, sois un buen hombre, pero estáis, como el infierno, pavimentado con buenas intenciones. Os quiero bien... Pero más todavía amo la verdad..., y, puesto que es preciso abrir mi corazón, veréis que no soy una mujer corriente. Todos esos homenajes no me complacen en absoluto... Añoro la época en la que los hombres no se ocupaban de mí o, parecida a una ciudad feliz, cuando no tenía historia. ¡De qué paz deliciosa, de qué silencio divino disfrutaba entonces, acunada por el murmullo de las aguas de costumbre! A veces, un brusco ventarrón, el paso inesperado de una manada de sarríos sorprendían mis sueños sin turbar mi serenidad... Hoy..., ¡por desgracia! ¿Cómo

escuchar nada sin que me molesten esos ruidos de las cacerolas y de los juegos de palabras?”.

Por cierto: ¡y a mí que me parece que, tras el seudónimo de Noemi, Marcel Bourdil quiso ocultar, nada más y nada menos, que al mismísimo Henry Russell...! Acaso, los demás lectores de *Excelsa* acierten también a descubrir, entre su plantel de personajes *ficticios*, perfectamente camuflados, a algunos pesos pesados del montañismo: Franz Schrader, Henri Brulle, Georges Ledormeur, etcétera. Sí; esta revista parece más bien una lección encubierta de historia del pirineísmo en torno al Balaitús...

Hacia el reino de *Excelsa*

Pero, pasando ya a un plano mucho más prosaico, voy a proponer un interesante recorrido de dos jornadas para conocer desde las alturas ese territorio que todavía luce la impronta de la Princesa del Balaitús. Sin embargo, se deberá partir bastante alejado de Gabas; en concreto, de la presa de la Sarra (1.430 metros), en la fascinante vertiente sallentina...

Así, es preciso ascender por la preciosa senda que, forrada de hayas y pinos, cobra cota hacia el norte siguiendo la orilla derecha del río Aguas Limpias. Si se camina despacio y disfrutando del paisaje, en cosa de una hora se puede llegar al paso de Onso (1.600 metros), donde el curso de agua se ha convertido en un abismo oscuro y tenebroso. Los cazadores de Sallent sostienen que este nombre se debe a un par de incidentes con plantígrados – todos ellos, letales para los animales– que tuvieron lugar en sus inmediaciones. En cualquier caso, antaño se esquivaba este tramo, para subir por el itinerario de la mallata de Soba; solamente a partir de las obras de construcción del viejo refugio del circo de Piedrafita, se adecuó el trazado por donde hoy discurre...

Un poco más allá del Llano Cheto (1.670 metros), en plena subida de una fuerte rampa, aparece por nuestra izquierda el desvío hacia los ibones de Arriel, muy bien señalizado. Siguiendo una traza sinuosa entre gruesas raíces de coníferas, iremos ganando altura. Los repechos herbosos que defienden la repisa de los lagos, pueden dejar sin aliento a más de un desentrenado... Aun con todo, en algo menos de tres horas desde el coche, podemos avistar el primero de los ibones de Arriel (2.170 metros). Pero antes, por un estrecho desfiladero, nos aparecerá dando el fondo el Balaitús, vestido por completo de luto.

Desde aquí, deberemos llegar ante los ibones superiores, para tomar el vallecillo que gira hacia la derecha, en pos del escondido Gorg Chelau (2.405 metros). En torno nuestro, rodeándonos de un modo inquietante, surge ese cinturón de granito que proporcionan los picos de Arriel, de Palas, de Balaitús y las Frondellas... Desde el desolado laguito, y ya con los abismos del Balaitús de frente, seguiremos en paralelo la arista fronteriza –desde los portillos de la Barane al Col Noir– hasta arribar a un evidente contrafuerte rocoso, justo al inicio de esa cicatriz que surca el Balaitús bautizada como la Gran Diagonal. Con un algo de atención, descubriremos una puerta y un ventanuco pintados en minio. Es el refugio Michaud (2.640 metros), el cobijo menos conocido de

Montañeros de Aragón. Tiempo de ascensión desde la Sarra: rondando las cuatro horas y media.

¿Y qué pinta aquí un refugio de nuestra red? Pues forma parte de una hermosa historia de camaradería montañera... A comienzos del siglo XX, dos amigos de Pau, Henri Sallenave y André Michaud, quedaron prendados del Balaitús. Tal vez esperando obtener una cita con la Princesa Excelsa, incluso se decidieron a pernoctar sobre su cima. Mas, como el sitio les pareció muy incómodo, hacia el año 1920 comenzaron a buscar otra ubicación "de altura" para poseer su propia morada en esta cumbre que les apasionaba. La hallarían al pie de la Gran Diagonal; exactamente a 42° 58' 18" Norte, 3° 23' 3" Este. Con ayuda de guías osaleses, habilitaron allí, como pudieron, una especie de *balma*. Sin embargo, mucho antes de que quedara terminada, falleció Michaud. Así, Louis y Henri Sallenave proseguirían las obras con sus escasos medios, ayudados por guías como el mítico Todos Santos San Martín; solo tras la Guerra Civil, recurrirían al concurso de porteadores sallentinos. El 25 de agosto de 1949, se inauguraba lo que fue bautizado como Abrigo Michaud, a la par que se hacía entrega del mismo, para su cuidado y mantenimiento, a nuestra asociación montañera...

Nuestra Cueva Michaud constituye un lugar ideal para pernocta de grupos poco numerosos y bien equipados. Y el paraje, al atardecer, apenas podría presentarse de un modo más irreal, con los picos de Arriel, Lurien y Palas destacándose enfrente nuestro como espíritus en pena. Se trata de una experiencia que vale la pena añadir a nuestro morral... Por lo demás, puesto que el guarda del refugio de Respomuso, nuestro querido *Ursi Abajo*, sube por aquí de vez en cuando para adecentarlo, se puede considerar que las condiciones de pernocta son bastante buenas. Aunque nos llovió lo suyo al ocaso, en el sector de la izquierda del abrigo –donde hay plásticos y colchonetas viejas– permaneció seco y confortable.

La travesía del Balaitús

En verano y con poca nieve, la vía al Balaitús por la Gran Diagonal no presenta graves complicaciones. Sin embargo, al discurrir su trazo por una vertiente poco frecuentada y con enormes precipicios, ante el menor percance o duda, es mejor volver atrás y dejar la ascensión para otro momento. En este caso, la ruta que elegimos nos fue recomendada por dos montañeros osaleses que pernoctaron por debajo de nosotros, en las pedrizas del Rocher du Coucher. Como se verá más adelante, se basa en una combinación de la Gran Diagonal, la arista Packe-Russell, una travesía sobre la vertiente de Batcrabère, y de nuevo el tramo final de la Gran Diagonal. Muy aconsejable si queda algo de nieve en las repisas altas...

Así, desde la misma puerta del Abrigo Michaud, se ve la canal de piedras que constituye el trecho inferior de la Gran Diagonal. Ésta nos lleva en media hora, sin grandes dificultades pero sí muchos sudores, hasta la amplia repisa de la cresta fronteriza (2.880 metros). Desde aquí, desdeñaremos la ruta original, que apuntaba hacia la Brèche des Isards, para tomar la amplia pedriza que sirve de basamento a la arista Packe-Russell. No resulta difícil

seguir los hitos, pues ese trazado se atrae cada día más clientela. Cuando las gleras se estrangulan (3.020 metros) y comienza esa cresta que recorrieran en 1864, con un lapso de una decena de días, tanto Charles Packe como Henry Russell..., hay que buscar los cairn por la izquierda. Una amplia travesía dominando la Gran Diagonal permite ganar el corredor terminal de esta ruta, ya sobre la Grande Lézarde. Desde aquí, una breve trepadilla nos coloca con rapidez en la cima del Balaitús (3.144 metros) desde su solitario cordal noroeste. En total, han sido un par de horas desde nuestro romántico alojamiento nocturno.

Descender por la arista Packe-Russell propiamente dicha es muy divertido, pues el antaño célebre paso del Estribo ya no atraganta a nadie..., salvo si se sube cargado con un buen mochilón. No obstante, mi propuesta anima a bajar por la hoy *normal* desde Respomuso. Por eso, tras las fotografías de rigor ante la fea pirámide de aluminio y el encantador busto en piedra de Georges Ledormeur –otro apasionado del Balaitús que sumamos a nuestra colección–, hay que perder altura hacia el sudeste, por unas graveras que parecen nunca tener fin. Pero sí que lo tienen, y de modo bien abrupto: acaso, al andar tan entretenidos con las fastuosas vistas de la Cresta de Costerillou-Cresta del Diablo o de las cercanas Frondellas, no nos hayamos percatado sino en el último momento del vacío que se abre a nuestros pies. Estamos ante la Brecha Latour.

Puesto que éste es un lugar donde los montañeros se atascan con frecuencia, me entretendré para dar algunas pistas sobre su descenso. Así, desde un resalte muy característico (2.980 metros) donde empieza el mundo vertiginoso, se debe bajar hacia una terracita clara que se abre por la izquierda. Allí, veremos dos grupos de anillas donde montar los rápeles..., técnica más que aconsejable para quienes lleven neófitos, amigos impresionables o mochilas desmesuradas. Nosotros, con una cuerda de 40 metros nos apañamos muy bien. Enseguida, tras un paso hacia la derecha, alcanzaremos la primera de las trece clavijas que, para espanto de los supersticiosos, bajan por la pared. De ese modo llegamos a una canal un tanto inclinada y de firme terroso. Con cuidado, destreparemos hasta su borde, donde se aprecian dos resaltes algo complicados de bajar. En el último de ellos, aparece otra anilla por la izquierda donde disponer el rápel. Sin casi habernos dado cuenta, nos encontramos al pie (2.870 metros) de esa ruta que descubriera el gran guía de Cauterets, Clément Latour, en el verano de 1873...

Ni que decir tiene, si se lleva casco, es mejor ponérselo, pues los atascos que se producen entre quienes suben o bajan, pueden ser memorables e incluyen escenas de histeria en el programa. Y los bombardeos de piedras, con toda seguridad, también. En cualquier caso, tocar las primeras nieves del antaño pujante glaciar del Balaitús, puede exigir, desde su vértice de aluminio, una hora y media emocionante.

Del resto, poco que contar. A veces, el pequeño glaciar se muestra duro o brinda rimayas complicadas: ¡ay, entonces, del que no lleve piolet o crampones! Pero la senda se va desvelando poco a poco, cada vez más clara, señalando hacia ese circo de Respomuso que se materializa por el sur.

Encajados entre las aristas altivas y desgajadas de las Frondellas y de la cresta del Diablo, arribaremos a los dominios del siempre amable *Ursi*, en el refugio de Respomuso (2.208 metros), en un par de horas más de marcha, muy entretenidas ante el despliegue paisajístico que realizan las montañas de Piedrafita.

En resumidas cuentas: una travesía de lo más interesante, muy recomendable para los montañeros de nivel medio. A quienes deseo que sepan hallar la morada escondida de Excelsa y que conozcan esos secretos del Balaitús que dan derecho a pedir su nivea mano...

El secreto de Excelsa:

Desde que el historiador Henri Beraldi hiciera público su hallazgo de documentos y *rehabilitase* en 1898 a los geodésicos militares Paul-Michel Hossard y Pierre-Eugène-Félicien Peytier, fueron muchos los pirineístas que trataron de determinar con exactitud su vía de ascensión de 1825. Así, el 2 y 3 de agosto de 1901, los escaladores Henri Brulle y René d'Astorg, guiados por Célestin Passet, realizaron unos decididos tanteos en la hoy llamada arista Peytier-Hossard. Desde las *Ascensions* (1936) de Brulle, parece darse la solución al enigma que hubiera rendido el corazón de la Princesa Excelsa: "Cumbre al mediodía. Brulle, D'Astorg y Célestin descienden por la misma vía hasta la depresión entre los dos Balaitús. Dicha depresión, es la brecha Peytier-Hossard, lo más seguro. Pero los geodésicos no la franquearon como collado. La recorrieron a lo largo. Es, pues, la arista Peytier-Hossard (en tres tiempos: 1º, el collado, poco señalado, cerca del Pequeño Balaitús; 2º, las dificultades; 3º, la brecha en V). En cuanto a la brecha de abajo, al oeste del Pequeño Balaitús (hoy: Cap Peytier-Hossard): es posible, pero no segura; se puede evitar contorneando la cresta más al oeste y girando más abajo, al nivel del lago inferior de Batcrabère". ¿El misterio de la ruta de los geodésicos quedaba así desvelado?

5.03. Cuentos de flores y de pirineístas

Marta Iturralde Navarro

Heraldo de Aragón, 2 de abril de 2001

No me gustan los tópicos ("las flores son cosas de chicas", dice uno), pero quisiera romper una nueva lanza en defensa de las más discretas y bellas habitantes de las montañas... Acaso lo hago llevada en pos del ejemplo de tantos amantes de la Naturaleza como ha habido desde siempre en mi club, *Montañeros de Aragón*. Un buen amigo –Juan Daniel de San Pío–, quizás el decano de los fascinados por la flora y la fauna, ya decía en su *Nomenclator guía de algunas especies animales y vegetales de los Pirineos* (1976): "La flora de montañas es bella y rica. El conocerla mejor nos hace amarla más y acercarnos más a la Naturaleza, a la par que da mucha mayor amenidad a nuestras excursiones". Y de eso mismo se trata: de admirar y respetar a las

frágiles plantas de nuestros Pirineos, que nos prestan una belleza que no puede huir de nosotros, puesto que son prisioneras de un terreno que pisoteamos muy a la ligera...

Con frecuencia, veo colegas que arrancan flores en el monte, a menudo para tirarlas en una cuneta al finalizar la jornada, cuando las sacan marchitas de su mochila. Me enfadan estas actitudes, y más cuando se producen cerca de mí. Este verano pasado, descubrí *Ramondas* por vez primera... Confieso que, a pesar del día intempestivo que hacía sobre Ets Parets de Pineta, me emocionó este inesperado encuentro: ¡la flor dedicada a Ramond de Carbonnières! Naturalmente, no tomamos como recuerdo sino fotografías, dejando que esta *gesneriácea* prosiguiese en paz con su misión de dar vida al calcáreo, colonizando con sus vestiduras violáceas el ciclópeo Monte Perdido.

Existen dos hermosas tradiciones a este respecto. En los Pirineos franceses, se dice que jamás debe tomarse una flor en la montaña para uno mismo; puedes coger una, y sólo si es para regalarla a quien amas. Y, en el Oberland de Berna, se aseguraba en el siglo XIX que arrancar más de una flor traía mala suerte: los barbudos guías locales de Grindelwald o de Meiringen – precoces ecologistas– contaban que habían rescatado de los glaciares a alpinistas fallecidos con puñados de *Edelweiss* en los bolsillos de sus chaquetas... Por si acaso, amigos pirineístas: curaos en salud y no cortéis flores de la montaña. Y, si lo hacéis en alguna ocasión excepcional (¿estáis al tanto de las especies protegidas en Aragón?), al menos que sea sólo una y sin dañar a la mata.

VI. PEQUEÑO APÉNDICE MÉDICO:

6.01. Mujer y montañismo

Cristina Blasco, Alberto Martínez Embid, David Romero-Alvira y Enrique Roche
Boletín de Montañeros de Aragón, 52, enero-febrero-marzo de 1998

“¿Hay que animar este género de gimnasia muscular y pulmonar para la mujer? No es tal nuestra opinión. Aunque estas ascensiones están normalmente rodeadas de más cuidados y precauciones que las demás, no se puede concluir que puedan dejar a las heroínas de tales triunfos huellas más o menos lamentables, conmociones orgánicas o repercusiones fatales a su constitución”.

L’Abeille de Chamonix, 1865: editorial sobre cuatro ascensiones femeninas al Mont-Blanc.

No hace mucho, en un encuentro sobre “Mujer y Deporte”, el sociólogo deportivo Dr. García Ferrando afirmaba que el siglo XX se analizaría en el futuro como “el siglo de la revolución en las comunicaciones y de la emancipación de la mujer”. ¿Es eso cierto? ¿Están las mujeres en un plano de

equidad ante los hombres? Por fortuna, vivimos en una época en la que muchas concepciones están cambiando. Hoy en día, muy lejos ya de actitudes como la que abría el artículo, los papeles se van equiparando y las féminas están subiendo a un primer plano en numerosas facetas de la vida moderna.

El deporte en general, y el montañismo en particular, no ha sido ajeno a este vertiginoso viraje. La mujer ha pasado de mera espectadora y participante secundaria, a protagonista, moviendo tras de sí a los medios de comunicación y otras parafernalias semejantes a las de los hombres. La otra cara de la historia es que aún no son tantas y que queda todavía mucho por hacer. Atrás han quedado las advertencias de la Medicina de finales del siglo XIX contra la práctica del alpinismo: "El verdadero precio de esta extraña carrera de obstáculos, para las mujeres jóvenes que la corren, no puede ser otro que el de la esterilidad". Mas vayamos –por su similitud con el montañismo– a las estadísticas de los registros de las marcas actuales de atletismo: testifican el espectacular avance por parte del sexo femenino en el deporte, a pesar de que entró con notable retraso en la competición. Así, en estos últimos cincuenta años, los récords de los varones han sido asediados rápidamente por las féminas, y la progresión sigue. Hoy en día, las marcas entre hombres y mujeres están muy próximas, e incluso en algunas especialidades deportivas, los caballeros han sido ampliamente superados. En deportes de alta resistencia (como los *ultramaratones*), donde las damas compiten conjuntamente con los hombres, no es extraño ver cómo muchos participantes masculinos son fácilmente vencidos por las féminas. Las mujeres, en estas disciplinas, han demostrado una progresión increíble, aunque en otras (como las pruebas de velocidad), encuentran más dificultades para superar a los varones.

Sin embargo, no debemos caer en el tópico de la igualdad de sexos para culminar las gestas deportivas. Aquí hay que hacer mención de las evidentes diferencias que marcan a hombres y mujeres. La razón de tales disimilitudes nos la dará la compleja fisiología que cada sexo exhibe. Sería necesario mucho más espacio del disponible para analizar los distintos aspectos fisiológicos que se dan en féminas y varones: tendremos que conformarnos con algunas pinceladas generales, tratando determinadas facetas de forma más divulgativa que rigurosa. ¡Que nos perdonen los expertos!

Una diferencia clave entre los dos sexos, la podemos encontrar en las hormonas. Las femeninas tienden a acumular más grasa corporal, mientras que las masculinas contribuyen a favorecer el desarrollo del músculo. Sin embargo, la palabra *grasa*, que tan mal parece que suena, no resulta problemática para la práctica de ciertos deportes, siempre que nos mantengamos dentro de límites lógicos. Justamente, son mujeres quienes ostentan los récords del número de veces que se ha atravesado el Canal de la Mancha o de la travesía entre Alaska y Rusia. Deportistas como la corredora Penny Lee Dean, la nadadora Lynn Cox, la triatleta Alison Streeter –en alpinismo, Catherine Destivelle, Wanda Rutkiewicz o Araceli Segarra–, poseen en su palmarés triunfos que muy pocos varones han igualado.

En actividades de alta resistencia, como en el alpinismo de elite (Alpes, Andes, Himalaya), los atletas usan tanto glucógeno como grasa. Sin embargo,

el glucógeno es muy apreciado por el organismo, ya que resulta fuente de glucosa, el único azúcar que le sirve al cerebro, la computadora de nuestro cuerpo. Por lo tanto, la relación entre ambas sustancias es crítica, pero siempre con la tendencia a preservar las reservas de glucógeno, ya que, si llegan a cero, se sufre el colapso final. Así, durante una carrera larga o una ascensión límite, el organismo prefiere utilizar grasa y, a mayor cantidad de grasa, más energía y más resistencia. Y eso, exactamente, se refleja en la práctica del alpinismo, donde las féminas bien entrenadas están consiguiendo unos triunfos envidiables.

La ecuación es muy sencilla: carreras de corta distancia, disciplinas deportivas explosivas, etcétera, la testosterona manda, ya que depende enteramente del músculo. Carreras de larga distancia, pruebas de *endurance*, ascensiones duras, etcétera, es el metabolismo glucógeno-grasa el que domina, y mejor metabolismo de la grasa significa preservar las reservas de glucógeno y poseer mayor resistencia. Todo esto hace que la mujer evolucione en las grandes alturas y se adapte a ellas mucho mejor que sus homólogos varones. Además, los estrógenos –las hormonas femeninas por excelencia– favorecen procesos de vascularización, lo que parece ideal para los deportes de resistencia aeróbica, entre los que incluimos el montañismo. La grasa, por añadidura, supone aislamiento y mantenimiento del calor corporal, lo que resulta extremadamente útil en la práctica del alpinismo. Finalmente, y antes de dejar zanjado el tema metabólico-hormonal, es interesante hacer notar que el entrenamiento de alta competición disminuye los porcentajes de grasa corporal, lo cual, por lo que estamos señalando, podría mermar el rendimiento deportivo femenino. Sin embargo, nuevamente en este punto las mujeres demuestran una adaptabilidad fisiológica envidiable. Los mínimos de tejido graso en los varones entrenados son de un cuatro por ciento, mientras que las damas mantienen perfectamente un diez: esto les da un amplio margen en lo que a reservas energéticas se refiere, a pesar de la reducción de tejido adiposo asociada con el entrenamiento de elite. Nada, pues, más falso que la misógina actitud de Stephen d'Arve, a mediados del siglo pasado: “¿Cómo puede una mujer, sin temblar, afrontar las fatigas de la montaña?”.

Sin embargo, la fisiología femenina presenta la otra cara de la moneda, donde la mujer deportista debe prestar especial atención... Nos referimos a las pérdidas periódicas de hierro durante la menstruación. El hierro aparece como una parte esencial dentro de las moléculas de hemoglobina y mioglobina, ya que este metal es el que interacciona con el oxígeno, necesario para suministrar energía al músculo. Esta situación podría provocar un aumento de la fatiga, sobre todo en las principiantes o en las deportistas de elite al comienzo de la temporada. El reposo entre las sesiones de entrenamientos y, sobre todo, una dieta adecuada en los aportes de ese metal, es lo más recomendable. No obstante, antes de tomar cualquier complemento conteniendo hierro, y otras sales minerales y vitaminas, resulta muy importante consultar con los facultativos.

En otro orden de materias, puede resultar interesante analizar algunas de las motivaciones psicológicas femeninas ante el montañismo. Este deporte

no es una actividad mediatizada en exceso, no está sujeto a calendarios, ni reglamentaciones, ni sistemas de competición; no obliga a desafiar a otros rivales... Quizás este carácter *diferente* ha sido el que ha atraído, desde el principio, a las mujeres para su práctica. Una de sus pioneras, la Emperatriz de Francia Joséphine, nos dejaba constancia de ello, tras su visita del año 1810 a la Mer de Glace: "Ah, siento que en medio de estos grandes fenómenos, de estos paisajes llamativos, de estos terribles escenarios en los que todo eleva nuestro espíritu, todo capta nuestra mirada; el corazón apenas tiene descanso en estos lugares". La alpinista sólo se enfrenta a sí misma, con la Naturaleza, con los accidentes y fenómenos naturales: no está obligada a competir, pues el simple contacto y contemplación del paisaje justifican sobradamente la práctica de este deporte. ¡Mas esto no implica, ni mucho menos, mediocridad y monotonía en el montañismo por parte de la mujer! La sensatez, el tesón y la constancia, el alto grado de sensibilidad y la gran capacidad de sufrimiento, son importantes cualidades a señalar en las mujeres alpinistas.

Hoy el deporte está sufriendo una revolución, ya que la Ciencia está entrando en escena. Todo ello conlleva una mayor efectividad en los métodos de entrenamiento, así como una metodología adecuada a cada individuo. Ante lo cual, cabe preguntarse si el sistema se ajusta a la mujer: ¿Entrenadores masculinos o femeninos? ¿Sistemas para mujeres o para varones? ¿Reglamentos y métodos iguales para todos? Y, en el caso del montañismo: ¿Se adapta a las exigencias y expectativas del sexo femenino? De lo que no cabe duda es que las féminas deben abrirse paso dentro de estructuras y sistemas deportivos creados por hombres, pero añadiendo a ellas las diferencias antropométricas, cardiovasculares, hormonales, menstruales-reproductoras, sociales y educacionales. Mucho ha cambiado nuestro deporte desde que el célebre alpinista, el doctor Ordinaire, sentenciara en 1876: "El peligro que corren las damas que realizan marchas forzadas en medio de una atmósfera glacial es incontestable y se explica fácilmente. La acción del frío sobre toda la periferia del cuerpo rechaza la sangre al interior y congestiona los principales órganos; la fatiga que viene a añadirse a la congestión del útero, determina la hemorragia". A nosotros nos agrada más finalizar con la opinión de Ayala Ochert en *Nature* el año 1996: "Las diferencias particulares entre los sexos podrían explicar el hecho de que uno de cada cuatro competidores en pruebas de alta dureza, sea mujer, y que a menudo estén presentes en el diez por ciento de la elite que finaliza estas pruebas. Es muy poco probable que una mujer pueda eventualmente ganar una prueba de estas características, sus capacidades fisiológicas absolutas son menores que las de los hombres. Pero tal afirmación no será inconcebible por mucho tiempo". Éste es el reto.

6.02. Análisis de la encuesta a las mujeres de Montañeros de Aragón

Cristina Blasco, David Romero-Alvira y Enrique Roche

Boletín de Montañeros de Aragón, 60, enero-febrero-marzo del 2000

Marta Iturralde, presentando el Boletín nº 52, daba muestras de satisfacción por editar un monográfico sobre la "Mujer y el Montañismo". En él aparecieron unos artículos firmados por féminas que señalaban el importante papel que la mujer está adquiriendo en tal disciplina. En esta línea, se nos animó a confeccionar una encuesta que nos ayudara a comprender mejor este punto tan poco documentado en las crónicas de Medicina Deportiva. El equipo investigador del Instituto de Bioingeniería de la Universidad Miguel Hernández de Alicante, en colaboración con una licenciada en INEF y un médico del Servicio de Cardiología del Hospital Miguel Servet de Zaragoza, ha procedido al análisis de los datos aportados por las mujeres del Club "Montañeros de Aragón", que amablemente han accedido a responder sus preguntas. Antes de comenzar, queremos agradecer profundamente a estas deportistas, ya que gracias a su ayuda hemos podido realizar un modesto estudio que aportará datos al estéril mundo, en lo que a información se refiere, de la mujer y el montañismo.

La encuesta constaba de 65 preguntas reunidas en varias categorías: datos de tipo ocupacional y referentes a la práctica del alpinismo; antropométricos y médicos; deportivos; aspectos nutricionales; entorno montaño e informaciones acerca de la práctica de este deporte y sus problemas (fisiológicos o de material)... Se trabajó con 33 encuestas, repartidas entre socias o afines a *Montañeros de Aragón*. Eran totalmente confidenciales y en ningún momento se pretendió conocer la identidad de las mujeres objeto de estudio. La edad media del grupo era, en 1998, de 27 años. La persona más joven tenía 17, mientras que la mayor contaba con 32; casi todas tenían edades comprendidas entre los 25 y 30 años. La mayor parte se encontraban estudiando, seguidas por las mujeres que estaban en paro y las que tenían un trabajo reenumerado. Respecto al número de años practicando montañismo, encontramos un término medio de unos 9. Se puede decir que el montañismo ocupa un lugar, en lo que a tiempo se refiere, bastante importante en la vida de estas mujeres (1/3). El valor más elevado de tal actividad comprende 26, mientras que el menor 2.

Lógicamente, todas practicaban montañismo en los Pirineos. Un 36% lo había realizado en los Alpes, y tan sólo un 9% fuera del continente. Para un 73%, representaba su principal actividad deportiva y, en el resto, mantenía cierta importancia. La mayoría practicaba otros deportes dentro del entorno montaño, tales como esquí alpino y de fondo, escalada deportiva y en hielo, bicicleta, rafting y barranquismo. En un grupo más reducido, aparecían otros deportes como tenis, frontón, baloncesto, fútbol, patinaje, natación y atletismo. Parece ser que la práctica de estos deportes es para completar su preparación cara a las salidas al monte y estar en forma en los periodos en los que les resulta imposible su ejercicio. Respecto a las cimas conquistadas, podemos decir que gozan de un gran nivel, dentro de las restricciones de altura y dificultad que ofrece la cordillera pirenaica. La mayoría han ganado las principales cumbres del Pirineo y de los Alpes; e incluso realizado vías de extrema dificultad.

El entorno de los amigos de las encuestadas practica preferentemente montañismo, mientras que la familia ocuparía una segunda posición, siendo los hermanos los parientes quienes más lo experimentan. Padres, tíos y primos, así como los novios, ocupan un lugar más alejado. Las encuestadas se relacionan con un círculo de personas, familiares y amigos, que practican algún tipo de actividad dinámica, lo que explica su actitud positiva hacia el deporte. Su iniciación al montañismo se debió, en el 50% de las mujeres entrevistadas, a influencias familiares y de amigos. En el resto, influyeron otros factores, como los medios de comunicación o las campañas promocionales del Club.

Una forma de calcular que el peso de una persona se encuentra dentro de un rango óptimo, es a través de su Índice de Masa Corporal (IMC): se divide el peso en kg. por la altura al cuadrado en m. En las mujeres, si este cociente da entre 19'1 y 25'8, se puede decir que tienen un peso adecuado a su altura y que presentan poco riesgo de desarrollar obesidad; por encima de 25'8 señalan cierto sobrepeso. En el cuestionario se pidieron los datos de peso y altura. Para la variable peso se consideró en periodos de práctica de montañismo. La media de los IMC de las encuestadas era de 20'9: satisfactoria. Más del 50% rondaba los valores cercanos a 19, mientras que el resto se encontraba alrededor de 21-22. En pocos casos se sobrepasaba ligeramente el límite de 25'8. Estos informes señalan un IMC adecuado para la práctica del montañismo. Los pesos corporales durante los periodos de salida a la montaña son menores que los habituales durante los de menor actividad montañera.

Respecto al hábito de fumar, el 73% señala que no fuma en absoluto. El resto indica que suele fumar una media de 7 cigarrillos diarios. Un 82% declararon ponerse enfermas al menos una vez al año; las demás señalaban que no solían enfermar con frecuencia. Un 45% indicaba que no padecía ningún tipo de lesión articular, mientras que el resto padecía alguna, de las cuales la mitad declaraban que no les producía ninguna molestia para ejercer el montañismo. Respecto a las ocasionadas por la menstruación, el 64% indicó que solían seguir practicándolo. Un 10% señaló no padecer molestias en absoluto. El resto procuraban realizar objetivos más fáciles, aguantarse o descansar. Estos resultados indican que la menstruación no supone ninguna barrera y que, dadas las características de este deporte, la mujer puede adaptar los objetivos de acuerdo con el grado de las molestias. Las alteraciones más frecuentes en el periodo menstrual señaladas hacen referencia a la amenorrea (pérdida de la *regla*) por sobreentrenamiento o por sobresalto. También se ha señalado retraso o adelanto de la misma e incluso más duración. Estas alteraciones son frecuentes en otros deportes y suelen coincidir con los periodos de máximo entrenamiento y/o competición. Generalmente, se vuelve a la normalidad al cesar la actividad.

Respecto al tipo de entrenamiento, es interesante señalar que el mayor porcentaje se dedica a la resistencia. El ejercicio de potencia ocupa la segunda posición dentro de la rutina de preparación. En tercer lugar aparecen los de fuerza, coordinación y técnica. Velocidad y elasticidad están en los últimos lugares. Dado el carácter aeróbico de la práctica del montañismo, tal

distribución parece lógica. De acuerdo con lo anterior, un 73% de las encuestadas se entrenan principalmente en el exterior y/o en la misma montaña. Algunas de ellas (28%) suele combinar con ejercicios en gimnasios o en casa. En un porcentaje más bajo, aparecen las que hacen *boulder*, preparación en pistas de atletismo o en piscinas. Las medias de pulsaciones por minuto en reposo en las mujeres evaluadas fue de 66. La media de pulsaciones por minuto después de un ejercicio intenso fue de 130. Ambos valores entran dentro de la normalidad para personas que practican deporte de forma regular. Respecto al tiempo de recuperación después de un ejercicio intenso, la media señaló 2 minutos y $\frac{1}{2}$. La última pregunta hacía referencia a la presencia de las molestas agujetas: un 45% confesó que las padecían sólo al principio de temporada. El resto señaló que las sufría si dejaba de hacer ejercicio durante un periodo largo de tiempo (más de un mes), o al cambiar de actividad física, o simplemente que no padecía agujetas. El 55% negó seguir algún tipo de dieta, mientras que un 18% afirmó seguir una. Las demás la seguían a veces o eventualmente, si observaban aumento de peso.

La primera pregunta del bloque de práctica del montañismo, hacía referencia a los problemas físicos con la altitud: un 45% confesó no padecer ningún síntoma. El resto indicó que sufrían de forma transitoria dolores de cabeza, fatiga y trastornos en el sueño. Cuando se les preguntó qué decisión habían tomado con la aparición de dichos problemas, la mayoría apuntó que paraban o descansaban. Alguna comentó el descender a menor altura. Respecto a cómo se sentían físicamente al ascender, un 27% indicó que solían subir con comodidad, mientras que un 18% declaró lo contrario. El resto (73%) señaló que esto dependía de ciertos factores. La mayoría hizo alusión al nivel de entrenamiento o no especificó causa alguna, simplemente que dependía de los días. La menstruación también condicionaba a una buena parte de ellas en este sentido. La dificultad y el momento de la temporada fueron causas señaladas.

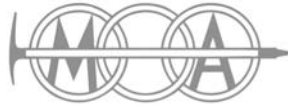
La siguiente pregunta hacía referencia al ritmo durante la subida. La mayoría (55%) consideran era normal, mientras que el 36% indicaba que progresaban a un ritmo lento, aunque constante. La mayoría de las encuestadas confesó desconocer el número de pulsaciones por minuto que tenían durante una ascensión exigente. Las escasas respuestas indicaron una media de 110. Se planteó el problema del frío en la montaña: la mayoría (55%) aludió que solían pasarlo. La mitad de éstas indicaba que la causa era el equipo, que no lo consideraban adecuado, mientras que la otra mitad señalaba que, aunque era conveniente, sentían frío igual. Un 36% señaló que no solían pasarlo; tan sólo se hicieron algunos apuntes con respecto a las extremidades, que siempre quedaban más expuestas. El resto señaló que padecía frío eventualmente. En el capítulo de los accidentes y molestias relacionados con la práctica del montañismo, el 45% apuntó que habían padecido problemas digestivos y gastrointestinales; un 27% señaló traumatismos leves, y el mismo porcentaje indicó quemaduras solares ligeras. Se indicaron algunos problemas más, de menor frecuencia, como traumatismos graves, fatiga, dificultad al respirar y mareos. Algunas señalaron que dichas trabas eran casos

transitorios. Una parte confesó no tener ningún tipo de problemas en relación con el montañismo.

Respecto a la opinión de estas mujeres deportistas acerca del material empleado, la mayoría (64%) consideraron que era adecuado. Se hicieron una serie de puntualizaciones coincidentes: en general, las tallas de ropa y de calzado (botas) eran muy grandes y tenían dificultades en encontrar la talla adecuada. También comentaron que las gafas eran grandes, y que el diseño de los gorros no tenían en cuenta el pelo largo. Un 36% indicaba que el proyecto de la ropa de montaña no tenía en cuenta el gusto femenino; para un 27%, la cuestión no era importante. Un 18% creía que la ropa sí tenía en cuenta el gusto estético. Un mismo porcentaje apuntaba que el diseño no tenía en cuenta la morfología de las mujeres y se volvía a insistir el tema de tallas grandes concebidas para los varones. La higiene en la montaña fue el tema de la siguiente pregunta: el 64% confesó que se adaptaba para poder realizar su higiene en la montaña de forma adecuada. Un 36% reveló que ese tema lo llevaba bien; el resto no hizo alusiones importantes, exceptuando cuando están con el periodo.

Un 45% de las mujeres montañeras que respondieron el formulario, forma parte de grupos de ascensión mixtos. Un 36% forman parte de pandillas exclusivamente de chicas, y el resto formadas sólo por chicos. Respecto a la posición que ocupaba cada una de ellas dentro del grupo, la mayoría (82%) señaló que sólo era integrante, sin señalar ninguna carga de responsabilidad especial. El resto indicó que tenían un cierto cometido, bien como primeras o segundas encargadas del grupo durante la ascensión. El 100% de ellas señalaron que recibían un trato bueno por parte de sus compañeros, independientemente que éstos fueran chicos o chicas. A la hora de preguntar por una serie de valores dentro de la práctica del montañismo, el 100% valoró positivamente el contacto con la Naturaleza. El humano fue la segunda característica mejor puntuada. La cima y la vía de ascensión eran el tercer y cuarto valor respectivamente, más importantes. Los nuevos desafíos, la falta de competitividad y la dificultad, ocupaban las últimas posiciones, por este orden. Sobre las facetas que consideraban primordiales en una montañera, destacaron: capacidad de lucha, amor y respeto a la montaña, perseverancia, trato humano e inteligencia. También se señalaron cualidades técnicas como la profesionalidad, el dominio de la disciplina y la adaptabilidad a nuevos desafíos. Un 45% confesó que su ídolo en montañismo era un varón, mientras que un 18% indicó que era una mujer. La mayor parte de las encuestadas (45%) dio mucha importancia al aspecto de la seguridad; el 36% se decantó por la superación a través de la preparación. El resto consideró más importante el desafío o conseguir el objetivo a cualquier precio.

La primera pregunta del bloque de aspectos sociales, intentaba averiguar cómo se veía en su entorno el hecho de practicar montañismo: el 91% señalaba que tanto amigos y, un poco menos familiares, lo veían bien. La familia tendía a adoptar una actitud indiferente o regular, dependiendo del riesgo. El 100% señaló que pretendía seguir con el montañismo en el futuro. Sobre el tema de qué es lo que cambiarían dentro de este deporte, la



propuesta más apuntada fue el trueque de mentalidad de algunos practicantes, y se señaló la exposición a riesgos innecesarios o a la ignorancia de algunos individuos. Otra, hacía referencia a la masificación dentro de la montaña. La adquisición de material o las facilidades para alojarse en los refugios, fueron también señaladas. Finalmente, la cuestión ecológica y de contaminación del medio, preocupaba a un gran sector. La última pregunta del cuestionario pretendía recoger algún comentario a modo de resumen: las encuestadas señalaron que no veían diferencias entre hombres y mujeres con respecto a este deporte. Algunas destacaron que todavía existían actitudes machistas, afortunadamente en vías de extinción. Otra opinión animaba a que las mujeres escribieran más sobre temas de montaña. También se reseñaba que este deporte gustaba por su faceta humana y por no tener que batir marcas absurdas. Finalmente, una de las encuestadas nos animaba a publicar el presente estudio.